

Nieves Hidalgo



Brezo Blanco

BREZO BLANCO

Los McDurney y McFersson están enfrentados desde hace décadas. Desde que sus bisabuelos provocaron un choque que acabó con la vida de uno de ellos. Al regresar de una aldea en la que ha estado ayudando a sanar a los enfermos, la patrulla de Josleen McDurney hace prisionero a un hombre, creyéndole culpable de un robo de caballos perpetrado a su clan. Atraída por él, averigua asombrada que se trata de un McFersson y, temiendo las represalias, le deja escapar para evitar posteriores complicaciones o incluso una guerra.

Meses más tarde, Josleen parte de Durney Tower hacia la fortaleza de Ian McCallister, con quien su madre se ha casado en segundas nupcias. Pero jamás llegará allí. La patrulla dispuesta a robar el ganado de su hermano Wain, está liderada por el mismo guerrero al que ella dejó escapar. Y ese hombre, aunque ella lo ignora, no es otro que el laird Kyle McFersson, jefe del clan enemigo. Un guerrero sobre el que corren las historias más terroríficas. La primera intención de Kyle es pedir rescate por la joven, pero luego la idea de dejarla marchar se le hace imposible.

Sin embargo, Wain McDurney no está dispuesto a dejar a su hermana en manos del rival al que desea matar hace mucho tiempo. Josleen tendrá que tomar una penosa decisión: regresar con los suyos o permanecer al lado de las personas a las que acaba queriendo y del hombre que, aún enemigo de su clan, consigue ganar poco a poco su corazón. Y para angustia de la joven, Stone Tower se verá rodeada por huestes enemigas, al mando de su hermano, decidido a no dejar piedra sobre piedra.

Autor: Hidalgo, Nieves

ISBN: 9780898382631

Generado con: QualityEPUB v0.31

Los McDurney y McFersson están enfrentados desde hace décadas. Desde que sus bisabuelos provocaron un choque que acabó con la vida de uno de ellos.

Al regresar de una aldea en la que ha estado ayudando a sanar a los enfermos, la patrulla de Josleen hace prisionero a un hombre, creyéndole culpable de un robo de caballos perpetrado a su clan. Atraída por él, averigua asombrada que se trata de un McFersson y, temiendo las represalias, le deja escapar para evitar posteriores complicaciones o incluso una guerra.

Meses más tarde, Josleen parte de Durney Tower hacia la fortaleza de Ian McCallister, con quien su madre se ha casado en segundas nupcias. Pero jamás llegará allí.

La patrulla dispuesta a robar el ganado de su hermano Wain, está liderada por el mismo guerrero al que ella dejó escapar. Y ese hombre, aunque ella lo ignora, no es otro que el laird Kyle McFersson, jefe del clan enemigo. Un guerrero sobre el que corren las historias más terroríficas.

La primera intención de Kyle es pedir rescate por la joven, pero luego la idea de dejarla marchar se le hace imposible.

Sin embargo, Wain McDurney no está dispuesto a dejar a su hermana en manos del rival al que desea matar hace mucho tiempo.

Josleen tendrá que tomar una penosa decisión: regresar con los suyos o permanecer al lado de las personas a las que acaba queriendo y del hombre que, aún enemigo de su clan, consigue ganar poco a poco su corazón.

Y para angustia de la joven, Stone Tower se verá rodeada por huestes enemigas, al mando de su hermano, decidido a no dejar piedra sobre piedra.

Libro de acceso libre, publicado en la web de la autora. Está pendiente por revisión, según ella misma, y puede conseguirse aquí:
<http://nieveshidalgo.blogspot.com/>

Capítulo 1

La neblina cubría la vereda del río y hacía un frío espantoso. A pesar de todo, Josleen McDurney no quiso quedarse a pasar la noche en la aldea y prefirió que emprendieran el camino de regreso a Durney Tower.

Miró con ojo crítico los preparativos de los hombres que la acompañaron en el viaje y, mentalmente, les agradeció la ayuda prestada. La aldea de Dorland se había visto atacada por una epidemia y Josleen no dudó en intentar prestar toda la ayuda posible. De eso, hacía ya un mes pero, afortunadamente, la epidemia había remitido.

No era la esposa del jefe del clan McDurney, pero era su hermana y dado que su cuñada, Sheena, sufría un fuerte resfriado cuando se enteraron de los problemas, fue ella quien tomó en sus manos llevar ayuda a los campesinos.

No lo lamentaba. Su deber era cuidar de quienes pertenecían al clan y lo mismo que su hermano, les procuraba alimentos, justicia y venganza —cuando ésta era necesaria—, ella ayudaba en otros quehaceres.

A pesar de todo, regresaba con el mal sabor de boca de no haber podido hacer más por los enfermos. Seis de ellos murieron a causa de las fiebres y en sus oídos retumbaban aún los lamentos de aquella mujer que perdiera a su bebé.

—¿Un poco de vino?

Josleen se medio volvió y miró al guerrero que le tendía un pellejo. Bebió un poco y se lo devolvió.

—Deberías descansar, se te ve agotada.

Ella accedió. Les quedaba un largo camino y era cierto que sus fuerzas flaqueaban, después de tantos días y noches sin apenas reposar. Se arrebujó en la piel que la cubría, se recostó sobre la manta, encogió las rodillas pegándolas al mentón y dejó que él la cubriese con otra manta de gruesa lana. Aún así, tiritó sin poder contenerse. La bruma se le metía en los huesos.

—Daremos una batida para ver que todo está bien —le informó—. Aufert y Will se quedarán haciendo guardia en el campamento.

Josleen no le escuchó. Apenas cerrar los ojos, se quedó dormida.

El guerrero la miró desde la altura. Con un gruñido de disconformidad buscó una manta más y la echó sobre ella. Inconscientemente, Josleen agradeció el gratificante aumento de calor y gimió. Él se alejó, habló algo en voz baja con dos de sus compañeros y montaron a caballo para dar una batida por los alrededores. No habían visto a nadie desde que salieran de Dorland, pero no debían

olvidar que estaban muy próximos a las tierras de los McFersson, sus enemigos declarados desde hacía décadas. Desde que Colman McFersson mató en una pelea al bisabuelo de la muchacha, Ian McDurney. Y no era cuestión de caer en manos de aquellos desgraciados mientras dormían. Porque no era la primera vez que los McFersson atravesaban la línea divisoria para robarles el ganado. Claro que ellos hacían otro tanto cuando la ocasión les era propicia.

Los dos hombres que quedaron de guardia se acomodaron cerca de la joven, dispuestos a protegerla contra cualquier eventualidad. Ella era la hermana bien amada de Wain McDurney, el jefe del clan, y sus cabezas peligraban si le sucedía algo.

Capítulo 2

Ajeno a la presencia de enemigos tan cerca de sus tierras, Kyle se apeó del caballo, un inmejorable semental negro. Se había alejado de todo y de todos y dejó que el animal decidiera la ruta, sin preocuparse de nada que no fuera escapar de sus fantasmas personales.

Ahora, sin ser consciente de ello, se encontraba a mucha distancia de Stone Tower. Sabía que no era prudente salir sin una escolta, pero necesitaba unos momentos de paz. Demasiadas preocupaciones, demasiadas responsabilidades ceñían en torno a él un grillete que, en ocasiones, le ahogaba.

Desde que su padre muriera y se hiciera cargo del clan habían llovido sobre sus espaldas un sin fin de problemas. La educación de sus hermanos, la viudedad de su madre, cada vez más melancólica y apartada. Sobre todo, aquella criatura que le pertenecía y de la que se sentía incapaz de hacerse cargo. Era su hijo, sí. Lo había engendrado y lo quería, aunque no amó a la mujer que le alumbró. Aquello fué recíproco, de todos modos. Muriel nunca lo amó a él. Accedió al matrimonio porque la obligaron. Kyle siempre supo, desde el primer momento, que ella lo detestaba y que solamente las amenazas de su padre para conseguir la alianza con el clan McFersson la obligaron a dar su consentimiento.

Y ahora, ¿cómo explicar a una criatura de cinco años todo aquello? ¿Cómo decirle que su madre murió profiriendo gritos contra su hijo y su esposo? ¿Cómo ¡por amor de Dios! hacerle entender que les maldijo antes de exhalar su último aliento?

Por eso, cuando el pequeño Malcom preguntaba acerca de su mamá, Kyle escapaba. Huía como un cobarde y salía de Stone Tower, acompañado sólo por un pellejo de whisky. Muchas veces, se emborrachó hasta perder la conciencia. Más tarde, al recobrar el sentido, buscaba de nuevo las fuerzas para regresar.

Se dejó caer de rodillas a la orilla del río. La densa neblina cubría el bosque y atravesaba sus ropas. Pero el frío no le importaba. Gateó hasta el agua. Necesitaba despejarse, volver a ser él mismo. Llevaba todo un día fuera y era hora de regresar. ¡Valiente jefe del clan estaba hecho!

Se mojó la cara, el cuello y el pecho. El agua lanzó punzadas de frío a su cuerpo, pero le despejó un poco. Se medio sentó, aún ligeramente aturdido. Y tiritó. Maldijo entre dientes su propia estupidez, porque alguien le había robado mientras yacía completamente ebrio. Su capa de piel desapareció a manos de aquel o aquellos asaltantes que, eso sí, como muestra de buena voluntad, le habían dejado otra raída que apenas le abrigaba. No perdió el caballo porque con seguridad no lo vieron. De otro modo, hubiera tenido que regresar a pie y ¡maldita la gracia que le

hacía tener que dar explicaciones a su llegada!

Creyó escuchar una ramita troncharse a su espalda. Se volvió con rapidez, pero no lo suficientemente ágil como para poder evitar que la empuñadura de una espada le golpeará sobre la ceja.

Kyle se derrumbó sin un quejido.

El que lo dejara fuera de combate se agachó a su lado y le dio la vuelta. Tenía la ceja partida y la sangre manaba profusamente cubriéndole el rostro.

—¿Quién será?

Barry Moretland se aupó sobre su montura con un rictus de hastío en la cara.

—Sea quien sea es nuestro prisionero —dijo—. Por su capa, debe ser un pordiosero.

—Es posible que pertenezca al grupo que nos robó varios caballos hace dos meses —opinó otro.

—No tiene tartán que lo identifique, Barry —se aventuró un tercero—, pero mira su complexión. Más parece un guerrero. Y su caballo es un animal excelente.

Moretland echó otro vistazo al sujeto al que acababan de apresar. Ciertamente, no parecía haber sufrido necesidades en toda su vida. De anchos hombros, brazos y piernas fuertes, bien podía tratarse de un hombre de guerra.

—Seguro que el caballo es robado —dijo—. Ya nos lo dirá cuando le interroguemos. Volvamos al campamento.

Tiraron al prisionero sobre el animal y emprendieron la marcha. Hacia el bosque. Hacia los dominios de los McDurney. Un lugar al que, de haber podido evitarlo, Kyle jamás habría ido.

Capítulo 3

Josleen dormitó a ratos. Despertó aterida, se envolvió en las mantas y fue a sentarse más cerca de la hoguera. Rogó para que amaneciera cuanto antes y pudieran reemprender camino. Lamentó su terquedad al no querer quedarse aquella noche en la aldea.

Los cascos la alertaron y pusieron en guardia a los dos hombres que la protegían. Pero eran los suyos que regresaban. Y al parecer, con carga adicional.

Descabalaron y apearon a un sujeto que parecía desmayado.

Josleen se incorporó y se acercó, pero la orden de su medio primo, Barry, la detuvo:

—Aléjate de él.

Ella le miró, reticente, pero acabó por aproximarse.

—Parece muerto, de modo que difícilmente puede atacarme, ¿verdad?

Apenas pudo echarle un vistazo cuando Barry ordenó que atasen a aquel tipo. Le alzaron por los brazos, le arrastraron hasta un tronco y le sujetaron brazos y tobillos con cuerda. La cabeza, que caía sobre el pecho, sólo permitió a Josleen apreciar un cabello rubio y un cuerpo musculoso.

—¿Está malherido? —preguntó.

—¡Tanto da que esté muerto! —repuso Moretland—. Le encontramos junto al río, y seguramente es uno de los ladrones de ganado que se protegen bajo las faldas de los McFersson.

El prisionero dejó escapar un quejido y abrió los ojos.

Barry se le acercó, le agarró por el pelo y echó su cabeza hacia atrás. Josleen dejó escapar una exclamación al ver la sangre.

—¿A qué clan perteneces? —le interrogó.

Kyle, luchando aún contra las brumas de la inconsciencia, sólo vio una cara borrosa. La cabeza le dolía, igual que la ceja. Y la sangre le tapaba la visión de un ojo. En la penumbra, se desdibujaban los colores de sus tartanes y creyó distinguir un fondo negro surcado de rayas amarillas. Equivocadamente, pensó que se encontraba ante hombres del clan Dayland.

—McDuy —dijo con voz algo pastosa.

—¿McDuy? ¿Los asquerosos McDuy? —preguntó alguien— ¡Por Dios! ¡Y aún se atreve a decirlo!

Kyle sacudió la cabeza para despejarse y les miró con más atención. ¿Acaso los Dayland no tenían una alianza con los McDuy? ¿Entonces, por qué...?

Josleen apretó más las mantas a su cuello. No estaba de acuerdo en que los hombres se comportaran a veces como bestias. Regresó junto al fuego y se acuclilló, sacando un brazo y

acercándolo a las brasas. Se tumbó tan cerca del fuego como pudo y se desentendió de ellos. ¡Que resolvieran el problema como quisieran!

Kyle fijó la mirada en la mujer. Y la respiración se le detuvo. A la luz de la fogata, descubrió un fondo rojo sangre con rayas amarillas y negras. Apretó los dientes para no soltar una maldición. Su estupidez acababa de llegar al cénit. Porque quienes le habían capturado no eran de los Dayland. ¡Eran los condenados McDurney, que Satanás se llevara a los infiernos! ¡Sus peores enemigos! Y él, como un idiota, acababa de declarar que pertenecía a un clan enemigo. En bonito lío acababa de meterse.

—Descansa si puedes, piojo —le dijo Barry—. Mañana necesitarás de todas tus fuerzas.

Ninguno se percató del repentino brillo de alarma que asomó a sus ojos, y sus secuestradores se acostaron sin hacerle más caso. Sólo uno de ellos se quedó de guardia.

Josleen era incapaz de dormir y, desde su posición, seguía con la mirada fija en el prisionero. Se preguntó quién sería y qué hacía en las tierras de su hermano.

—Barry —llamó muy bajito—. ¿Estás dormido?

—¿Hummm?

—No tiene aspecto de ladrón de caballos.

Barry se dio la vuelta, quedando de espaldas a ella.

—Mañana lo sabremos. Duérmete de una vez.

Capítulo 4

Despertó al escuchar un grito apagado. Un pálido sol que apenas calentaba le hizo guiños entre las nubes. Se estiró, notando los músculos doloridos. Y un nuevo quejido la despejó del todo. Se sentó y buscó su daga, de la que nunca se separaba, creyendo que les atacaban. Pero lo que vio la hizo levantarse de un salto.

Uno de sus hombres golpeaba al prisionero mientras el resto observaba, formando un corro a su alrededor.

—¿Qué estáis haciendo? —se aproximó, luchando por deshacerse de las mantas.

—Apártate de aquí —le dijo Barry.

La cabeza del cautivo caía sobre su pecho y batallaba por inhalar aire.

—¡No podéis golpear a un hombre indefenso! —les recriminó.

—Le estamos interrogando. Ve a refrescarte al río y no te metas en lo que no te llaman.

Un nuevo golpe en el estómago obligó al rehén a soltar el aire de los pulmones, junto con un nuevo lamento.

—¿Dónde están esos caballos? —preguntó Barry.

El otro movió la cabeza. No supieron si para decir que no lo sabía o para negarse a responder. Su silencio le hizo ganarse otro golpe directo a las costillas.

—¡Parad de una vez! —Josleen intentó abrirse paso.

Barry la hizo a un lado bruscamente. Resbaló sobre la hierba cubierta de rocío y a punto estuvo de caer de bruces. Y montó en el caballo de la cólera. Nunca fué muy paciente, su hermano, Wain, se hartaba de recriminárselo con frecuencia. Y en ese momento demostró que, en efecto, no lo era. Se le cuadró, con los brazos en jarras.

—Si no le dejas en paz, contaré todo esto punto por punto.

Fué una amenaza muy clara. Wain tenía un genio de mil diablos, pero nunca se rebajó a humillar a un enemigo vencido y supieron que se estaba refiriendo a él. La miraron con la duda reflejada en los ojos. La cicatriz que atravesaba el mentón de Barry se tornó más pálida. Pero la decisión en el rostro de su prima disminuyó sus ganas de pelea. Sí, aquella arpía era muy capaz de contar a Wain lo que estaban haciendo. Y él no tenía ganas de reprimendas, aunque dejarle sin autoridad delante del grupo le revolvió la bilis.

—De todos modos —dijo— éste acabará en la torre. Ya podré interrogarle a placer — y entonces, pensó, no usaría los puños, sino el látigo para arrancar la piel a aquel bastardo. Diría dónde habían escondido los caballos, tarde o temprano.

Se desentendió del prisionero y dio orden de levantar el campamento. Una vez recogido, soltaron al reo y le ataron las manos a la espalda. Le ayudaron a montar y poco después partían.

Òï Òï Òï

Kyle, ladeándose precariamente sobre su caballo, recobró la conciencia algo después. Tenía un dolor sordo en el estómago y las costillas y los brazos atados a la espalda le procuraban una molestia añadida. Relampaguearon sus ojos al reconocer la vereda por la que transcurrían, a orillas del río. Sabía muy bien hacia dónde se dirigían. A tierras enemigas. Y acabaría en una mazmorra de Durney Tower.

Eso no le hacía la menor gracia. Porque los McDurney pedirían un altísimo rescate por él, en cuanto averiguasen su identidad. ¡Y maldito si estaba dispuesto a pagar nada a aquel atajo de hijos de perra!

Inspiró con cuidado para evitar las punzadas de dolor, pero se le escapó un quejido. Josleen guió a su caballo para acercársele, pero la montura de su primo se puso entre ambos.

—No te acerques a él —le ordenó de nuevo.

—¡Oh, déjame en paz, Barry! —le espetó ella— Está atado, ¡por todos los cielos! ¿Acaso crees que se me puede echar encima y retorcerme el cuello?

—Te lo tendrías merecido.

Josleen le sacó la lengua cuando él avanzó para ponerse al frente del grupo. Con gesto brusco, echó hacia atrás los cabellos que el helado viento, insistentemente, le echaba a la cara. Dió un vistazo al prisionero, se quedó paralizada unos segundos y luego se alejó de él, haciendo caso a la advertencia de Barry.

Pero Kyle no pudo quitarle los ojos de encima a aquella muchacha, durante el resto del trayecto.

Aunque no supo el motivo.

Había conocido muchas mujeres en su vida. Algunas de ellas, verdaderamente hermosas. Y aquélla no lo era especialmente, aunque en un primer vistazo, su cabello como fuego mezclado con oro, su rostro de saliente pómulos y sus grandes ojos, podrían haberle provocado esa ilusión. Era bonita, sí. Pero nada más. Sin embargo, había algo en su porte orgulloso y en su modo de moverse que atraía su mirada una y otra vez. Era pura seducción.

Josleen cabalgaba erguida, sin atreverse a mirar de nuevo al prisionero. Con una vez había sido suficiente para que su corazón latiera desbocado. ¡Por Dios, era como una estatua dorada! Su cabello largo y oro, su piel tostada... ¡Y sus ojos! Josleen nunca había visto nada igual. Ámbar líquido. Grandes y vivaces, orlados de pestañas espesas ligeramente más oscuras. La nariz recta, el mentón denotando autoridad. Su boca... Parpadeó, recordándola y se puso más tiesa sobre la silla.

«¿Un ladrón de caballos?» se preguntó a sí misma. ¡Barry debía de estar loco!

Kyle olvidó a la hembra cuando su caballo pisó un desnivel y una punzada le atravesó. Prestó atención al terreno por el que cabalgaban antes de acabar con la crisma rota por culpa de ella.

Josleen luchaba por olvidar que él cabalgaba detrás, aunque tenía la sensación de que la vigilaba. Acabó por medio volverse, instigada por la repentina necesidad de comprobar si realmente él tenía los ojos dorados. Y recibió una mirada desdeñosa que la hizo regresar a su posición de inmediato, como una jovencita pillada en falta. ¡Realmente eran dorados! Fuego y

hielo. Pasión y desdén al mismo tiempo.

Kyle no volvió a fijarse en ella ni una sola vez durante las horas siguientes. Se lo propuso y lo consiguió. Aunque fue muy consciente de su proximidad. Una mujer del clan McDurney. ¡Por toda la corte del infierno! ¡Sólo le hacía falta en esos momentos, sentirse atraído por una zorra del clan enemigo! Tenía cosas más importantes en las que pensar. Por ejemplo, el modo de escapar.

Capítulo 5

Barry ordenó descabalar un par de horas más tarde para dar un descanso a caballos y jinetes. Josleen saltó a tierra antes incluso de que alguien la ayudara, deseosa de un momento de intimidad y harta de saltar en la silla.

Kyle, apeado de forma ruda, cayó de rodillas y soltó una nueva maldición.

Apenas ataron los caballos, la muchacha desapareció unos momentos tras unos arbustos. Los guerreros, sin ella a la vista, vaciaron sus vejigas allí mismo. Al regresar, dándoles tiempo suficiente para cubrir sus necesidades, tomó una marmita y se acercó al río para llenarla de agua. Buscó luego un paño limpio en su bolsa de viaje y se dirigió hacia el cautivo. Pensar en acercársele hacía que su estómago brincase, pero le era imposible arrinconar la necesidad de acudir en su auxilio.

Barry, insistente y fastidioso, volvió a interponerse.

Ella, estuvo a punto de estrellar la marmita contra su cabeza.

—Eres agobiante, Barry —le dijo—. Sólo quiero limpiarle la herida de la ceja. ¿Acaso quieres hacerlo tú?

Moretland gruñó algo entre dientes escuchando la repentina risa de sus compañeros. Acabó por hacerse a un lado.

Kyle estaba recostado contra un árbol. Le dolía todo el cuerpo y necesitaba un momento de intimidad, pero aquellos mal nacidos ni siquiera repararon en eso. En otras circunstancias, hubiera agradecido los cuidados de aquella joven, pero en ese momento solamente deseaba que desapareciera.

Josleen vio su adusto semblante, capaz sin duda de atemorizar a cualquiera. Y contra todo pronóstico, sonrió. Su ceño se alisó y dos hoyuelos asomaron a sus mejillas.

—Tranquilo. Yo no soy tan bestia como ellos.

Kyle no dijo una palabra. Pero respingó cuando le pasó el paño sobre la herida. Y hasta hizo un movimiento despótico para ahuyentarla. No consiguió nada. Ella estaba decidida a atenderle y restañó el corte con manos hábiles.

—Tienes un buen tajo —comentó—. No deberías haberse enfrentado a ellos.

—Me atacaron por la espalda —repuso él—. Claro que, así es como actúan siempre los McDurney, ¿no es verdad?

Josleen se tensó por la puya y por sus ojos azules atravesó un relámpago de indignación.

—Eres muy poco agradecido. Otros, seguramente, te hubieran atravesado con una espada.

—Imagino que aún puede suceder —soltó.

—¡Botarate! —la irritación soltó la lengua de ella—. No te confundas. No somos como los McFersson, que atacan sin previo aviso y asesinan.

Barry se acercó al escuchar el insulto. Su oscura mirada se clavó en su prisionero y éste le devolvió otra desapasionada.

—¿Qué sucede?

—Tiene una nefasta opinión de nuestro clan.

—Empeorará cuando le tengamos atado a una argolla. De todas maneras, podemos alimentar un poco más su inquina —sonrió torcidamente.

Josleen no comprendió a qué se refería hasta que vio que le arrebatava la raída capa. ¿Qué pretendía Barry? El aire cortaba la piel y bajo la prenda, él no vestía más que una camisa y el kilt, abrigo del todo insuficiente para la baja temperatura que existía.

Kyle no opuso resistencia alguna, sabiendo que era del todo inútil. Pero no pudo remediar un ramalazo de frío al sentir sus ropas atravesadas por una ráfaga helada.

Josleen no podía apartar su mirada. Si bajo la capa ya se adivinaba un cuerpo fuerte y musculoso, ahora no había lugar para la imaginación. Un súbito deseo de alargar la mano y tocar la piel que se vislumbraba bajo el cuello de la camisa, la paralizó.

—Unos minutos y recordará el paradero de nuestros caballos —dijo Barry.

Josleen no podía creer que su medio primo estuviera haciendo gala de tanta crueldad.

—Deberías pensarlo mejor —le advirtió—, porque tal vez no llegue vivo.

Él, se encogió de hombros, desentendiéndose y alejándose para procurarse algo de comida. Y Josleen no tuvo más opción que apartarse también. Era evidente que no iban a hacer caso a sus súplicas. Pero ya les pasaría las cuentas cuando llegaran a casa.

Si Kyle suponía que iban a darle algo de comida o agua, se equivocó lamentablemente. Ni siquiera se acercaron a él durante el breve descanso. Y la joven, al parecer harta de batallar con el que comandaba el grupo, tampoco volvió a acercarse.

A la hora de partir, simplemente le obligaron a montar de nuevo, pero no le devolvieron la capa.

Capítulo 6

Pararon para revisar una herradura suelta de uno de los caballos.

Para entonces, Kyle no sentía ya los brazos. Su cuerpo era un témpano de hielo y estaba convencido de que querían matarle de frío. Además, hacía rato que comenzara a lloviznar y estaba empapado.

Desfallecido y entumecido, cayó al suelo cuando alguien le hizo desmontar bastante tiempo después. No pudo ni moverse. Tiritaba de manera incontrolada y era incapaz de articular ni un lamento. Lo arrastraron lejos del grupo y allí lo dejaron.

Josleen echó un rápido vistazo a sus hombres y le enfureció que ninguno pareciera interesado en el prisionero. Tanto les daba si vivía o moría. Así que tomó un par de mantas y se acercó a él, sin intenciones de preparar aquella noche algo de cena, lo que había estado haciendo desde que iniciaran el viaje.

—¿Qué estás haciendo? —quiso saber su primo—. Prepara algo de comer, estamos hambrientos.

—¡Prepáralo tú mismo! —le contestó. Cubrió el tembloroso cuerpo del prisionero con las mantas.

—Vamos, Josleen. Un poco de frío le ayudará a recordar.

—¡El frío va a matarlo!

—No es asunto tuyo. Yo estoy al mando y sé lo que hago.

—¿De verdad? Y ¿eso es todo cuanto sabes hacer? ¿Dejar que se congele? —observó que Kyle seguía tiritando bajo las mantas— Si no estás de acuerdo conmigo, puedes decírselo a mi hermano cuando lo tengas delante.

Moretland fijó sus ojos en ella. Le hubiese gustado golpearla, apretar su cuello... La odiaba. Lo mismo que odiaba a su hermano Wain y a todos los malditos McDurney. Sólo llevaba una parte de su sangre. Su madre había sido una criada en la casa de Rob McDurney, hermano menor del jefe del clan hacía años. Su aventura con él no pasó de ser eso, una aventura. Y nació él. Pero no llevaba el apellido McDurney. Wain era el heredero y él, aunque dos años mayor, nada más que un segundón, el bastardo que ni siquiera llegó a ser reconocido por la repentina muerte en una emboscada del hombre que le engendró. Creció y vivió a la sombra de Wain. Y aunque gozaba de cierta posición, quería más. Quería lo que le correspondía.

Se alejó hacia la fogata que ya habían preparado sus compañeros y se acomodó para cenar un poco de pan y queso bañado con whisky.

Los dientes de Kyle castañeaban. Lo intentaba, pero era imposible frenar los temblores. Ella, deseaba poder hacer algo más por él. Se acercó al bullicioso grupo, tomó pan, queso y un pellejo de whisky y regresó a su lado bajo la atenta y malhumorada mirada de Barry.

Kyle aceptó el whisky. El ambarino líquido cayó en su estómago vacío como una piedra, pero al menos le calentó un poco. Tentado estuvo de despreciar la comida, pero no era cuestión de comportarse como un mezquino, de modo que dejó que ella le fuera dando los alimentos. La miró con gratitud y hasta estuvo en un tris de agradecerse verbalmente. Sin embargo, cuando Josleen estiró una manta cerca de él, dispuesta a pasar la noche, todo su cuerpo se tensó. El suave aroma a lavanda que desprendía su cabello le estaba causando desazón. Llevaba demasiado tiempo sin estar con una mujer y aquélla, no podía negarlo, resultaba cada vez más atractiva. El dorado de sus ojos se tornó glacial. Tanto, que ella alejó su manta un poco.

—Sólo trato de ser amable —le dijo—. Y más valdría que dijese a esos dónde están los caballos. Mucho me temo que Barry tiene pensado arrancarte la piel de la espalda a latigazos. Los ánimos están bastante alterados después de este último robo.

—No tengo que ver con eso —respondió entre un castañeteo de dientes.

—Podría creerte. Pero ellos, no. Además, te han pillado en nuestras tierras.

Kyle maldijo mentalmente. ¡Qué demonios iban a haberle pescado en sus dominios! Conocía perfectamente la delimitación de su territorio y el de los jodidos McDurney. ¡No había traspasado la frontera, por Dios! ¿O sí? ¿Pudo haber estado tan ebrio que no se fijó dónde se encontraba? ¡No, condenación! ¡Ellos debieron de ser quienes cruzaron los límites, atacándole por la espalda! Juró que si conseguía escapar, se vengaría de los McDurney de una forma u otra.

Capítulo 7

El silencio reinaba en el campamento.

Todos dormían a excepción de Will, al que le tocó la primera guardia. Atento a cualquier cosa que se moviera, se encontraba algo alejado, sobre una pequeña ladera desde la que se podía vigilar el terreno circundante.

Josleen, sin embargo, se despertaba a cada momento, consciente de la proximidad del guerrero. El prisionero acabó por dejarse vencer por un sueño inquieto y temblaba de cuando en cuando. Habría deseado acercarse a él y reconfortarle. Le observó, apoyada en un codo, la barbilla sobre los nudillos.

No comprendía la extraña y perturbadora fascinación que le provocaba aquel hombre. Estaba convencida de que no era un simple ladrón de caballos. Nadie con un cuerpo como el suyo podía ser un vulgar bandido. Pero ¿qué hacía en sus tierras? ¿Podía tratarse de algún espía de los McFersson? ¿Qué buscaba?

Echó un rápido vistazo al grupo y aproximó su manta a él. Ojalá ninguno se percatara, porque de otro modo, podría tener una buena reprimenda al llegar a Durney Tower. Porque seguro que el deslenguado de Barry le iría con el cuento, tergiversando las cosas.

Kyle se movió. La manta se ladeó lo suficiente para permitirle ver su pecho. Josleen clavó su mirada en aquella demostración de fortaleza y le costó trabajo respirar.

¡Dios, como deseaba tocarlo!, pensó, ahogando una risita nerviosa. ¿Se estaría volviendo loca? ¿O es que, de repente, le alertaban sus necesidades? Su madre la educó para que no reprimiera sus sentimientos. Le contó la magia que podía envolver una caricia. Y la instruyó en las diferencias que existían entre el cuerpo de un hombre y el de una mujer. Era una mujer sabia y, tal vez, adelantada a su tiempo. A su lado aprendió todo: a cocinar, a curar las heridas, a cuidar de los enfermos... Y a vislumbrar cómo podía ser la relación con su futuro esposo.

Pero nunca le dijo que pudiera sentirse atraída repentinamente por un desconocido. Y era justamente eso lo que le estaba pasando. Debería preguntarle en cuanto la viera de nuevo.

Vagó su mirada por aquel rostro virilmente atractivo. Su cuerpo era un canto al poder. Estúpidamente, imaginó qué sentiría si él la besara.

Kyle se movió de nuevo y la manta se ladeó, descubriendo su costado y una larga y musculosa pierna. Se fijó en el ancho cinturón que sujetaba su kilt: una torre. Frunció el ceño. Le resultó vagamente familiar. Pero se olvidó de eso de inmediato y sus ojos se aferraron a la piel desnuda. Se humedeció los labios.

Sin ser consciente de su descaro, alargó la mano para tocarlo.

Kyle se debatía en sueños. Los ojos de Muriel, la muchacha con la que hubo de casarse apenas cumplir los veinte años, le observaban. Ella le gritaba, diciéndole que le odiaba. Él alargaba su mano para sentirla, pero cada vez estaba más lejos. Nunca volvió a tocarla después de aquella horrible y desagradable noche de bodas. Pero había dejado en ella su semilla y le había dado un hijo, Malcom, al que ella odió tanto como a él mismo...

Sin embargo, Muriel le estaba tocando ahora y él vibraba bajo aquella delicada caricia. No la amaba, nunca llegaron a intimar lo suficiente. Pero la necesitaba. Ardía bajo el tacto suave de su mano. Su bajo vientre cobraba vida...

Se debatió en su alucinación. Las manos de Muriel eran cálidas, suaves. Gimió, encendido como una hoguera, deseando que el tibio contacto continuara, su cuerpo pidiendo ya compensación...

Josleen se mordió los labios al sentir bajo sus dedos su sedosa piel. Acalorada por su propia desfachatez, le acarició. Él suspiró y ella se detuvo, el corazón latiéndole en la garganta.

Lo que estaba haciendo no era correcto, se dijo. Pero su mano, con vida propia, bajó por su costado hasta el muslo.

Kyle, afiebrado, susurró un nombre:

—Muriel...

Josleen respingó. Pero no movió un músculo. Entonces se dio cuenta de que él estaba ardiendo. Al retirar la mano, tocó la hebilla del cinturón. Una torre trabajada sobre metal. Y se quedó así, pensativa, con su mano sobre el estómago de aquel guerrero. No podía respirar apenas y un temblor repentino alertó al durmiente.

Kyle despertó, pero no se movió. Tardó un poco en darse cuenta de que había estado soñando con su esposa, pero que no era ella, desde luego, quién le había acariciado. Sus músculos se tensaron, adivinando ya lo que sucedía. Apretó los puños. El placer se mezcló con la irritación. Nunca se habían aprovechado de él de modo tan mezquino, mientras deliraba. ¡Por amor de Dios! Aquella maldita muchacha le había estado toqueteando con todo el descaro del mundo..., ¡Y él estaba excitado!

Apretó los párpados y ralentizó su respiración. Los dedos femeninos ya no se movían, varados sobre su vientre. Luego, la escuchó suspirar, y volvió a cubrirlo. Los insistentes y humillantes latidos bajo su kilt le enfurecieron. ¿Era una nueva clase de tortura para que hablara, diciéndoles lo que querían oír? ¿Le excitaba adrede para dejarlo después deseoso de más, para rendirlo, cuando no lo hicieron ni los golpes ni el frío?

Tardó en mirarla. Ella parecía dormida.

Era bonita, sí, pensó. Su joven rostro mostraba tranquilidad y su boca se fruncía en un gesto casi infantil que le hizo desear besarla. Si hubiese estado libre de las ligaduras...

De repente, Josleen abrió los ojos y se incorporó. Le miró y respingó al verse observada. Su cara, arrobada, adquirió el color de los melocotones maduros. Pero se repuso de inmediato. Él no se había dado cuenta de sus caricias, de manera que no debía preocuparse. Era otra cosa la que la despertó súbitamente, con el corazón en la garganta. ¡La torre! Se acercó, quedando casi pegada a él, sentada sobre sus talones. Echó la ropa a un lado y pasó los dedos por la hebilla. Y sus grandes ojos volaron, llenos de estupor, hacia los dorados pozos dorados que la miraban fijamente.

—¿Quién eres? —balbuceó en un susurro que apenas escuchó Kyle.

—Un McDuy.

Josleen movió la cabeza con fuerza. Su melena chispeó bajo los rayos lunares.

—No. No lo eres. Los McDuy son gente miserable. No guerreros. Y tú eres un guerrero.

—Si tú lo dices...

—¿Por qué llevas este cinturón?

La verdad había estallado en su cabeza como un foganazo. Pero necesitaba una confirmación porque... ¡No podía ser! ¡Por todos los infiernos!

Capítulo 8

—Eres un McFersson —le dijo.

Kyle guardó silencio. Se daba cuenta de que ella estaba atemorizada y un brillo diabólico atravesó su mirada. Se dijo que muy bien podría sacar partido de su descubrimiento.

—¿Y qué si lo fuera, mujer?

—Pero... ¿Cómo...?

—Esto traerá la guerra. Lo sabes.

Ella se irguió. Los McFersson eran sus enemigos, pero hacía años que existía algo así como un acuerdo tácito entre los dos clanes. Los robos de ganado y el saqueo de algunas aldeas continuaban, era verdad. Pero hacía mucho tiempo que no se habían enfrentado con las armas. Sin embargo, si aquel hombre era realmente un McFersson, y no le cabía duda ahora que había recordado el escudo de armas del otro clan, iban a surgir problemas. ¡Y podría significar reanudar las belicosidades! La miseria para los campesinos, la muerte para muchos guerreros, el dolor por la pérdida de muchos seres queridos para las mujeres McDurney. Sabía que el jefe McFersson aprovecharía aquella oportunidad y atacaría con la excusa del agravio a uno de sus hombres.

—¿Eres de verdad un McFersson?

—Sí.

Se tambaleó ligeramente.

—¿Y si te dejo ir? —preguntó, resuelta.

Kyle parpadeó. Achicó la mirada y su voz sonó muy ronca.

—Podrías librar a los de tu clan de una muerte segura, muchacha.

—¿No habrá guerra? ¿Olvidarás este incidente? Debes prometérmelo —le exigió.

Kyle pareció pensarlo durante un instante. ¿Qué había sucedido a fin de cuentas? Una ceja partida que sanaría en un par de días, unos cuantos golpes y, eso sí, un buen resfriado. Nada lo suficientemente importante como para emprender una guerra que a ninguno beneficiaba. Aunque la amenaza había surtido efecto.

Claro que, también hubo algo agradable: el tacto de su mano. Asintió.

—Prometido.

—Y no les harás nada a ellos cuando te suelte —señaló a los que dormían.

—Estoy desarmado.

Josleen se tranquilizó. Le hizo volverse de espaldas, sacó su daga y la acercó a las cuerdas. Pero se detuvo repentinamente.

—¿Lo has pensado mejor? —pinchó Kyle.

Ella no contestó, pero comenzó a desatar los nudos. Si encontraban cortada la sogá, todos sabrían que ella le había ayudado a huir.

Kyle contuvo un grito de alegría al verse liberado. Se la enfrentó. Y retrocedió un poco al ver la daga con que le apuntaba, sus ojos empañados de precaución.

Kyle sonrió. A pesar de todo se estaba divirtiendo. Y a ella se le secó la garganta. Era tan atractivo.

Kyle se levantó cuidando de no hacer ruido. Tenía que marcharse ahora que aún podía, pero algo parecía retenerle junto a ella. Además, le molestaba pensar que tal vez recibiera un castigo, si suponían que le había ayudado.

—Debería golpearte —le dijo.

Josleen elevó un poco su daga.

—¡Ni te atrevas!

—¿Y si suponen que tú me has liberado?

—No corté la cuerda.

Pero él tenía razón. Barry, sin duda, sospecharía de ella. ¿Cómo iba a explicarles? ¿Qué excusa podría dar más tarde a Wain? Suspiró y guardó la daga.

—No me golpees muy fuerte —le rogó.

Kyle sintió un mazazo en el pecho ante su pasividad. Nunca hasta entonces había golpeado a una mujer y ahora las circunstancias le obligaban a hacerlo. ¡Y ella se ponía en sus manos sin temor alguno! Podría retorcer su delgado cuello, sin que sus compañeros se enterasen de nada. Y todo por evitar una guerra. Ponía en riesgo su propia vida para evitar muertes. Hasta ese momento, no conoció a una mujer tan valiente, capaz de sacrificarse por los demás hasta tal punto.

Se inclinó un poco hacia ella. Su mano derecha la atrapó por la nuca y ella le miró con los ojos muy abiertos, acaso dudando de hacer lo correcto. Él podría estrangularla si quería. Pero el contacto de aquellos largos dedos en su nuca, enredándose en su cabello, provocó un estremecimiento. No importaba demasiado, de todos modos. Una vida a cambio de muchas. Cualquier cosa antes que ver a su pueblo sumido en las penurias de una guerra.

—Confío en tí —musitó, cerrando los ojos.

Y sus palabras desarmaron a Kyle por completo. Si por algún instante hubiera pensado hacerle daño, la afirmación habría evaporado el rencor. Pero ¿cómo lastimarla?

Le quitó la daga de entre los dedos. Fulminante como un rayo, la necesidad de saborearla le atravesó. Su boca atrapó la de Josleen. Ella respingó ante el tibio contacto, pero antes de poder reaccionar, estaba en pie y pegada al cuerpo de aquel guerrero, respondiendo a la caricia.

Ambos respiraban aceleradamente al separarse. Kyle la miró, fascinado. ¿Quién era aquella bruja que le enardecía sólo con mirarla? En otro momento, aquella muchacha hubiera conocido el modo en que un McFersson... Pero no era lugar ni hora para escauceos amorosos. Apretó los dientes, pidió perdón mentalmente a Josleen y su puño se estrelló sin demasiada fuerza contra su mentón. Ella ni soltó un quejido, simplemente se desmayó.

Kyle la retuvo en sus brazos durante un momento. Le aturdió la sensación de plenitud que le embargaba sintiendo su cuerpo junto al suyo. Lamentó profundamente haber tenido que golpearla, pero era eso o arriesgarla a un castigo. La depositó sobre el suelo con mucho cuidado, sintiéndose el ser más ruin de la tierra por haber tenido que dañarla. Volvió a besar aquella boca afrutada,

caliente y sedosa.

—Perdóname, princesa —susurró sobre sus labios.

Después, echó sus erráticos deseos al infierno, se incorporó, corrió agazapado hasta su caballo y montó sobre él. El semental, bien entrenado, no hizo ruido. Pero el grupo escuchó, inevitablemente, su galope.

Cuando los McDurney se dieron cuenta de que el prisionero escapaba, la preocupante inmovilidad de Josleen detuvo la persecución. Kyle aprovechó su ventaja, poniendo distancia entre ellos y dirigiéndose hacia sus tierras.

Capítulo 9

Era el antiguo culto a los árboles.

En tiempos remotos, los celtas adoraron al roble y fundaron su religión en el culto a la naturaleza. Ahora, el rito pagano había cambiado y no era un roble sino un poste adornado con multitud de cintas de colores, alrededor del cual la chiquillería danzaba hasta herosear el sencillo palo de madera. Pero para el pueblo, aquel insípido poste seguía representando al roble. Se decía de las mujeres nacidas bajo su sino, en el mes de Agosto, como Josleen, eran sólidas aunque sensibles, que sólo permitían ser amadas por aquel que les brindara un cariño sincero, intranquilas y apasionadas y capaces de demostrar su enojo con creces incluso cuando no le diera motivo para ello.

Josleen sonrió ante el bullicio de los niños y apuró a los que iban a acompañarla en su viaje a la aldea de Mawbry para después llegar hasta la casa de su madre. Le hubiera gustado quedarse hasta la noche, disfrutando de la fiesta, pero había que partir.

Seis guerreros armados hasta los dientes la rodearon y juntos se encaminaron hacia los caballos.

—Podrías esperar un poco, Josleen.

Josleen se volvió ante el ruego y sonrió al sujeto. Se acercó para besarle en la mejilla. Se separó un poco y le miró con afecto.

—Quiero estar a medio camino antes de que caiga la noche, Wain.

Él asintió. La estrechó entre sus brazos y ella rió, gozosa, aunque su fuerza casi le fracturó una costilla.

—Mándame recado por un emisario tan pronto llegues. ¿De acuerdo? Y quiero tener buenas noticias.

—Ellos pueden regresar, hermano —señaló al grupo.

—Prefiero que se queden contigo y con nuestra madre.

—Ella tiene un buen contingente de guerreros.

—Aún así.

—De acuerdo. Pero luego no me eches en cara que les has necesitado.

Wain acompañó a su hermana hasta la montura, la agarró por la cintura y la colocó sobre la silla. Josleen le sonrió, aunque aquellas muestras de protección la irritaban a veces. Era una mujer hecha y derecha y no necesitaba continuos cuidados. Pero Wain seguía pensando que era poco menos que una criatura. Y sabía que él siempre estaría allí, procurando su bienestar, como

procuraba la prosperidad a todo el clan. Era el jefe. Todos confiaban en él.

—Ten cuidado —pidió él.

—Deja de preocuparte. Tengo que ir, lo sabes.

Le costó convencerlo de que aquel viaje era necesario. Helen, la hija mayor del hombre que desposó a su madre en segundas nupcias, se lo pidió como un favor. Pasaría mejor los dos últimos meses que faltaban hasta el parto teniendo a su lado a alguien de su misma edad. Además, podría ayudar a su madre en el parto. Wain había accedido sólo por el amor que profesaba a Alien, su madre, ahora una McCallister.

Wain acarició el lomo del caballo.

—Espero que, en esta ocasión, no te encuentres con otro ladrón, hermanita.

El sonrojo cubrió sus mejillas. Instintivamente, se pasó los nudillos por la barbilla. Aún recordaba la parrafada de Wain cuando se enteró de lo acontecido, culpándola directamente a ella por haberse puesto en peligro durmiendo tan cerca del prisionero. El condenado Barry insistió en que, de no haber sido por eso, hubieran evitado que el McDuy escapara.

«Si yo no lo hubiera tocado» pensó Josleen. Recordaba tan vívidamente el tacto de sus músculos... Le recorrió un extraño cosquilleo. Había intentado olvidarlo durante aquellos meses, pero fue imposible. Su beso la marcó a fuego. Y la mantenía despierta muchas noches, hasta irritarla. Sin embargo, él había cumplido su promesa y ninguna aldea fue atacada, ni había llegado un ejército en son de guerra a las puertas de Durney Tower.

Aceptó la broma y se inclinó para tirar a su hermano de una oreja.

—Te traeré uno a mi regreso —bromeó.

—Y yo te calentaré el trasero.

Josleen le tiró un beso con los labios y se medio volvió en la montura al escuchar la llamada de una mujer.

Se acercó una joven muy bonita, a quien Wain enlazó de la cintura en cuanto la tuvo a su alcance.

—Te echaremos de menos.

—Y yo a vosotros, Sheena. Pero Helen me necesita ahora.

—Es mucho tiempo —se quejó la otra.

—Wain te mantendrá ocupada, no lo dudes. Ni siquiera te acordarás de mí.

Sheena se puso roja como la grana y agachó la cabeza para apoyarla en el pecho de su esposo.

—Eres terrible —se quejó a media voz.

Wain se unió a la risa divertida de su hermana y abrazó más fuerte a su mujer. Hacía tres años que se casaran y era el hombre más feliz del mundo. Sheena era sumisa, todo lo contrario a su hermana, que pecaba de terca, irritable y, la mayoría de las veces, sarcástica hasta lo desesperante. Sheena era dulce; Josleen, mandona. Una pelirroja y la otra rubia—rojiza. La primera vergonzosa, la segunda descarada. Sólo tenían en común unos hermosos ojos azules y profundos que quitaban el aliento a cualquier hombre.

—Os enviaré noticias apenas llegue —prometió de nuevo Josleen.

—Si necesitas algo, házmelo saber. Besa a mamá. Y dale un puñetazo a McCallister de mi parte —bromeó Wain, alzando la voz, cuando ya el grupo se alejaba a la salida de la fortificación.

Sheena se apretó contra él y alzó la cabeza para recibir un beso. Suspiró y le miró con los ojos velados.

—Te deseo —le confesó.

Wain McDurney estalló en carcajadas.

—Creo que Josleen te está mal enseñando, mujer.

—Me gustaría tener su carácter. Josleen no se amilana ante nada, hace lo que quiere y...

—Y se gana una zurra de cuando en cuando —cortó.

—Hablando de eso. No me gustó que la reprendieras cuando regresaron de Dorland. ¿Qué culpa tuvo ella de que ese sujeto escapara?

—Ya oíste a Barry.

—Barry es propenso a la cólera. A veces pienso que nació ya colérico.

Wain guardó silencio. ¡Al diablo con su medio primo! Tenía cosas más importantes de las que ocuparse, por ejemplo, hacerle el amor a su mujer de inmediato. Llevándola apretada contra su costado, se acercaron al palo adornado para la fiesta de May Day, que celebraba la llegada de la primavera.

Acodado en una de las murallas, la turbia mirada de Moretland les siguió.

—Algún día... —dijo entre dientes—. Algún día, Wain.

Capítulo 10

James agarró un muslo de ave de una de las fuentes que los sirvientes retiraban ya y le dio un mordisco mientras intentaba, a la vez, ponerse la capa.

—¡Por los infiernos, James! —bramó una voz desde la entrada del salón.

—¡Ya voy, maldita sea! —gruñó el muchacho— ¡Ya voy!

Salió a escape, refunfuñando sobre la estúpida necesidad de tener que ir justo ahora de batida. A su hermano, el jefe del clan, se le había metido entre ceja y ceja “tomar prestado” parte del ganado que los McDurney tenían cerca de la ciudad de Mawbry, unas veinte millas fuera del territorio McFersson. Dio otro mordisco y tiró el hueso a un lado. Poco faltó para que acertase a uno de los sirvientes que pasaba en esos momentos.

—¡Lo siento! —se disculpó al tiempo que se escabullía.

Afuera, diez hombres montados a caballo aguardaban. Le importó un comino la mirada de reprobación de nueve de ellos. Pero la del último, le provocó desazón. Montó de un salto y miró a su hermano mayor.

Kyle dejó una imprecación a medias.

—Es la última vez que te espero, James.

—Ni siquiera me has dejado acabar la comida.

—Si hubieras llegado a la mesa cuando todos lo hicimos, en lugar de estar detrás o bajo las faldas de alguna muchacha, habrías tenido tiempo suficiente.

James se encogió de hombros. Y sonrió como un diablo al ver su ceño fruncido.

—¿Por qué estás siempre de tan mal humor, Kyle? La vida es hermosa.

Unos ojos dorados relampaguearon, pero se aplacaron de inmediato. Era imposible luchar contra James. El chico apenas acababa de cumplir los veinte años y era tan revoltoso o más que el pequeño Duncan, quien aún no había cumplido los catorce. Le vencía siempre con sus sonrisas. De los tres, era sin duda el que tenía mejor talante. Por eso se ganaba a las mujeres.

—¡Vámonos!

Casi a las puertas del castillo, tuvieron que detenerse. Montado en un caballo de color canela y fuertes patas, Duncan les cortaba el paso. Kyle suspiró, se acodó en el cuello de su montura y miró a su hermano pequeño.

—Y ahora ¿qué pasa?

—Voy con vosotros.

—Ya te dije que no, Duncan.

—Pues yo insisto.

Kyle bufó. ¡Por los cuernos de...! ¿Es que siempre habría de estar peleando con sus hermanos? A su espalda, las risitas de sus guerreros le irritaron aún más. Hizo avanzar al caballo y se irguió sobre la silla, acercándose al muchacho. Su voz sonó tranquila. Demasiado tranquila. No era buena señal para quienes le conocían de verdad.

—Hijo, quita tu trasero de mi camino o juro por todo lo sagrado que te lo despellejo con una vara.

Apenas lo dijo, Duncan palideció. De inmediato, el camino les quedó expedito.

—¿De veras le zurrarías con una vara, Kyle? —preguntó James, divertido, mientras avanzaban.

—Y a ti, si me incordias demasiado, hermano.

—¡Por Dios, qué genio! —se alejó. Le gritó a distancia— ¡No eres buena compañía, Kyle! ¿Lo sabes? ¡Preferiría viajar con un marrano antes que a tu lado!

Se escapó alguna carcajada y él sonrió. Las bromas de James eran siempre bien recibidas por los hombres y más aún cuando el centro de aquellas bromas era él. Se fue hacia él, para que el joven no se sintiera orgulloso de su triunfo y James se alejó, tomando distancias.

Capítulo 11

Avistaron la pequeña aldea después de rebasar la colina.

De algunas chimeneas, salía humo. Había una quietud que tranquilizaba el espíritu en aquel bucólico paisaje. Apenas había diez cabañas. Y el ganado pastaba al cuidado de dos hombres, un poco alejados del pueblo.

Atardecía ya, pero los montes no se resignaban a dejar de obsequiar a los viajeros con el malva de las flores de sus laderas. Era un momento propicio para atacar y hacerse con unas cuantas reses. Además, había luz suficiente para que supieran quien les atacaba. Siempre fue así entre los ellos y los McDurney, desde los tiempos de sus abuelos. Sin esconderse. Cara a cara, luciendo los colores de sus tartanes y lanzando al viento su grito de guerra. Llevaban tanto tiempo robándose ganado unos a otros, que era casi una tradición.

Kyle estaba a punto de orden bajar la colina cuando avistaron al grupo que se acercaba a la aldea. Se replegaron tras unos arbustos y vigilaron. Varios hombres y una mujer, en el centro, claramente protegida por los guerreros. No le importaba quienes eran. El ganado, sí.

Se aupó sobre su montura, pero la distancia no le permitió distinguir si iban armados, ni sus colores. Podían ser hombres de guerra y si comenzaban una pelea, alguno saldría herido, era inevitable. Kyle no deseaba arriesgar en esos momentos la integridad de ninguno de sus hombres. Mucho menos la de su hermano James. Los viajeros parecían ir de paso y seguramente pernoctarían en la aldea, lo que dilataba sus intenciones. Pero una noche bajo las estrellas nunca hizo mal a nadie, así que decidió esperar al día siguiente y así lo comunicó a sus compañeros.

—Pero, Kyle —protestó James—, hasta podría ser divertido. Hace mucho que no cruzamos armas con nadie. Supón que pertenecen al clan de los McDurney. Podríamos divertirnos un rato.

—No sé si son McDurney.

—Sean quienes fueran, son amigos de ellos. De otro modo no se atreverían a cruzar estas tierras con esa tranquilidad.

—Posiblemente. Pero hemos venido a por el ganado.

—Te estás volviendo blando, hermano.

—Posiblemente —repitió Kyle mientras ataba su caballo al arbusto.

El resto se apeó también. James no tuvo más opción que claudicar. Se acomodó junto a él y comenzó a mordisquear una brizna de hierba.

—Me habría gustado un poco de jaleo.

—Si tan ansioso estás, cuando regresemos a casa mediremos nuestras espadas.

James dió un respingo.

—¡No estoy tan ansioso! Además, no puedo competir contigo. Siempre ganas —dijo, fastidiado.

—Pero te desahogará. ¿No es lo que quieres?

James enmudeció. Los otros, escuchando el intercambio, sonrieron. Ahora era Kyle el que se burlaba.

Capítulo 12

Apenas clareó el día, Josleen y su escolta se pusieron en marcha. Agradecieron el alojamiento y la comida al cabecilla de la aldea y montaron. Aún les quedaba todo un día de viaje.

Kyle, agazapado, cuerpo a tierra, les observaba. Su humor no era el mejor, después de haber soportado las pullas de James durante buena parte de la noche. Cuanto antes tomaran el ganado y regresaran a Stone Tower, antes se quitaría a aquel pesado de encima. Ordenó montar.

Pero el destino les jugó una mala pasada.

El grupo se dirigía directamente hacia ellos. Por tanto, hacia la ciudadela de McCallister. Eso les dejaba sólo dos salidas: o se les enfrentaban o huían como conejos. Y Kyle McFersson nunca había hecho lo segundo.

James se frotó las manos. A fin de cuentas habría un poco de jarana.

—Me pido a la dama —le dijo a Kyle al oído.

Kyle no le prestó atención. Estaba ya dispuesto a ordenar el ataque cuando una ráfaga de viento voló la capucha que cubría la cabeza de la mujer. El sol naciente saludó por un instante a unos cabellos dorado—rojizos. Ella se cubrió de inmediato, pero a él se le había cortado la respiración.

Pensando que era una confusión, achicó la mirada, fijando toda su atención en la dama. Joven. Delgada. Dominaba su caballo con maestría. La vio hablar algo con el hombre que se ceñía a su lado derecho y ella echó la cabeza hacia atrás, al parecer divertida. Ahora sí pudo ver bien los colores de sus tartanes. McDurney. ¡Y para colmo, aquella muchacha era...!

Un estremecimiento le recorrió la espalda al reconocerla. ¡Como no hacerlo, por las ubres de una vaca! No había pasado un solo día sin recordar el tacto de su pequeña mano sobre su cuerpo.

Soltó un taco. Echó un vistazo a sus hombres. Todos estaban ya montados y listos. Se aproximó a ellos.

—Quiero a la mujer —les dijo—. Ni un susurro y ni un herido.

Le miraron con asombro, pero asintieron en silencio. Sólo James protestó por lo bajo.

—A la dama me la he pedido yo.

—¡Púdrete, James!

Tras los arbustos, aguardaron a que los otros se acercaran más. Entonces salieron. No hubo grito de guerra y el asalto se llevó a cabo en el más absoluto silencio.

La escolta de Josleen, pillados por sorpresa, apenas pudieron sacar sus espadas y, en medio de la confusión, se dispersaron. Fueron desarmados con una rapidez abrumadora. Los más

cercanos a la joven intentaron protegerla, pero fueron atacados por la espalda y sendos golpes en la cabeza dieron con ellos en tierra.

Josleen hubo de hacer verdaderos esfuerzos para controlar su montura, repentinamente asustada. Para cuando lo consiguió, la corta pelea había finalizado y su escolta había sido vencida. Les indicaron que descabalgara, pero ella se negó. Regaló una mirada de desdén al hombre que se acercó a ella. Era joven y lucía los colores de los McFersson: fondo negro con cuadros verdes. El broche que sujetaba su tartán sobre el hombro era una torre, alrededor de la cual leyó: Honor o Muerte.

Él, alargó el brazo para atraparla por la cintura, pero se encontró con que ella levantó la pierna, propinándole tal patada, que le propulsó del caballo y acabó apeado.

Surgió una risotada general entre tus atacantes. Pero Josleen no saboreó demasiado su pequeño triunfo porque alguien, desde el otro lado de su caballo, la atrapó en una tenaza que apretó alrededor de su cintura, lastimándola. Aún así, luchó. Chilló cuando la soltaron de golpe y cayó al suelo, sobre rodillas y palmas, pero se resolvió como una fiera dispuesta a atacar...

Y se quedó paralizada ante unos ojos que le quitaron el aliento.

Hielo y oro.

Capítulo 13

Abrió la boca, pero sólo se le escapó algo parecido a un graznido.

Kyle descabalgó con lentitud, saboreando la imagen de ella así, medio agachada, despeinada, aparentemente vencida pero lista para el ataque. Una gata.

Josleen, aunque asombrada, no dejó de prestar atención a lo que le regalaba el destino. Ahora, a la luz del día, pudo fijarse mucho mejor en la complexión de él: era alto, de fuertes brazos y poderosas y largas piernas enfundadas en botas de piel. Estrecha cintura que adquiriría amplitud en un torso acabado en unos hombros de increíble anchura. Sus ojos, del color del oro, tenían, tal vez, una chispa de ironía. Era condenadamente guapo.

Más espléndido que como le recordaba.

—Volvemos a vernos —dijo él, ofreciéndole su mano.

Josleen tardó en aceptarla, pero acabó haciéndolo.

—Eso parece.

—Aunque ahora se han cambiado las tornas.

—Desafortunadamente para mí y mi escolta.

Kyle sonrió de repente y ella creyó encontrarse en el séptimo cielo y respondiéndole.

—No he olvidado que tengo una deuda contigo, muchacha. Nada debéis temer. No os haremos daño.

—Entonces... ¿por qué nos habéis atacado?

—Os hemos detenido. Hay una diferencia. De haberos atacado realmente, ni uno sólo de tus hombres estaría con vida.

Josleen asintió, más calmada. Si no entendía mal, él debía haberla reconocido y sólo deseaba intercambiar un saludo. Entendía que no había visto mejor forma que sorprendiéndoles, porque no hubieran sido bien recibidos de advertir el color de sus tartanes. Sonrió y comenzó a caminar, como el que da un paseo. Kyle la siguió mientras sus hombres esperaban, sin saber qué hacer con los prisioneros. Tampoco éstos parecían comprender nada.

—¿Pensáis robar el ganado de la aldea?

—Ajá.

—Y has cambiado de idea al reconocerme.

—No exactamente. Sólo he priorizado. Me pareció buena idea saludarte. Pero después me llevaré el ganado.

Josleen se echó a reír. Sin que ella se diera cuenta, Kyle se tensó. Su risa le hizo desearla.

—Así que has querido intercambiar saludos. No es frecuente entre clanes enemistados.

Kyle se encogió de hombros. Ella pensó que era una estupenda y preciosa anécdota para contarle a su madre y a Wain cuando regresara a Durney Tower. ¿Por qué no?, se dijo. Hacía demasiados años que duraba aquel enfrentamiento estúpido entre sus clanes.

Estaba entusiasmada. Hasta que le oyó decir:

—No exactamente intercambiar saludos, muchacha. Vendrás conmigo.

Capítulo 14

Josleen retrocedió un paso. ¿De qué estaba hablando, por todos los cielos? ¡Ir con él!

—No lo estás diciendo en serio —dijo con un hilo de voz.

—Muy en serio. Que viajes con escolta sólo puede significar que eres importante en el clan McDurney. Eso significa un buen rescate.

Ella se atragantó. ¡El muy...! Se le fue el color de las mejillas. Echó un rápido vistazo alrededor. No podía contar con su escolta.

—Yo te liberaré cuando te apresamos —le recordó.

James silbó y cuando Kyle se volvió a mirarle estalló en carcajadas. El muy bellaco no había contado nada a ese respecto.

—Y yo pagué la deuda respetando la vida de tus hombres. Como ahora.

Josleen entendió. No pensaba dejarla ir.

—Wain McFersson te declarará la guerra por esto.

Su mención hizo que Kyle alzara las cejas.

—No lo creo. Pagaré el rescate y ahí quedó todo.

—Ni lo sueñes —repuso con desdén—. Vendrá a por mí.

—¿Eres su amante?

Josleen estuvo tentada de golpearle. Apretó los puños contra las caderas y elevó la barbilla con gesto altanero.

—Es mi hermano.

Por los ojos de él cruzó un atisbo de tormenta. Fijó en ella su atención. Había visto al McDurney sólo una vez, hacía siete años. Y no olvidaría su rostro jamás, porque el otro consiguió alcanzarle con su espada y guardaba una cicatriz en el costado izquierdo como recuerdo. La muchacha que tenía ante él tenía los ojos acaso más azules, el cabello más rojizo... pero... Aquella expresión tenaz, aquel rictus de superioridad que anidaba en sus gruesos labios...

—Tu nombre —ordenó tajante.

—Para tí, sólo McDurney.

Kyle la agarró el brazo, repentinamente enfurecido. Había jurado hacía años que si se encontraba de nuevo con Wain McFersson, acabaría con él. Wain había tachado de asesinos a todos los de su clan debido al enfrentamiento de antaño. Le había herido, humillado y pisoteado su orgullo. Y ahora, ¡loados fuesen los cielos! tenía nada menos que a su hermana en su poder. ¿Qué mejor venganza? ¿Qué mejor modo de hacerle daño? La empujó hacia el grupo y ladró una orden:

—Atadles a todos las manos a la espalda y que monten. ¡Y darme una cuerda!

James se la tendió, pero al adivinar el uso que iba a hacer de ella se disgustó, aunque guardó silencio.

Kyle ató las muñecas de Josleen y la tomó en brazos para dejarla al lado de los demás prisioneros. Luego, montó su caballo, dio una silenciosa orden alzando el brazo y salió a galope hacia la aldea, sabiendo que sus hombres le seguirían. Tener entre sus brazos a aquella muchacha no le hizo olvidar el ganado.

Capítulo 15

El origen de los clanes escoceses provenía de los celtas y era su sistema de vida; el único conocido. El clan estaba formado por los miembros originarios, casi siempre relacionados con el jefe del mismo por vínculos de parentesco o de sangre. Eran los *Native Men* y, por consiguiente, los que ejercían mayor poder dentro de la comunidad. El resto, los *Broken Men*, no eran sino miembros de otros clanes menos poderosos o deshechos que buscaban protección bajo el más fuerte. McFersson y McDurney tenían muchos de aquellos entre sus filas.

Josleen observó que había grupos aislados que saludaban los colores McFersson, según se adentraban en tierra enemiga.

Atravesaron un río y se internaron en un bosque cerrado, con espesa vegetación. Cabalgaron sin descanso durante horas y para ella supuso un infierno. Aquel desgraciado la había montado delante de él y era imposible no chocar una y otra vez contra su musculoso cuerpo. Su humor era el peor que recordaba desde hacía tiempo.

El de Kyle, no tenía nada que envidiarla. Aunque había recordado frecuentemente, durante aquellos meses, sus trémulas y avergonzadas caricias mientras fue su prisionero y le creyó dormido, ahora se le hacía cuesta arriba mantenerse impertérrito teniéndola allí, entre sus muslos. Deseaba llegar a Stone Tower lo antes posible. Su perfume le embotaba y hubo de cambiar varias veces de posición mientras cabalgaban para no demostrar su excitación.

Debería haberse sentido ufano por haber cazado a una McDurney con la que obligar a Wain a negociar, consiguiendo tierras y ganado. Pero no era así. Estaba irritado.

Apenas pararon para dar un ligero descanso y agua a caballos y reses y para tomar un bocado. Durante el breve respiro, ataron a los prisioneros juntos. Josleen fue apeada sin demasiados miramientos y a punto estuvo de lastimarse.

James lanzó una mirada de fastidio a su hermano mayor y le increpó en voz baja su lamentable actuación. Ella, lo escuchó. Y pensó que, tal vez, podría encontrar un aliado de su causa antes de acabar en una mazmorra.

Sonrió al joven guerrero y él respondió con una media reverencia. James escuchó la advertencia de Kyle a su espalda, pero le mandó mentalmente al infierno y se acercó a ella. La tomó del codo y la condujo, con toda galantería, hasta acomodarla a la sombra.

Pero no le soltó las manos. Le proporcionó un trozo de carne seca y un pellejo de vino rojo. Estaba famélica, cansada, muy enfadada y hasta un poco temerosa de su suerte, pero agradeció las viandas y se dispuso a comer. Al menos, le habían atado las manos delante. A punto de saborear la

carne seca, se dió cuenta de que nada habían ofrecido a su escolta.

Con un gesto altivo, tiró la carne y el pellejo a un lado y se recostó en la corteza del árbol, cerrando los ojos.

—No me gusta desperdiciar la comida, muchacha —la dura voz de su carcelero la hizo brincar.

—No pienso comer si ellos no lo hacen.

Kyle la miró desde arriba. Era tan alto y parecía tan temible... Le brillaban los ojos. ¿De diversión? ¿De cólera? Josleen se mantuvo firme y no apartó su mirada. Por fin, Kyle acabó por encogerse de hombros, dio una patada a la carne y recogió el pellejo de vino.

—Es más que lo que me ofrecisteis a mí —le dijo.

Josleen se mordió la lengua para no insultarle y él se alejó, sentándose junto a sus guerreros. No se le escapó que el más joven volvía a parecer discutir con aquel gigante dorado. Cerró los ojos de nuevo y procuró descansar. No sabía cuánto tiempo cabalgarían aún y estaba extenuada.

Dormitó un rato. Hasta que la tomaron de las cuerdas y la irguieron. Dio un vistazo a su alrededor, un poco confusa. Todos habían montado ya y aguardaban. ¿A ella?

Kyle la tomó de la cintura y la colocó de nuevo sobre la silla. Sólo que esa vez, no fue sobre la suya, sino en la de James.

Josleen miró por encima del hombro a su nuevo compañero de viaje y él sonrió de oreja a oreja.

—Él dijo que tenía que pensar, por eso cabalgarás conmigo.

—¡Ah! Pero... ¿piensa y todo?

La carcajada le retumbó en el oído. James asió las riendas y la estrechó, tal vez demasiado, entre sus fuertes brazos. Luego, hundió la nariz en su cabello.

—Hueles bien. Como los brezos. —le dijo.

Ella no respondió, pero se alegró de la conquista. Estaba cada vez más segura de que la ayudaría. ¿Acaso no parecía estar en desacuerdo con el jefe de la partida? ¿No creyó ver que discutían después? No era experta en seducción, porque nunca le interesó ningún guerrero lo suficiente como para desplegar sus velas, pero pensó que era un buen momento para practicar.

Capítulo 16

—¿Vuestro jefe es siempre igual de hosco?

—A veces, más.

—Alguien debería enseñarle modales.

—Bueno... Las mujeres no se le quejan —bromeó él—. Hasta diría que les agrada a veces...

Ya me entiendes.

—Yo no estoy acostumbrada a que un hombre sea tan grosero.

—Tal vez todos te tratan con corrección porque eres la hermana de Wain McDurney, ¿verdad?

—Simplemente porque mis gentes son sin duda más agradables. Aquí todos parecen haberse tragado un puercoespín, sobre todo él... Menos tú —y al decirlo se volvió a mirarle, luciendo su más encantadora sonrisa—. Tú eres distinto.

—Gracias.

—Eres más educado, más... caballeroso.

James enarcó una ceja. Su voz se había tornado melosa, tan dulce que empalagaba. Estaba encantado por la decisión de Kyle de haber montado a aquella beldad en su caballo. Pero de inmediato se percató de sus intenciones.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella.

—James.

—Me gusta.

—¿Y tú?

—A ti puedo decírtelo. Josleen.

—Precioso.

Ella dejó transcurrir un tiempo antes de volver a la carga. Simulando un pequeño bostezo se recostó en su pecho.

James lo estaba pasando en grande por dos razones: la primera por disfrutar del contacto de la dama y la segunda por las miradas irritadas que Kyle le lanzaba cada poco.

—James... ¿Puedo preguntarte algo?

—Ajá.

—¿Tienes propiedades?

—Ninguna, pero disfruto de las de mi hermano.

—Y, ¿no te gustaría tener las propias? ¿Vivir en otro lugar, tal vez?

—¿Por qué lo dices? Este territorio es estupendo. Me gusta vivir aquí y tengo lo que necesito.

—Pero hay otros lugares. Por ejemplo, nuestras tierras.

—Eso es territorio enemigo, pequeña.

Josleen tragó saliva. Empezaban a sudarle las manos. Le veía remiso y ella debía conseguir su ayuda cuanto antes.

—Mi hermano puede regalarte tierras y ganado —ofreció, a sabiendas de que Wain daría eso y mucho más por recuperarla— Serías tu propio señor.

—¿A las órdenes de un McDurney?

James se fijó en su coronilla. Su solapada ironía la había dejado envarada. Pero le divertía que ella estuviera intentando sobornarle.

—Tendrías que jurarle lealtad, sí.

Él se tomó un tiempo para responder con un simple:

—Tal vez.

Era el momento, se dijo Josleen. Contorsionó el cuerpo para poder mirarle a los ojos:

—Si nos ayudas a escapar tendrás todo eso y una buena bolsa de dinero.

James ahogó una risotada. La joven tenía agallas, de eso no le cupo duda. ¡Por Dios! Tenía que estar desesperada para hacerle semejante proposición. Duncan se moriría de la risa cuando se lo contase. Quiso alargar la diversión y guardó silencio, como si se lo estuviera pensando. Luego suspiró, agachó la cabeza y besó con rapidez sus labios. Ella se echó hacia atrás. Pero no protestó. ¡Qué diablos!, pensó. Un beso era un triste pago si conseguían huir.

—Bueno...—dijo James un momento después—. Existe un problema, ¿sabes?

—¿Qué problema? Mi hermano te protegería.

—Ya lo imagino. Pero el mío me mandaría desollar.

—¿Eso es todo? Trae a tu hermano. ¡Y a toda tu familia si quieres! ¿Qué les debes a los McFersson, sino vasallaje?

—Veras... Es que a él no le gustaría tener que vivir a las órdenes de un McDurney.

Josleen empezó a desesperarse.

—¿Y quien es tu hermano? ¿Un idiota que no ve una oportunidad cuando la tiene delante de sus narices? ¡Convéncelo!

—Imposible.

—¡No hay nada imposible!

—Con él sí —rió entre dientes—. Porque es ése que no deja de lanzarme dardos con los ojos. Kyle McFersson. Ni más ni menos que el jefe del clan, muchacha.

Josleen se revolvió para abofetearle por la burla, pero antes de darse cuenta la arrancaron de la silla y se encontró sentada sobre la de Kyle. Sus brazos la rodearon.

Y su valor desapareció. ¡Oh, Dios! No estaba en las garras de un McFersson cualquiera, sino en las de el McFersson. A su cabeza llegaron, en ráfagas, los relatos sanguinarios que escuchó. Se decía que incluso los ingleses le temían, que había arrasado aldeas asesinando a mujeres y niños. Contaban que, incluso, había bebido alguna vez la sangre de sus enemigos. El rey, Jacobo, le tenía en alta estima y, sin embargo, había puesto precio a su cabeza y aumentado la cantidad en varias ocasiones. Al parecer, McFersson había hecho oídos sordos a la orden de pactar una alianza con algunos clanes para mantener la paz.

Josleen sabía, porque conocía a su pueblo, que aquella recompensa podía ser un acicate para un inglés, pero nunca para un escocés. Ante todo estaba la sangre. Podían mantenerse enfrentados

durante años, pero si se trataba de luchar contra un invasor, todos los clanes podían unirse en esa causa común.

Trató de mantenerse erguida, pero el cansancio acabó por vencerla. Un par de veces se despertó sobresaltada, con el calor del otro cuerpo arropándola. Pero, al final, se durmió.

Para Kyle fue un mazazo sentir que se relajaba en sus brazos. La había montado con James para calmar un poco el ardiente deseo que ella despertaba en su cuerpo, pero la risa de James acabó por ponerle los nervios de punta. Además, algo parecido al sentido de la posesión le hizo recuperarla. Ahora, estaba seguro de haber cometido un error, porque sus suaves formas volvían a excitarle. Se fijó en el óvalo perfecto de su rostro, en sus largas y espesas pestañas, en su boca.... Era preciosa. ¿Cómo no se dio cuenta antes? Y olía maravillosamente, a esencia de brezo blanco.

Josleen suspiró y apoyó la mejilla en el hueco de su hombro, removiéndose sobre la silla. Kyle aferró las riendas con más fuerzas. Su cuerpo reaccionó dolorosamente, pero soportó el sufrimiento mientras ella se frotaba, sin ser consciente de ello, contra su entrepierna.

Kyle se maldijo y clavó la mirada en el horizonte. Estaba perdiendo el control, lo que nunca le pasó hasta ahora. Se obligó a pensar en otra cosa que no fuera ella y sus ojos volaron hacia los colores de su tartán. Aquello fue suficiente para enfriar su calentura. Aún así, cuanto antes llegaran a Stone Tower, mucho mejor para su salud mental.

Capítulo 17

Stone Tower era una fortaleza impresionante, cuadrada, rodeada de un muro exterior. La torre principal estaba levantada en el centro y la flanqueaban otra cuatro, una en cada esquina.

El grupo y las reses atravesó muralla en silencio y, mientras cruzaban la aldea interior, todos cuantos se cruzaban les observaban con interés. No era para menos. Los colores de los prisioneros, les delataban como enemigos.

Josleen se irguió y miró al frente, evitando mostrarse intimidada. Pero una cosa era haber sido rehén en campo abierto y otra, muy distinta, encontrarse en la guarida del McFersson. Además, su orgullo ya había quedado bastante vapuleado, al despertar recostada sobre el pecho de él.

Aún así, se fijó en cuanto veía. Fuera del recinto amurallado había visto grupos de cabañas que ocupaban el valle y parte de la pequeña loma. En el interior debía haber, al menos, otras sesenta viviendas, conformando una calle principal por la que ahora transitaban.

Mantecía cierta semejanza con los castillos ingleses.

La curiosidad que levantaban les proporcionó una fisgona escolta de observadores hasta que llegaron a una amplia plaza en forma redonda, donde se encontraba la torre principal.

Una vez dentro, les recibió un patio cuadrado donde algunos hombres practicaban con la espada y el arco y que, de inmediato olvidaron su entrenamiento para acercárseles.

Apenas pisar el suelo, Kyle gruñó:

—¡Encerradlos!

Se bajó del caballo, estiró los brazos, enlazó el talle de Josleen y la dejó en tierra. Kyle escuchó algunos murmullos de admiración, pero hizo oídos sordos.

Ella le regaló una mirada furiosa y, dando media vuelta, caminó en pos de su escolta.

—¡Tú, no!

Se atragantó el escucharle. Se volvió.

—No, gatita —susurró, clavando en ella su mirada ambarina y acercándose—. Tú no vas a las mazmorras.

—Entonces, ¿dónde se supone que vas a encerrarme, McFersson? —dijo su nombre como un insulto.

—¿En mis dependencias...?

Ella tragó saliva. La clarísima alusión encendió su ira. ¡Por Dios que no podía consentir que la humillara delante de todos! Tomó aire, cerró los puños con fuerza y lanzó el golpe. Tener las muñecas atadas ayudó a potenciarlo. Kyle recibió el trallazo en el mentón y la sorpresa le hizo

retroceder.

Un estruendo de risotadas estalló a su alrededor. La mirada de Kyle se convirtió en oro líquido, pero no dijo palabra. Se tocó la parte lastimada y ella lamentó haber actuado tan imprudentemente. Si era verdad todo lo que contaban de él, muy bien podría cortarle la cabeza ahora mismo. Le miró con cierta reserva, pero no cedió un palmo de terreno. Y se obligó a no salir corriendo cuando él volvió a acercarse. Aunque hubiera sido mejor haberlo hecho. Al menos, podría haber salvado parte de su orgullo. No supo si fue como escarmiento, pero él la agarró y se la echó sobre el hombro, caminando luego a largos pasos hacia la entrada.

Josleen eligió los peores insultos que conocía y le informó de cada uno de ellos mientras se ahogaba con cada zancada de él que la hacía rebotar sobre un hombro de granito.

Kyle la dejó desahogarse a placer. No hizo nada para acallar la sarta de improperios, aunque todos los que se cruzaban con ellos se paraban a mirarlos, entre divertidos y asombrados.

Atravesó el salón, luego una galería fresca, otro patio cuadrado con decenas de macetas y una fuente, otra galería...

Kyle abrió una puerta con el hombro libre, entró y la dejó caer de golpe sobre una cama. Libre, Josleen trató de escabullirse. Fue agarrada del cabello y regresada a la cama.

—¡Maldito hijo del diablo! —le gritó.

—Quédate donde estás y evitarás problemas.

Le obedeció. ¡Qué otra cosa podía hacer! Seguir resistiéndose era de idiotas, porque estaba desfallecida. Además, ni siquiera sabía dónde estaba después del laberinto de pasillos por el que la condujo cabeza abajo. Así que se acomodó en el cabecero y esperó.

Kyle fisgaba en un arcón situado en la pared izquierda, bajo la ventana y ella aprovechó para dar un vistazo al cuarto. Era una habitación grande y poco amueblada. La cama, un par de arcones y dos sillones frente al hogar. Pero algunas alfombras en las paredes y en el suelo la hacían acogedora. Espartana. Pero agradable.

Josleen frunció el ceño cuando le vio acercarse con un cuerda en la mano. Antes de que pudiera protestar, él la pasó entre las que aún sujetaban sus muñecas y la dejó atada a los hierros de cabecero. Apretó los dientes, reprimiendo otra tanda de insultos y guardó silencio mientras él buscaba de nuevo en el arcón y regresaba con un trozo de tela. Alzó las cejas. ¿Es que pensaba amordazarla?

Todo lo que hizo Kyle fue colocar el lienzo entre la piel y las sogas, para evitar que siguieran lastimándola. Luego, abrió la puerta.

—¿Vas a dejarme aquí?

Kyle se volvió a mirarla. Dejó de respirar. La claridad que entraba por la ventana bañaba sus cabellos convirtiéndolos en fuego.

—Te quedarás aquí.

—Prefiero ir con los míos a las mazmorras.

—Y yo prefiero que te quedes aquí, mujer. ¡Y aquí te quedarás!

—¡No puedes retenerme en tus habitaciones! ¡Maldito seas, Kyle McFersson! ¡Juro que si mi hermano no te arranca la cabeza con su espada lo haré yo!

El la miró fijamente durante unos segundos que a ella le parecieron horas. Después, se acercó. Sus grandes manos acunaron su rostro, bajó la cabeza y su boca atrapó la de Josleen.

El primer impulso fue morderlo. Algo estalló en su pecho, como la otra vez. La sangre se le

volvió más espesa, le costaba trabajo respirar. Él sabía tan bien, que deseaba besarlo y besarlo y besarlo... Pero Kyle se distanció y ella ahogó un suspiro.

—Si alguna vez vuelvo a enfrentarse con Wain McDurney, muchacha, será él quien acabe sin cabeza.

Lo dijo con tanta convicción, que Josleen fue incapaz de replicar. Le odió. Y le deseó. Aquellos dos sentimientos tan opuestos la levantaron un terrible dolor de cabeza y acabó maldiciendo a voz en grito al hombre hasta que, rendida por el cansancio y por el llanto, se quedó dormida.

Capítulo 18

—¿Quién es ella, Kyle?

El jefe del clan no tenía que dar explicaciones a nadie. Su posición social como líder no le obligaba más que a rendir cuentas cada determinado tiempo ante el consejo de ancianos. Era dueño y señor de hacer lo que le viniera en gana y por lo tanto, la pregunta no venía al caso. Pero en esos momentos no se sentía como el jefe de nada y era su madre la que preguntaba. Sentado a la mesa, con sus hermanos, su madre y su hijo, amén de cuatro de sus hombres de confianza, bien podía ser el momento de hacer concesiones.

Kyle contestó como ausente.

—Una McDurney.

Ella se irguió y le miró con atención. Inició un trote con las rodillas para entretener al niño y sus ojos, tan dorados como los de Kyle, refulgieron.

—Una McDurney.

—Estará aquí hasta que Wain pague un rescate.

—¿Es algún familiar suyo?

—Es su hermana, madre.

—Oh.

—Y una bruja —dijo Kyle, pasándose el dorso de la mano por el mentón que ella golpeara con tanto acierto.

James rió con ganas.

—Pero es muy bonita.

—Como todas las brujas —refunfuñó Kyle.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo habéis conseguido hacerla prisionera? —preguntó el menor.

James asestó a Duncan una palmada en el hombro que casi le tiró de la banqueta.

—Nuestro invencible jefe y hermano cayó prisionero de los McDurney. Y esa muchacha le liberó —explicó, volviendo a desternillarse y ganándose una mirada biliosa.

—¿De verdad? —Duncan parecía entusiasmado. No imaginaba a su hermano rescatado por una mujer— ¡Vamos, Kyle, cuéntanos de una vez!

—No hay nada que contar —dijo—. James tiene una mente inmejorable para los cuentos.

—Pero si ella misma lo dijo —saltó el otro— Hasta te lo echó en cara.

—¿Dónde fue, Kyle? —insistió Duncan— ¿Y cuándo? ¿Fue hace unos meses, cuando regresaste con cardenales en todo el cuerpo y un resfriado de mil demonios?

Kyle suspiró. Era imposible luchar contra aquellos dos estúpidos cuando decidían hacer un frente común. Tomó la copa que acababa de llenar uno de los sirvientes y la vació de un trago.

—Sois tan pesados, que me quitáis incluso las ganas de cenar.

Estallaron en carcajadas mientras él se levantaba y se alejaba. El niño sentado en las rodillas de la mujer, tiró a James de la manga.

—¿Mi papá estuvo prisionero?

James le sentó sobre él. Acarició su pelo dorado y le hizo cosquillas hasta que se revolvió entre risas.

—Lo estuvo, sí. Pero creo que no va a confesarlo nunca.

En el exterior, Kyle se sentó junto al muro y sonrió. En el fondo, le divertían aquellos dos, pero no podía bajar la guardia o luego sería incapaz de impartirles órdenes.

òï òï òï

Josleen estaba muerta de hambre y sed. Hacía casi veinticuatro horas que no probaba bocado.

Como si sus pensamientos hubieran llamado a sus enemigos a la cordura, la puerta se abrió y una mujer de unos cincuenta años, regordeta y de rostro rubicundo entró con una bandeja que dejó sobre un arcón.

Josleen no dijo una palabra, pero la otra la miró de arriba abajo y chascó la lengua.

—No sé cómo vas a comer con las manos atadas.

—Entonces, suéltame —le pidió ella.

La otra movió la cabeza.

—No puedo hacerlo.

—¡Por todos los infiernos! —se enfureció Josleen, levantándose y tirando de la soga—. Necesito también... otras cosas —insinuó, con el rostro acalorado por la vergüenza.

—Tienes una bacinilla bajo la cama. Y la cuerda es lo suficientemente larga.

—¡No la quiero!

—A tu gusto —se encogió de hombros—. Yo me limitaré a darte de comer. El resto, arréglalo con él, muchacha. No quiero entrometerme.

A Josleen se le estaba haciendo la boca agua. La comida olía deliciosamente. Pero era cierto que tenía otras necesidades. Y no estaba dispuesta a humillarse delante de nadie usando el maldito vaso de noche. A terca, no iban a ganarla. Así que ladeó la cabeza cuando la mujer le acercó una cucharada de avena cocida.

—No voy a comer nada —le dijo, con el estómago saltando en muda protesta—. Díselo al maldito McFersson.

La sirvienta la miró con interés. Ella no era quién para poner en entredicho las órdenes del jefe, pero entendía sus razones. Además, habría dificultades: cuando Evelyn Megan supiera que retenía a una muchacha en sus aposentos, más les valdría a todos desaparecer de Stone Tower. Se encogió de hombros, dejó la cuchara y tomó la bandeja.

—Tienes mucho genio. Pero él tiene aún más —avisó—. Yo que tú no le irritaría demasiado.

—Todo cuanto pueda —prometió.

òï òï òï

Debió hacer caso de la advertencia. Poco después, Kyle entró en la recámara con gesto agrio.

Llevaba la bandeja en las manos y la dejó de un golpe seco. Su voz, ronca, la hizo dar un brinco.

—¿Por qué no quieres comer?

—Ya soy mayorcita para que tengan que alimentarme. Y parece que no van a soltarme. ¿Quieres que coma como los cerdos?

—Está bien —accedió—. Te soltaré mientras yo esté aquí.

—También necesito unos minutos de intimidad.

Kyle se irguió. Sintió que le ardía el rostro por el bochorno. No había reparado en que necesitaría.... Sacó una daga que llevaba en el cinturón y cortó las cuerdas. Luego, la tomó de la mano y tiró de ella.

Josleen hubo de esforzarse para seguir sus largas zancadas sin caer de bruces. Cruzaron la galería, bajaron y atravesaron un patio. Kyle se internó por un pasillo estrecho que acababa en un cuarto de unos cinco metros cuadrados. La empujó dentro. Eran los evacuatorios, que daban directamente al exterior de la fortificación.

—Esperaré fuera.

A Josleen, el bochorno le subió a la cara. Cerró los puños a los costados y apretó los dientes buscando un poco de calma o acabaría por asesinarlo con sus propias manos. Cómo le odiaba. Nadie podía ser tan desagradable. ¡Ni tan bestia!

Acabó lo antes posible, temerosa de que él se impacientara y entrara. Ya era suficiente humillación que estuviera aguardando fuera. Cuando salió, no pudo ni mirarle a la cara. Kyle volvió a arrastrarla por el pasillo. Al cruzar el patio, Josleen dió un tirón y se soltó, se arrodilló junto a la pequeña fuente y se lavó las manos y el acalorado rostro. Se secó con su propio tartán.

—Ahora sí cenaré, McFersson.

Tenía que ser una aparición, se dijo Kyle. Aquella criatura frágil y delicada tenía más narices que muchos de sus guerreros. Pero él se encargaría de bajaría los humos. Volvió a tirar de ella y de nuevo Josleen le siguió dando traspiés. No regresaron al cuarto, sino que la llevó al salón.

Estaba vacío, salvo por los sirvientes que se afanaban ya en recoger las mesas montadas sobre caballetes. Kyle la obligó a sentarse al extremo de una, junto a la chimenea encendida y pidió a uno de los criados que trajese comida.

Kyle se alejó, acomodándose en un taburete, al otro lado del salón, tal vez para proporcionarle unos minutos de tranquilidad y relajo mientras cenaba. Ella se olvidó de su presencia y se dedicó a comer. Él la observó de hito en hito. Otra persona, después de llevar tanto tiempo sin probar bocado, habría atacado la comida. Pero no ella. Tomaba cada trozo con delicadeza, como si estuviera satisfecha y sólo picoteara de su plato. También bebió con prudencia.

Cuanto más la miraba, más bonita le parecía. Gruñó por lo bajo. Iba a resultarle muy complicado que ella viviera bajo su mismo techo hasta que Wain McDurney aceptara sus condiciones.

Capítulo 19

No volvió a atarla cuando la llevó de nuevo a la habitación, aunque la dejó sola.

Josleen aguardó con el alma en un puño su regreso, preguntándose qué pasaría entonces. A fin de cuentas, estaba en su cuarto. Después de mucho esperar, se decidió a abrir la puerta. Y se encontró con la hosca mirada de un guerrero alto y fornido que montaba guardia. Entonces, comprendió que no la hubiera atado. No había forma de salir de allí. Pero ¿qué pasaría cuando él regresara? Si intentaba forzarla, lo mataría.

El tiempo transcurría y Kyle, sin embargo, no daba señales de vida. Irritada, sintiéndose como una res a la espera del sacrificio, tomó una manta, la estiró cerca de la chimenea y se tumbó sobre ella. ¡Por nada del mundo dormiría en su cama!

Mientras, Kyle fraguaba su plan para retenerla sin tener que lidiar con los guerreros de Wain a las puertas de su fortaleza. Al clarear el nuevo día, sabía lo suficiente. Mandó llamar a uno de sus hombres y éste partió de inmediato hacia Durney Tower... ataviado con los colores del clan McCallister.

El amanecer encontró a Josleen aterida de frío. La despertó el castañeteo de sus dientes y un insoportable dolor de espalda. En un primer momento, no supo donde se encontraba. Después, recordó. Con una palabrota en los labios se levantó y se frotó los brazos. Se acercó a la ventana. La actividad en la fortaleza comenzaba ya: hombres y mujeres iban y venían en sus quehaceres diarios.

Se sentó en el borde de la cama y apoyó la barbilla en las palmas de las manos. ¿Qué iba a hacer? Su desaparición causaría un revuelo y mucha preocupación. Kyle pediría rescate, por descontado. Pero Wain, con seguridad, no se conformaría y con enviarlo y sus guerreros acordarían Stone Tower. ¿Es que McFersson quería una guerra en toda regla? ¿No sabía que Wain sería capaz de remover cielo y tierra para rescatarla?

La puerta se abrió de golpe y Josleen retrocedió por instinto. Kyle la miraba con una sonrisa y ella pudo ver el corpachón del guardia tras él. Eso la reconfortó en parte: el pobre desgraciado había estado toda la noche de vigilia. ¿Donde pensaban que podía ir?

Kyle avinagró el gesto al ver la manta en el suelo. Se acercó, la tomó y la lanzó sobre el colchón.

—¿Por qué tratas de que todo sea más desagradable?

Josleen abrió la boca. ¿Ella trataba de...?

—Si serás mulo —le dijo—. ¿Querías acaso que durmiera en tu cama?

Una ráfaga de deseo le invadió al imaginársela justo en ella.

—¿Por qué no?

—Qué pregunta tan tonta.

—No te he molestado, ¿verdad?

—Ciertamente, señor mío. Pero podrías haberlo intentado. Y ten por seguro que no me habrías encontrado en tu lecho.

Kyle suspiró. Se sentó en la cama y se quitó las botas, que provocaron un ruido sordo al caer. Se levantó y la emprendió con la chaqueta. Josleen abrió los ojos como platos. ¡Por Dios, él se estaba desnudando y ella tenía que salir de allí! Una extraña sensación se alojó en la boca de su estómago, recordando su piel, su tacto, tan suave como el terciopelo. ¡Ni por asomo quería volver a ver aquel cuerpo imponente y duro!

Su rostro se tiñó de rojo. Le dio la espalda, pero tensa, pendiente por si se le ocurría acercarse. Su risa la obligó a volverse. Y se ahogó. Todo cuanto le cubría era su kilt. Su poderoso cuerpo volvió a intimidarla y notó que se le secaba la boca. Retrocedió un par de pasos, hacia la puerta.

—Aquí todos hacen algo, muchacha —dijo él, como si no se hubiera dado cuenta de su reacción—. Y tú tendrás tus quehaceres, como los demás.

Ella recobró el habla, aunque la voz le salió como un gemido.

—¿Qué se supone que debo hacer? ¿Calentar tu cama?

La carcajada la dejó perpleja.

—Es una idea.

—Mi hermano te matará.

—Es posible.

—Además, dentro de un suspiro se presentará aquí con todos sus hombres. ¡Veremos entonces si persiste tu buen humor!

Kyle abrió el arcón y sacó una chaquetilla corta, unas botas de piel y una capa. Convenientemente vestido, cruzó el cuarto sin responder a la puya, abriendo la puerta.

—¿Me has oído, maldito rufián? —le gritó al ver que tenía intenciones de marcharse sin una explicación más.

El que estaba apostado fuera ni se inmutó por el insulto a su jefe. Kyle, sin embargo, se volvió y dijo:

—Tu hermano no va a venir, muchacha. No sabe que estás aquí.

—Lo sabrá. Seguirá las huellas desde la aldea en la que nos capturasteis y... —calló al ver que él negaba.

—Josleen McDurney, las cosas están así: esta madrugada uno de mis guerreros ha salido hacia vuestras tierras. Tu hermano recibirá el mensaje de que llegaste sana y salva a casa de Ian McCallister. Le envías abrazos de tu madre y de su esposo.

Josleen sintió que se mareaba.

—¿Cómo sabes que...?

—Uno de tus hombres, el llamado Verter, me lo ha dicho todo. Es un pozo de información, ¿sabes?

—¡Mentira! —se abalanzó y quiso golpearlo, pero Kyle la retuvo por las muñecas hasta que ella, desalentada, dejó de debatirse— No te creo —dijo entre sollozos—. Verter no es un traidor y

jamás te diría nada que...

—Y no lo es, Josleen. Yo no he dicho que sea un traidor. ¿O sí? —ella le miró con los ojos convertidos en dos lagos y él estuvo a punto de ceder al impulso de besarla—. Me gusta ser sutil cuando la ocasión lo requiere. Sólo hizo falta una pequeña amenaza para que hablara.

—Verter no se rendiría ni aunque lo colgaras.

—No —Kyle chascó la lengua—. Es un hombre duro. Creo que tiene un par de cardenales que pueden demostrarlo —ella lanzó un gemido al saber que lo habían golpeado—. No te preocupes, no es nada serio. Pero no le amenacé a él, sino a tí.

Confundida, dio un tirón y se soltó, poniendo distancia entre ambos. Sus ojos brillaban, mezcla de miedo y furia.

—¿Qué le dijiste para que hablase?

Kyle dejó escapar todo el aire de sus pulmones. De reojo, echó un vistazo al guardia. No había catalogado bien a la muchacha, debería salir a escape, porque no quería que aquella gata le marcara el rostro.

—Que te bajaría a las mazmorras, te desnudaría y te azotaría mientras les obligaba a todos a verlo.

Se quedó atónita.

El tiempo suficiente para que Kyle saliera y cerrara la puerta. Sólo un segundo antes de que ella se lanzara contra la madera gritando improperios.

Capítulo 20

Cansada de dar vueltas por el cuarto, asomarse un montón de veces a la ventana y barruntar todos los insultos que conocía, se dió por vencida. No ganaba nada desgañitándose ya que él ni siquiera estaba allí para escucharla y el tipo que hacía guardia parecía sordo.

—Claro. El guardia... —susurró de repente.

Pediría a aquel energúmeno que la vigilaba ver a James McFersson. James no era como su hermano y tal vez consiguiera que intercediera para que aquella locura no acabara en un baño de sangre.

Abrió la puerta y se sorprendió. No había nadie. Asomó la cabeza y miró a un lado y otro de la galería. Ni un alma.

Anonadada, volvió a cerrar y se sentó en la cama. ¿La habían dejado sin vigilancia? ¿Por qué? ¿Qué pretendían? Tal vez, ponerla a prueba. Y si trataba de escapar, ¿qué harían? ¿Matarían a su escolta?

—¡Puerco! —dijo entre dientes.

En ese momento se abrió la puerta. Ella, pensando que era Kyle, se lanzó hacia el atizador de la chimenea y lo esgrimió a modo de espada.

Una cabecita rubia como el oro se asomó con precaución. Y unos ojos grandes de color ámbar recorrieron el cuarto hasta descubrirla.

Josleen dejó de inmediato el atizador. El niño era lo más parecido a un ángel.

Malcom fijó su mirada en ella. El miedo hacía que notase algo así como ranas saltando en su estómago, pero estaba dispuesto a demostrar a todos que él no temía a nadie. Tampoco a una bruja. Si su padre la había capturado, bien podía él, hacerla una visita. De modo que, haciendo acopio de valor, acabó por entrar y cerró, quedándose apoyado en la madera. Le temblaban ligeramente las manos y las escondió a la espalda. No se movió de la puerta; ya demostraba ser un valiente al entrar allí, donde se encontraba la bruja, y tampoco era cosa de arriesgarse más de lo prudente.

La observó atentamente, ladeando ligeramente la cabeza. No se parecía en nada a las brujas de las historias que James, Duncan y la abuela le contaban. Aquélla era joven. Y muy bonita. Su largo y sedoso cabello rubio con reflejos rojizos le caía por la espalda y los hombros. Y sus ojos, tan azules como los lagos, le gustaron.

Malcom sabía que las brujas ejercían su poder sobre los mortales por medio de su mirada. Pero ella seguía sin parecerle peligrosa.

—Y tú ¿quién eres?

La pregunta le hizo dar un brinco y se pegó más a la puerta. De pronto se daba cuenta de que podía estar metido en un lío.

—¿Como te llamas? —insistió Josleen.

—No pienso decírtelo —repuso, muy bajito.

Por descontado que no pensaba decirle su nombre. ¿Pensaba aquella hechicera que era tonto? Si sabía su nombre podría lanzarle un conjuro.

Pero de pronto, la bruja se echó a reír y él sonrió sin proponérselo.

—¿Por qué no quieres decirme cómo te llamas? Yo me llamo Josleen.

Malcom avanzó un paso, aún renuente. Era agradable oírle reír. Agradable y reconfortante. Una risa muy distinta a todas y que sonaba como una cascada.

—Vamos, ven aquí. No voy a comerte, jovencito.

Malcom desanduvo un paso.

—¿Te han prohibido entrar aquí? Porque estoy segura que no tienes miedo —le dijo, tratando de ganarse su confianza—. Vaya, un McFersson no puede ser un cobarde, ¿verdad?

Dio en el clavo. Malcom se le acercó con el mentón alzado.

—No soy ningún cobarde.

—Eso imaginaba. ¿Te prohibieron venir?

—No.

Josleen se encogió graciosamente de hombros y a Malcom le agradó su sonrisa.

—¿Eres una bruja?

Josleen elevó las cejas. Aquellos ojos dorados reflejaban decisión y un poquito de temor. Eran tan parecidos a los de...

—¿Por qué me lo preguntas? ¿Te han dicho que soy una bruja?

—James lo dijo.

—¿James? ¡Vaya!

—Bueno... —Malcom decidió que no se acercaría más—. En realidad, fue papá quien lo dijo, aunque no nos contó qué poderes tienes. James no lo negó, pero añadió que eras bonita. Luego creo que papá murmuró algo así como que sí, que era cierto, pero que una bruja a fin de cuentas. No sé, a veces no entiendo las conversaciones de los mayores. ¿Lo eres o no?

Josleen se mordió el labio inferior para no reír.

—No, cariño. No soy una bruja. Sólo soy una enemiga de tu clan.

Malcom la miró con reservas.

—¿De veras no lo eres? ¿No puedes volar o convertir a los niños en ranas, hacer que un hombre desaparezca o un perro...?

—No, de veras. ¡Vaya! Nunca pensé que las brujas tuvieran tantos poderes.

El niño chascó la lengua y frunció el ceño. Parecía desencantado de que ella no poseyera terribles poderes maléficos.

—Había pensado demostrar a mi padre que era valiente.

—¿Por visitar a una bruja?

—Claro. No todos los niños se atreverían.

—Por supuesto que no. Hasta ahora, no he conocido a nadie tan valiente como tú. Al fin y al cabo estás hablando con una enemiga. Una enemiga que te ha dicho su nombre y que sigue

ignorando el tuyo.

El chico sonrió.

—Malcom.

—El nombre de un gran guerrero.

—Lo seré algún día. Eso dice papá.

—¿El que dijo que yo era una bruja?

—Claro.

Josleen se sentó en el borde de la cama y palmeó el colchón, invitándole. Malcom acabó por ceder y se acomodó, aunque a distancia.

—Y dime, Malcom... ¿no temes que puedan regañarte por hablar con el enemigo?

—Nunca he visto a un enemigo. ¿Todos los enemigos de mi papá son como tú?

—No todos, pequeño — aquel crío era un encanto. Vivaz, directo, inteligente.

—¿Como son los demás enemigos?

—Malcom... ¿Nadie te ha explicado nada al respecto?

—No. Papá sale a veces a hacer incursiones. Pero a mí no me llevan y nunca he visto a uno. Bueno, ahora te conozco a ti. Pero no pareces tan terrible.

—Ya.

Josleen se armó de paciencia. Se recostó sobre un codo y estuvo a punto de soltar la risa viendo que él la imitaba.

—Verás, Malcom. Los mayores hacen cosas estúpidas muchas veces, como estar enemistados. Pero un enemigo no es más que una persona con distintos intereses.

—¿Y no son feos o algo así?

—Son como tú, como James, y como tu papá y tu mamá.

Por la mirada del niño atravesó una nube de pesar.

—Mi mamá se marchó —dijo.

—¿Se marchó?

—Murió al nacer yo.

—¡Oh, cielo, lo siento! —se acercó a él y lo abrazó. Malcom no se resistió—. No lo sabía.

—No podías saberlo, no vives aquí. ¿Tú tienes mamá?

—Sí —dijo en un hilo de voz.

—¿Es tan bonita como tú?

—Más bonita, Malcom —sonrió.

—¿No te maldijo al morir?

Josleen se envaró.

—¿Qué?

—Mi mamá lo hizo.

—Pero...

—Se lo oí decir a papá, cuando hablaba con James y había bebido —le contó—. No sabe que yo lo sé. Papá no suele beber, ¿sabes?, pero a veces, cuando se acuerda de mamá, se marcha y no deja que sus hombres le acompañen. Tío James y tío Duncan dicen que es peligroso salir sin escolta, pero yo creo que le hace falta. Sufre mucho cuando se acuerda de mamá. Y cuando yo le pregunto algo sobre ella... —hizo un puchero—, me mira de modo extraño y no responde. En esos momentos, le temo.

—Santo Dios... —gimió Josleen. Le abrazó más fuerte, notando un nudo en la garganta. ¡Cómo podía alguien ser tan cruel con aquella criatura!

—Yo creo que papá me quiere, menos cuando pregunto por ella.

—¡Pues claro que tu padre te quiere! —aventuró, proyectando su rabia contra aquel sujeto sin sentimientos—. ¡Y tu madre también te quería!

Malcom la miró, esperanzado.

—¿De verdad?

—Estoy segura.

—Pero él decía a tío James que nos odió a ambos y por eso murió maldiciéndonos.

Algo se desgarró en el pecho de Josleen y una repentina ternura hacia el niño la embargó. Revolvió su dorado cabello, sonriendo con esfuerzo.

—Verás, Malcom —dijo, poniendo cuidado en sus palabras—. A veces, el dolor hace que las personas digan cosas que no sienten. Traer un niño al mundo es muy difícil y seguramente tu mamá sufrió mucho. Por eso dijo esas cosas. Pero no se lo debes tener en cuenta. Si no te hubiese querido de verdad, no habrías nacido. ¿Comprendes lo que quiero decirte?

Malcom asintió.

—No dudes nunca del amor de tu madre, Malcom. Esté donde esté, te sigue queriendo y vela por tí. Mi papá también murió, hace mucho tiempo, pero yo sé que me sigue cuidando desde el Cielo.

—Entonces, ¿por qué estás prisionera? ¿Por qué te ha traído aquí mi padre? ¿No estaba el tuyo para protegerte?

—Bueno, hay cosas que ni los padres pueden remediar, aunque estén vivos y... —enmudeció de pronto y miró al niño con los ojos muy abiertos— ¿Tu padre? ¿Tu padre es el que me ha traído a Stone Tower?

—Pues claro. Papá y el tío James.

—¡Oh, Dios!

Josleen se levantó y paseó nerviosamente por el cuarto. Fijó su mirada en el niño. ¿Cómo no se había dado cuenta? ¡Por todos los cielos, era la viva imagen de Kyle McFersson en miniatura! El mismo color de cabello, los mismos ojos... Dejó caer los hombros.

—Malcom, creo que debes marcharte.

—Creí que nos estábamos haciendo amigos.

La vocecita la hizo sentirse culpable.

—Y ya lo somos, pequeño. Pero tu papá se disgustará si te encuentra aquí.

—Casi nunca vengo —se encogió de hombros—. Él siempre está muy ocupado para atenderme. Es el jefe de clan y tiene muchas obligaciones. Eso dice tío James. También tío Duncan. Con ellos sí juego a veces. Pero no con papá.

Josleen tragó saliva. Se le estaba rompiendo el corazón, porque él la estaba haciendo partícipe de unas confidencias que no deseaba conocer. La necesidad de cariño afloraba en cada frase.

—Sí, tu padre debe estar muy ocupado con sus obligaciones. Debe velar por la seguridad y el bienestar de mucha gente.

—Pero a mí me gustaría pasar más tiempo a su lado. Y apenas le veo —dijo Malcom—. Otros niños salen de caza con sus padres y se bañan en el lago cuando hace buen tiempo.

—Estoy segura de que a tu padre le encantaría hacer eso mismo, cariño —le besó en la mejilla —. Debes darle un margen de confianza.

—¿Qué es eso?

—Un poco más de tiempo. Y cuando sea el momento oportuno hablar con él y decirle lo que piensas.

—Eso no es fácil. Es el jefe y no debo estorbarlo. Mi abuela me lo repite a menudo.

—¡Por Dios! —gimió de nuevo. ¿En qué casa de locos estaba?

Malcom se levantó de un salto. Sonrió de oreja a oreja y dijo:

—Me ha gustado conversar contigo, aunque no seas una bruja, Josleen. ¡Y podré contar a los otros que he estado hablando con una enemiga! —soltó ufano— Aunque... ¿me creerán?

Josleen le regaló una sonrisa.

—Si no lo hacen, que vengan a verme, si son capaces. Aunque dudo que sean tan valientes. Seguramente se quedarán en sus casas, temblando de solo pensarlo.

Malcom estalló en carcajadas y corrió hacia la puerta. Josleen se encontró sonriendo a la madera, como una boba. Pero al segundo, la irritación frunció su ceño. ¡Santo Dios! ¿Dónde había ido a caer? Una casa en la que un niño estorbaba. ¿Es que Kyle McFersson carecía de sentimientos? ¿Cómo podía excluir a su propio hijo de su vida?

Se dejó caer sobre la cama, clavando la mirada en las vigas del techo. Si ella pudiera hacer algo para que Malcom fuera feliz...

Capítulo 21

Era medio día cuando la puerta volvió a abrirse.

Para entonces, Josleen sólo había recibido la visita de una criada que la acompañó a hacer sus abluciones matinales. Y estaba de un genio de mil diablos. Necesitaba un buen baño y cambiarse de ropa. Y había renegado un millón de veces contra el maldito McFersson. La gustaría arrancarle los ojos o marcarle con las uñas y...

Kyle asomó la cabeza y ella, al verle, le tiró el atizador.

Él lo evitó echándose a un lado y el arma atravesó el hueco de la galería y cayó al patio, rebotando antes en la piedra de la barandilla. Abajo, alguien protestó airadamente y a ella se le encogió el estómago. Pasó al lado de Kyle, empujándolo, y se asomó, rezando para no haber herido a nadie.

James miraba hacia arriba con el atizador en la mano.

—¡Vaya, señora mía! —le dijo— Creí haberme portado de modo caballeroso con vos durante el viaje. ¿Éste es el pago? ¿Es que queréis asesinarme?

Josleen deseó esfumarse. ¡Había estado a punto de matarlo! Se puso roja como la grana.

—Lo siento.

De pronto, James se echó a reír, confundiéndola.

—Me imagino que era un regalo para el mulo que tenéis a vuestro lado.

Josleen sintió la presencia de Kyle junto a ella y se puso tensa.

—Imagináis perfectamente, James. Es una lástima que haya errado el disparo.

Kyle la agarró del brazo y la metió en la habitación, mientras las carcajadas de James resonaban abajo. Se revolvió para enfrentarle y se preguntó qué vendría ahora. Él la miraba con gesto poco amistoso.

—Pensé que los McDurney tenían más sesos. ¿De veras pensabas matarme?

—Me hubiera conformado con abrirte una buena brecha en esa cabeza dura que tienes.

Kyle no dijo nada más, pero la atenta inspección la provocó sofoco. Se hizo a un lado cuando él se acercó, un poco temerosa. Pero él empezó a desnudarse. Y el acaloramiento se tornó en algo distinto que la irritó. ¡Maldito fuese! ¿Dónde quedaba su decencia? Dándole la espalda, se acercó a la ventana.

Kyle la miró de hito en hito mientras se cambiaba. ¿Qué diablos se suponía que estaba haciendo? O la cedía el cuarto y ocupaba otro o la encerraba al otro extremo de la fortaleza. Contrariamente, ella estaba allí y él había pasado la noche con las bestias. Alguien llamó y él

pegó una voz permitiendo la entrada.

Entró un hombre arrastrando un pequeño baúl.

Josleen dejó escapar una exclamación al reconocerlo. ¡Era su baúl! ¡Sus ropas! El individuo lo dejó cerca de la ventana y desapareció. Josleen se acercó, lo abrió y comenzó a registrarlo.

—¡No falta nada! —rugió Kyle.

Dio un bote y se volvió a mirarlo.

—Imagino que no —susurró—. Sólo buscaba algo para cambiarme.

—Enseguida me marchó —gruñó él.

Por el rabillo de ojo le vio ponerse una chaquetilla más liviana. Estaba muy enfadado. Tal vez no fuera para menos. Había metido la pata, y se percató de su error. Kyle había mandado traer sus pertenencias y ella le había lanzado el atizador. Su madre la educó para reconocer las faltas, de modo que se disculpó.

—Lo lamento. Lo de antes... —se le quebró la voz.

Kyle enarcó una ceja. El sonrojo en sus mejillas le hizo sentir un vuelco en el pecho.

—¿Has comido algo?

—Sí. Gracias.

Kyle acabó de guardar sus cosas en completo silencio. Al abrir la puerta dijo:

—Habrás visto que no hay guardia — ella asintió, sin mirarle—. Eres libre de ir y venir por Stone Tower a tu placer. Pero espero, de tu sentido común, que no arriesgues la vida de tus hombres, porque cualquier intento de fuga lo pagarán ellos.

Dos lagos azules y helados le atravesaron.

—No pienso hacer nada que los ponga en peligro, McFersson —le prometió—. Su vida es muy preciada para mí, porque son mis amigos.

—Entonces, ¿cuento con tu palabra?

—La tienes a ese respecto. Pero no te confundas y creas que me has derrotado. Aguardaré a que te pongas en contacto con mi hermano para hablar sobre mi rescate. Porque lo harás, ¿verdad? Significa una buena suma para ti. Tal vez, ganado. Y confío en que no te signifique una guerra. ¿Cuándo le mandarás recado?

—Cuando lo crea conveniente.

—Cuanto antes, McFersson —le exigió.

La mirada de Kyle fue tormentosa.

—Dije... cuando lo crea conveniente, muchacha.

Su tono no dejaba lugar a discusión y Josleen prefirió guardar silencio. No podía hacer otra cosa más que esperar. Su argucia de hacer creer a Wain que había llegado a tierras de Ian McCallister no podía ser más que eso, una artimaña para que su hermano pagara lo que le pidieran. A fin de cuentas, todo se trataba de sacar mejor tajada de su secuestro. La enardecía, pero no podía culparlo por intentar sacar ventaja. Wain hubiera actuado del mismo modo. De hecho, esa fue su táctica cuando secuestró a Sheena, decidido a exigir concesiones a los Gowan. Sin embargo, su ahora cuñada le robó el corazón y cuando se entrevistó con el clan de Sheena no exigió rescate alguno, sino la celebración de una boda que acabó con la enemistad de ambos clanes.

Al quedarse a solas, Josleen buscó en el baúl. Eligió un vestido azul pálido, se desnudó y se cambió. Estaba más que harta de permanecer allí y puesto que el mismo McFersson la había

otorgado libertad, aprovecharía la buena disposición de su carcelero.

Lo primero que pensaba hacer era saber en qué maloliente agujero tenían encerrados a los hombres de Wain. Juró por lo más sagrado que si les encontraba en deplorables circunstancias, o golpeados, Kyle sabría lo que era el carácter de los McDurney.

Capítulo 22

Resultó fácil averiguar el lugar en el que se encontraban los prisioneros. Una mujer le indicó la parte derecha de la torre principal, aunque eso fue después de mirarla de arriba abajo, como si tuviera la tiña. Atravesó el patio y empujó una pesada puerta.

Era un pasadizo largo que bajaba hacia las entrañas de la tierra, alumbrado por antorchas engarzadas al muro.

No encontró guardias y caminó con paso decidido, aunque según se adentraba y el olor a humedad atacaba sus fosas nasales, se encontraba más tensa. Llegó a una sala abovedada.

Allí había dos sujetos. Uno estaba sentado tras una mesa montada sobre caballetes. El otro, a su lado, sostenía una pila de bandejas vacías sobre las que se acumulaban cuencos y algún trozo de pan. Ambos la miraron en silencio y el que estaba sentado se incorporó.

—¿Señora?

—Quiero ver a los prisioneros.

Por un momento, creyó que no la había entendido, porque se quedó mirándola como un estúpido. Josleen repitió su petición.

Ellos siguieron sin responder. Y ella comenzó a irritarse. Agarró uno de los cuencos y lo alzó sobre su cabeza. A lo mejor un buen golpe les haría comprender.

—Donald, abre la puerta.

Josleen lanzó una imprecación, dejó la jarra con fuerza sobre la mesa y se volvió.

—Creí haber entendido que era libre para ir y venir a mi antojo, McFersson. ¿Me estás siguiendo?

—No se me ocurrió que quisieras bajar aquí —gruñó—. De ser así, les hubiera avisado. Gracias a Dios, parece que he llegado a tiempo de evitar que les abras la cabeza.

La broma fue acogida con humor por los carceleros. Ella le miró echando chispas.

—Donald, abre esa puerta antes de que tengan que coserte la cara —advirtió Kyle, con un atisbo de risa en la voz—. Una McDurney nunca hace amenazas vacías.

Josleen se mordió la lengua. El tipo sacó una ristra de llaves y abrió el acceso a las celdas.

No había recorrido un metro cuando Kyle la sujetó del brazo, haciendo que cayera sobre su pecho. En el mismo instante, un graznido a su derecha la hizo respingar. Él rió bajito junto a su oreja y una ola de calor la inundó de la cabeza a los pies.

—Aquí no sólo están tus hombres, Josleen —explicó Kyle, conduciéndola pegada a su costado, lejos de las rejas de los ventanucos de las mazmorras— También hay asesinos. Si

cualquiera de ellos atrapa tu lindo cuello, ten por seguro que te lo rompería.

Josleen no dijo nada. Lo disimuló, pero estaba asustada. Los soeces saludos que la regalaban la amilanaron un poco. Y el olor era nauseabundo. Apretó los dientes, pensando que sus amigos estaban allí encerrados.

Atravesaron una sala pequeña de alto techo y Kyle empujó una puerta que daba a otra galería. El cambio resultó asombroso. En el techo se abrían claraboyas por las que entraba la luz y no olía a orines, aunque tampoco a rosas. Kyle la soltó y ella comprendió que allí no corría peligro. Él echó a andar y le siguió.

Un minuto después, Kyle se paró y se hizo a un lado. Había una única puerta y Josleen se acercó. Llamó a sus amigos, sintiendo las lágrimas rodarle por el rostro.

Un rugido, movimiento de cuerpos y las voces entremezcladas de varios hombres que se agolparon contra el ventanuco.

—¡Verter! ¡Norman! ¡Dillion! ¿Estáis bien?

Todos quisieron hablar a la vez. Josleen trató de verles a todos y metió la mano entre las rejas, riendo y llorando al sentir el contacto de varias manos que tomaban la suya.

Kyle la arrancó de allí.

—¡No! —se resistió Josleen, pensando que iba a llevársela y no podría hablar con los suyos —. ¡Suéltame! ¡Bastardo!

Escocado por el insulto, la hizo a un lado y la apuntó con un dedo.

—Sigue zahiriéndome, mujer, y acabaré por calentarte el trasero antes de pedir rescate a tu hermano.

La amenaza fue escuchada por los hombres de Wain y voces airadas se alzaron a un tiempo. Entre ellas, la de Verter.

—¡Si la tocas un solo cabello, McFersson, te arrancaré el corazón y las tripas y los dejaré secándose al sol!

Josleen le vio apretar los puños contra las caderas y supo que su cólera estaba a punto de estallar. Sin embargo, para su asombro, Kyle sacó una llave de su cinturón y abrió la celda.

—Dad un solo paso en falso y ella no saldrá de aquí.

Su voz retumbó en las profundidades de las mazmorras. Los hombres de Wain retrocedieron con precaución, pero sus sonrisas al ver a la joven hicieron que Josleen estallara en sollozos. Kyle no comprendió su repentino arrebato de fragilidad.

—Pensaba que era lo que querías —graznó.

La mirada de agradecimiento que recibió de aquellos ojos azules le quitó el aliento. Nunca lo habían mirado de ese modo.

—Así es —repuso ella.

—Entonces ¿por qué demonios lloras?

Josleen medio sonrió y se secó las lágrimas de un manotazo. Luego, entró en la celda y un mar de preguntas la aturdió, mientras escuchaba cerrarse la puerta a sus espaldas.

Verter la encerró entre sus brazos de oso, haciéndola desaparecer. El resto quiso también cerciorarse que estaba bien y no había sido maltratada. Ella buscó señales de la tortura en el rostro de Verter, el lugarteniente de su hermano.

Desde fuera, Kyle no perdía detalle, observando cada movimiento como un lobo en celo. No estaba seguro de haber obrado con prudencia dejándola entrar en la celda, pero la repentina

necesidad de que ella no lo viera como un monstruo le había ganado a la lógica. Ahora se preguntaba si no estaría buscándose un problema.

Después de calmar a su escolta, Josleen echó un vistazo a la celda. Era amplia. Dos ventanas enrejadas situadas a buena altura dejaban entrar suficiente luz y calor. Había catres y una larga mesa montada sobre caballetes; sobre ella, aún quedaban restos de la última comida que les habían proporcionado. Se acomodó sobre las rodillas de aquel gigante moreno y fuerte como un toro y él la abrazó como a una criatura. Verter la trató siempre como si fuera su propia hija y ella le adoraba a pesar de sus toscos modos. Confiaría su vida a aquel guerrero sin dudarle un segundo.

Kyle se irritó al ver la familiaridad con la que ella abrazaba a aquel oso. ¿Quién era aquel mastuerzo para mantenerla sobre sus rodillas? ¿Un familiar? ¿Un amante? Una repentina vena de celos se apoderó de él. Sacudió la cabeza y se dijo que ella, realmente, debería ser una bruja, porque él se sentía como si le hubieran echado un maleficio.

—¡Le partiré los brazos a ese cabrón! —dijo entre dientes, asombrándose de inmediato de su falta de control. Se obligó a relajarse y se apartó ligeramente de la celda. Pero la súbita carcajada de Josleen le obligó a prestarles de nuevo atención.

La vio acariciar la cara del oso y apretó los dientes. La furia estaba barriendo su raciocinio, del que siempre hizo buena gala.

—¿Te golpearon, Verter? —la escuchó preguntar.

Un silencio opresivo ocupó la celda. Ninguno se movió y alguno bajó la mirada.

—Lo siento —dijo Verter—. No tuve más remedio que contar a ese hijo de perra cuanto quería saber.

—Me lo contó, sí —asintió ella—. Bueno, no importa. Me preocupa más que estéis bien todos. Pensaba que podían haberos torturado.

Kyle maldijo de nuevo por lo bajo. ¿Qué clase de monstruo creía ella que era?

—Sólo recibí un par de golpes. Aunque hubiera preferido que me cortar el cuello antes de escuchar lo que nos dijo. Realmente, creímos que iba a hacerlo. Azotarte —alzó el puño cerrado hacia la puerta— ¡Que el demonio se lleve a ese condenado McFersson!

Josleen le sonrió.

—También yo lo hubiera creído —les dijo en tono muy bajo, para evitar que Kyle escuchara la conversación—. Pero creo que su salvajismo no es más que fachada. Ladra mucho, pero me ha devuelto mis vestidos y soy libre para deambular por la fortaleza. Ni siquiera tengo guardia en la puerta de su habitación.

El súbito taco de Verter la hizo respingar.

—¡Hijo de puta! ¡¿Donde dices que estás?!

Josleen enrojeció entonces hasta la raíz del cabello.

—No ha pasado nada —susurró.

—¡Mas le vale! ¿Me oyes, maldito Mc.Fersson? —gritó a pleno pulmón y Josleen se encogió — ¡Si te atreves a mancillarla te mataré con mis propias manos!

—Verter, por amor de Dios...

—¿Te ha tocado?

—Ya te he dicho que no ha pasado nada —repuso, colorada de bochorno bajo la atenta mirada de todos—. Ni siquiera ha dormido allí.

—¡Lo mataré!

—Verter, cálmate, por favor.

—Sólo digo que...

—Ya sé lo que quieres decir —le cortó—. Para eso no hace falta que nos dejes sordos a todos. Él tiene un oído excelente, ¿sabes? Y estoy segura de que ha entendido tus... insinuaciones.

—Si se le ocurre tocarte, niña...

—Ya lo sé, Verter. Lo matarás —suspiró—. Pero tendrías que esperar turno, porque yo lo haría antes. Vamos, contarme de vosotros. ¿Os tratan bien? ¿Coméis lo suficiente?

—No se puede decir que esto sea un paraíso —dijo alguien—, pero no nos han tratado mal.

—Pedirán un rescate, de modo que no debemos preocuparnos. Saldremos muy pronto hacia Durney Tower.

—Un minuto en las tierras de los McFersson ya es un siglo, muchacha —volvió a graznar Verter.

Kyle dejó que la entrevista se alargase un poco más. Luego, se asomó al ventano y ordenó:

—Suficiente, muchacha. Sal ahora.

Josleen le miró a través de la reja y frunció el ceño. Le hubiese gustado pasar más tiempo con sus camaradas. Verter la retuvo por la cintura cuando ya se incorporaba y dirigió a su enemigo una mirada retadora.

—¿Por qué no entras tú a llevártela si te atreves, demonio?

Escucharon una maldición apagada. Y al segundo siguiente la puerta se abrió. Los hombres del clan McDurney se movieron a la vez, incorporándose y tomando posiciones. Josleen se espantó. ¿Qué les pasaba a todos, estaban locos? Y en cuanto a Kyle... ¡Era peor que todos ellos! Sus amigos deseaban escapar y aquella puerta abierta era una clarísima invitación a hacerlo. ¿Y él? ¿Es que no veía el peligro? Si su escolta le agredía, no mejoraría su situación, porque escapar de las mazmorras no significaba salir de una fortaleza repleta de enemigos. Todos podrían acabar muertos.

Pero Kyle parecía, en efecto, dispuesto a entrar a buscarla, arriesgando su cuello. Ella sabía que si le pasaba algo, ninguno viviría para contarlo.

Se liberó de la zarpa de Verter y se irguió, interponiéndose entre sus leales y Kyle McFersson.

—He de irme ahora.

Sin darles tiempo a reaccionar corrió hacia la salida. Hubo un movimiento general y unísono de los prisioneros, pero Kyle cerró la puerta de la celda en sus caras y trancó con la llave. El gigante moreno volvió a maldecirle a voz en grito.

—¡¡Tócala, hijo de perra, y te juro que...!!

Regresaron a la sala de los guardias, Kyle devolvió la llave y la arrastró al exterior. Una vez fuera la tomó de los hombros y la hizo encararlo.

—¿Satisfecha?

Ella le miró a través de sus espesas pestañas. Le vio magnífico. Colérico, pero espléndido. Un dios dorado. Pero al recordar que su arrogancia les había puesto a todos en peligro... Le cruzó la cara sin previo aviso.

Tan pronto le golpeó se quedó atónita por su osadía. El pánico la ahogó. Sólo un segundo. Porque al siguiente se encontraba pegada a su cuerpo y la boca de Kyle castigaba la suya.

Una cresta de calor la envolvió. Luchó entre la cordura y la inesperada necesidad de

abandonarse a aquella caricia, pero apenas pudo saborear su sabor cuando él la soltó. Aturdida, se dejó conducir hacia el exterior de la torre.

Al llegar a la habitación, la empujó dentro y cerró. Josleen seguía entontecida por el cúmulo de sensaciones que el beso levantara en su cuerpo.

—¿Por qué me has golpeado?

La pregunta la dejó sin habla. Enrojeció y le volvió la espalda. Se disculpó sin demasiada convicción.

—Lo siento. Pero te lo merecías.

—¿Qué?

La agarró del brazo y la volteó.

—Repíteme eso. ¿Dejarte ver a tus amigos merece ese agradecimiento?

A Josleen se le encogió el estómago. Kyle tenía toda la razón del mundo para estar enojado. Bajó la mirada y dijo:

—Tu orgullo te ha puesto en peligro.

Kyle se quedó pasmado. ¿De qué hablaba aquella condenada bruja? Se tensó al instante. Ella llevaba razón. Como un principiante, se había expuesto a que los hombres de Wain le despedazasen. Hasta ese momento no se había dado cuenta de su soberana estupidez. Suspiró ruidosamente y se sentó en el borde de la cama. Miró a Josleen. Ella seguía con la mirada baja y el rostro acalorado, en actitud modosa, sin saber qué hacer con las manos, que retorcían la tela de su falda. Le entraron unas ganas incontenibles de echarse a reír. Esperaba todo de aquella mujer, salvo que se mostrara mansa. Ahora se la veía tan frágil. La sorprendente necesidad de abrazarla y calmar su temor le envolvió como un sudario. Le irritó que la sensación se repitiera con frecuencia, cada vez que la miraba. Él no era dado a consolar a las mujeres. Y odiaba las lágrimas de cocodrilo con que ellas se escudaban con demasiada asiduidad.

—Ven aquí.

Josleen alzó los ojos. Los abrió como platos al ver que él se había quitado la chaqueta y la camisa. ¿Cuándo lo hizo? Apretó los puños por el brusco deseo de acariciar su piel. Sus ojos se oscurecieron sin ella darse cuenta y se mojó los labios, repentinamente reseca. Era algo contra lo que no podía luchar desde que le conoció.

Kyle adivinó sus pensamientos. Conocía aquella mirada hambrienta en las mujeres con las que compartió sexo. Pero nunca el deseo reflejado en los ojos de una amante le había arrojado a un estado de excitación tan demoledor. Deseaba que ella le tocara de nuevo, como aquella vez en el bosque. Quería notar sus manos, pequeñas y delicadas. Olerla. Saciarse de ella. Comérsela a besos...

—Ven aquí, Josleen —le dijo de nuevo.

Le miró con temor. ¿Qué venía ahora? ¿Castigarla? No pudo dar un paso y fue él quien se acercó. La tomó de las manos y las apoyó en su pecho desnudo. Tembló ella y él ahogó un gemido.

—Tócame —pidió.

Capítulo 23

Ella retrocedió con tanta fuerza que tropezó con el ruedo de sus faldas y acabó sentada en el suelo. Le miró y vio el peligro. A gatas, buscó la puerta. El maldito McFersson debía estar loco. ¿Tocarlo? ¿Volver a hacerlo de nuevo? ¡Oh, no! Demasiadas noches luchó contra ensoñaciones inaceptables. Si se dejaba arrastrar por aquella estúpida necesidad, acabaría enamorándose de él y no estaba dispuesta a dejarse vencer de modo tan mezquino.

Tenía que odiarlo. ¡Era su enemigo, por amor de Dios!

Kyle se agachó y tiró de ella, incorporándola. Se enfrentaron sus miradas y Josleen supo que él ya no estaba enfadado. Pero encontró otra cosa en aquellas pupilas que la atemorizó mucho más que su furia: deseo.

—Tócame —y aquella vez, fué una orden.

—Estás loco...

—Y tú, loca por sentirme. ¿Por qué te engañas? Sé que no te desagradó en el bosque.

Josleen emitió un quejido y la sangre se la subió a la cabeza. Palpitaba su corazón dolorosamente, sin control, dándose cuenta de que él adivinaba su urgencia. Aún así, repuso:

—No sé de qué me hablas, McFersson.

La risotada la dejó perpleja.

—Muchacha, eres una consumada embustera.

Josleen sentía la boca seca. Tenía los ojos clavados en aquel pecho granítico y tostado y era incapaz de apartarlos de allí. Su fuerza la atraía, notaba un hormigueo entre las piernas y en su cabeza retumbaban tambores de peligro. Su mano derecha se acercó a él con vida propia. Le notó tensarse bajo la liviana caricia. Cuando sus pequeños dedos recorrieron la sedosa piel, él cerró los ojos, entregándose.

Brasas ardientes arrasaron cada nervio de Josleen. Resultaba tan agradable tocarle como recordaba. Más, incluso. Su piel, caliente, se asemejaba al terciopelo. Las yemas de sus dedos recorrieron cada cicatriz, subieron hasta el hombro, bajaron a lo largo del poderoso brazo. Era una caricia enloquecedora y temerosa. Regresó su inspección al hombro y después dejó resbalar su mano por el pecho. Hasta llegar al estómago.

Allí se frenó. Josleen respiraba con dificultad. Fascinada ante las desconocidas sensaciones que la embargaban.

Los ojos dorados la observaban ahora con un brillo demoníaco y dió un paso atrás.

Un segundo después los brazos de Kyle la atrapaban. La besó y ella le respondió, ardiendo ya,

hambrienta de caricias, consumiéndose en el volcán demoledor que la asolaba.

Un escalofrío recorrió a Kyle. No estaba preparado para lo que sintió. Fue como si en sus venas hubieran metido lava ardiendo y el villano pensamiento de poseerla en ese momento, le dejó aturdido. La boca de Josleen respondía a la suya y sus manos la emprendieron con el vestido, haciendo resbalar las hombreras para acariciar la piel de sus hombros.

Todo aquello era un sueño para Josleen. Fue consciente de las manos de Kyle en su piel, de que el vestido iba resbalando lánguidamente y se frenaba en su cintura, atascándose en sus caderas. Sintió sus pechos acoplados a las grandes manos del guerrero. Ahogó una exclamación en su boca cuando él oprimió su pezón entre el pulgar y el índice.

Kyle había sido, hasta entonces, capaz de controlar sus actos, pero ahora se sentía como un títere al que la pasión arrastraba por un tobogán sin fin. Con un gruñido, la alzó y se dirigió al lecho.

Josleen le miró entre sus párpados semicerrados. Durante aquel corto lapsus él podría haber recuperado el control y abandonar la habitación antes de cometer una fechoría. Pero el suspiro de ella le volvió loco, saqueó su cuerpo y aniquiló sus defensas. Acabó por quitarle el vestido. Y aquello supuso su total perdición.

Ella tenía la piel blanca, como había imaginado. Contrastaba de tal forma con la ropa del lecho, que le deslumbró. Sus ojos recorrieron con lentitud aquel cuerpo, devorándolo: pechos perfectos, estrecha cintura, caderas redondeadas. La longitud y esbeltez de las piernas era un regalo para la vista. Y el excelso triángulo de vello entre sus muslos, oro y fuego, le lanzaron de cabeza a un abismo que él mismo había abierto.

De dos zarpazos se deshizo de la única prenda que le cubría, tiró las botas hacia un lado y se encaramó al lecho.

Josleen batallaba contra el deseo y el temor. Arrojada por la vergüenza y la pasión a partes iguales. Deseaba tocarlo, sentirle dentro más que nada en el mundo, pero recelaba de lo que iba a suceder. Ella era doncella. Nunca antes había estado con un hombre y no sabía qué debía hacer. ¿Debería permitirle la iniciativa? ¿Permanecer impassible mientras él tomaba su honra?

Kyle le dió la respuesta tomando sus manos y poniéndolas alrededor de su cuello.

—Abrázame, pequeña.

Josleen se encontraba envuelta en una nube. Flotaba. Ansiaba el contacto de Kyle y un hambre voraz por saborear su cuerpo. Se apretó contra él y le besó en el pecho mientras sus dedos, muy abiertos, en el deseo incontenible de acariciar cuanto más piel mejor, resbalaban por los músculos de su espalda. No se había atrevido a mirar la desnudez de Kyle y había vuelto la cabeza al verle desnudarse por completo, pero notó su masculinidad pegada a su cadera mientras sus labios regresaban a secuestrar su boca.

Un vahído la cobijó cuando la boca de Kyle acarició su cuello y bajó hacia el pecho. Él atrapó un pezón entre sus dientes y succionó. Josleen gimió en voz alta y elevó su cuerpo para facilitarle la tarea.

Lo que pasó después, les transportó a un mundo lejano, en el que no existieron más que ellos dos, sus cuerpos sudorosos mezclándose, queriendo poseer al otro. Se revolcaron sobre el lecho como dos animales en celo, saboreando, mordiendo y besando, gimiendo bajo las caricias.

La mano de Kyle, temblando como la de un mozalbete, acarició el interior de sus muslos. Se detuvo a milímetros del lugar en el que deseaba perderse. Ella retuvo el aliento y se arqueó hacia

aquellos dedos, exigiendo más.

Trastornado y notando dolorido su henchido miembro, introdujo un dedo en el estrecho túnel. Su humedad le produjo un espasmo de placer indescriptible y sin poder contenerse más la obligó a abrir las piernas y se puso sobre ella, pujando por entrar en ella.

Las manos de Josleen atraparon glotonamente sus tersas nalgas, atrayéndolo, hostigándole de un modo que no le dejó dudas.

La hombría de Kyle profanó la intimidad de Josleen y ella dejó escapar una exclamación, aferrándose más a él.

McFersson se aupó sobre las palmas de las manos y la miró. Dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas y tenía los ojos fuertemente cerrados y los labios apretados. Se sintió el más mezquino de los hombres.

—Lo lamento, Josleen...

Ella abrió los ojos, azul brillante, más hermoso que nunca. Se le escapó un puchero y Kyle la besó en los párpados, en la nariz, en la boca... Luego, luchando por contenerse lo suficiente, pujó de nuevo dentro de ella con extremo cuidado, llevándola poco a poco hasta la cumbre. Desaparecida la molestia, Josleen se retorció contra él y gritó cuando los espasmos del orgasmo la arrollaron. Ciñó sus piernas como grilletes alrededor de las caderas de Kyle, atrapándolo. Y él, incapaz ya de pensar, se abandonó a su propia necesidad mientras las convulsiones femeninas le obligaban a regalar su simiente.

Pasaron algunos minutos antes de que Josleen pudiera pensar de nuevo con claridad. Tenía la vista nublada y el cuerpo laxo. Se ladeó un poco para verle. Apoyado sobre un codo, Kyle la miraba fijamente con el ceño fruncido. Se ahogó por la frialdad de aquellos ojos. Y de repente, se sintió una mujerzuela. Roja de vergüenza, le dio la espalda.

Kyle no dijo nada, aunque comprendió lo que pasaba. Quería calmarla, pero ¿cómo hacerlo si estaban más confundido aún que ella? Su cabeza era una olla en ebullición. No entendía cómo era posible que se hubiera atrevido a deshonrarla. ¿Qué era Josleen? ¿Una hechicera con poderes, capaz de llevar a un hombre a la perdición?

Con un sollozo, Josleen se tiró del lecho y buscó sus ropas. Se embutió en ellas de cualquier modo y escapó de la habitación.

Kyle se dejó caer sobre la revuelta cama y cerró los ojos. A su cabeza regresó la imagen de Muriel y un rictus de asco anidó en sus labios. Un sinfín de rostros femeninos desfilaron ante sus ojos y la mente de Kyle no pudo pararse en ninguno. Había tenido muchas mujeres, antes y después de casarse con aquella pécora sin corazón, pero le era imposible recordar a ninguna con claridad. Sólo veía el rostro de Josleen.

Maldiciendo entre dientes su idiotez, se levantó.

Capítulo 24

Era incapaz de tragar. Kyle había mandado a uno de sus hombres a buscarla cuando ella no se personó para la cena y la encontró en el patio de la fuente. No quería verle. No podía verle después de lo que pasó. Aunque se negó a acompañar al guerrero, él insistió y cedió.

Ahora se encontraba en una situación embarazosa y la culpa era sólo suya. Kyle la cedió un lugar en la mesa, como si se trata de una invitada, pero su callada negativa ganó la silenciosa batalla y él no insistió. Se acomodó junto a la chimenea, sentándose en un taburete bajo, al lado de algunos de los criados. Pero éstos no parecían dispuestos a comer al lado de una enemiga y se retiraron hacia el otro extremo de la sala.

Josleen encajó aparentemente bien el desplante, aunque por dentro se sentía como una repudiada. Bajo la inspección de Kyle y de quienes le acompañaban a la mesa, deseó desaparecer. Sola, en aquel rincón, notaba fijas en ellas las miradas. Todos la observaban como si se tratara de un animal de feria, amos y criados. Le dolía la espalda de tan tiesa como la tenía. Pero era una McDurney y no se dejaría amedrentar.

Kyle se retrepó, colocando un codo sobre el respaldo de su silla. No podía dejar de mirarla. La cena perdió para él todo interés. Estaba furioso consigo mismo y no con ella. Le sacudía el convencimiento de que debía odiarle. Ni siquiera había querido compartir su mesa.

—Es muy bonita.

Kyle se volvió hacia James. El muchacho no quitaba los ojos de la prisionera desde que entró.

—Come y calla —gruñó.

James le miró con ironía. Atacó un trozo de venado y luego estalló en carcajadas.

Josleen se tensó más. Estaba segura que era el centro de la conversación y agachó más la cabeza. La comida se le estaba volviendo paja en la boca.

—Y muy orgullosa, diría yo —opinó Duncan.

—Eso también —asintió James.

—A nadie le agrada ser una prisionera, hijos —intervino Elaine, su madre—. Deberíais dejarla en paz.

—¡Vamos, mamá! Sólo alabamos su belleza. Y analizamos la cabezonería de Kyle —sonrió al ver el gesto ofuscado del mayor.

Josleen picoteó un trozo de pan y les observó con disimulo. Era deleznable ver el modo en que los dos más jóvenes se comportaban en la mesa. Parecían cerdos. Se manchaban las manos de grasa y luego se las limpiaban en cualquier lado sin que nadie les reprendiera. El único que tenía

modales era Kyle y no parecía muy interesado en enmendar las malas costumbres de los otros. Le desagradó ver que el pequeño Malcom imitaba las formas de aquellos dos energúmenos. Sin embargo, la mujer tenía un aire digno y se comportaba educadamente. Se preguntó quién sería y por qué se la veía triste y desganada.

—¿Cuando vas a enviar un mensajero al maldito McDurney? —preguntó James de pronto.

Kyle no contestó. En su cabeza flotaban aún los gemidos de Josleen mientras le hacía el amor.

Al no obtener respuesta, James se desentendió de su hermano, agarró una jarra de cerveza y bebió de ella, empapándose la túnica. El más pequeño debió decir algo gracioso, porque volvió a estallar en risas y le atizó a Duncan un palmetazo en la espalda que dio con el muchacho sobre la fuente de carne. Duncan blasfemó por lo bajo, se limpió la cara de grasa y, tomando un trozo de jabalí, lo estampó contra la cabeza de su hermano.

Josleen siguió la escena horrorizada. Y su asombro alcanzó el cenit cuando James, lejos de enfadarse, rió de buena gana, seguramente ebrio, y adornó la cabeza del más joven con una escudilla de caldo.

Volvió la cabeza, asqueada. Estaba claro que a aquellos dos les hacía falta una buena zurra y una mano dura para convertirlos en dos hombres decentes. Kyle seguía sin preocuparse por ellos. Estaba a punto de levantarse y solicitar permiso para marcharse cuando alguien tiró de su vestido.

Malcom estaba a su lado y le tendía un muslo de ave.

—¿No quieres probarlo? —le preguntó— Estás muy delgada.

A su pesar, Josleen le sonrió y aceptó la comida. El niño se sentó a su lado.

Una muchacha joven y bonita, de rizada cabellera azabache y ojos claros, entró en el salón. Josleen no la prestó atención hasta que la vio acercarse a Kyle, inclinarse sobre él y besarle en la boca con todo el descaro del mundo. Algo se tensó en su interior.

—Creí que estarías fuera más tiempo —la escuchó decir con voz melosa, mientras su mano derecha le acariciaba el brazo—. Deberías haberme avisado.

Kyle dijo algo que Josleen no pudo escuchar. La belleza morena hizo un mohín y dejó escapar una risita satisfecha. Duncan le cedió el sitio y ella ocupó el banquillo junto a Kyle. Desde el primer momento, Josleen supo que aquella mujer no tenía intención de probar nada salvo, en todo caso, al propio jefe del clan.

—No me importa si me regañan —dijo la vocecita de Malcom, obligándola a prestarle atención.

—¿Regañarte? ¿Por qué iban a regañarte?

—Porque tú eres nuestra enemiga.

—Y no deberías estar aquí, conmigo. ¿Es eso?

—Ajá.

—Entonces vuelve a tu sitio. Además, acaba de llegar una invitada.

El niño dio un vistazo a la mesa y en su cara se reflejó el fastidio. Movié la cabeza y cruzó los brazos sobre el pecho, en un gesto idéntico al de su padre.

—Cuando James y Duncan empiezan a tirarse cosas, siempre acabo manchado. Y luego la abuela se enfadará. Y ella —dijo señalando a la recién llegada—, no me cae bien.

—¿La dama de pelo oscuro?

—No es una dama.

—Pero ¿qué...?

—Duncan dice... —bajó la voz—, pero no se lo digas a nadie... que es una ramera —se le frunció el ceño—. ¿Qué es una ramera, Josleen?

Ella se atragantó. Desde luego aquel chiquillo tenía unos maestros deleznales.

—No es algo que debas saber ahora, Malcom. Tal vez más adelante, cuando crezcas un poco. Anda, vuelve a la mesa, no me gustaría que tuvieras problemas por mi culpa.

—¡Pero es que James y Duncan siguen tirándose la comida! —protestó el pequeño.

Los jóvenes seguían con su batalla particular, sin tener en cuenta a las damas. Las risotadas de ambos atronaban en el salón y los criados parecían remisos a acercarse a la mesa sobre la que volaban las viandas. Cruzó una mirada con Kyle y su mentón se elevó, altanero. Despreciaba a todos. A James y Duncan por su falta de educación, a la mujer mayor por no llamar al orden a aquellos dos asnos; a Kyle... por muchas cosas.

—¿Quieres sentarte a mi lado en la mesa? —le preguntó Malcom.

Josleen le acarició el cabello. Era un encanto. Y tan parecido a su padre. Elevó la voz al responder. Lo suficiente para que la escucharan.

—Gracias, Malcom, pero estoy acostumbrada a compartir la mesa con personas y tus tíos no son buenos anfitriones. Estarían mejor comiendo en las porquerizas.

Malcom abrió los ojos como platos. Se acallaron las burlas y las conversaciones. El silencio podría haberse cortado. Duncan se atragantó con el trozo de carne que acababa de morder y James escupió el whisky.

Josleen enrojeció, pero no bajó la mirada, aunque se le formó un nudo en el estómago. ¿Estaba loca? ¿Cómo se atrevía a llamar cerdos nada menos que a los McFersson? Le hubiera gustado tragarse la lengua, pero ya era tarde. Los criados, aturdidos, la miraban horrorizados. Los que compartían la mesa del jefe, estaban atónitos, aunque distinguió alguna sonrisa divertida. En cuanto a la abuela de Malcom... Sus ojos se le clavaron en el alma. Y en el alma también, la chirriante voz de la recién llegada.

—¿Quien es ella, amor?

Alguien dijo su apellido y la morena se puso tiesa.

—¿Qué hace aquí? ¡Debería estar en una mazmorra!

—Cállate, Evelyn —le dijo Kyle.

—¡Esto es increíble! ¡Una McDurney que se atreve a llamar cerdos a tus hermanos y...!

La risotada de Kyle la enmudeció. Todos le miraron. Recostado en su asiento y con una jarra en la mano, Kyle parecía estar pasándolo en grande.

—No es mala idea lo que ha dicho la muchacha —le oyeron decir al cabo de un momento—. Vamos, chicos, largaros a las cochiqueras.

—¿Qué? —saltó James.

—¿Desde cuándo...? —protestó Duncan.

—Ya me habéis oído. Salid ahora mismo de aquí.

—Kyle, te has vuelto loco.

—No lo dices en serio

Kyle se levantó. Su divertimento había desaparecido y regaló a sus hermanos una mirada hosca.

—La dama tiene razón. Coméis como los cerdos y allí es donde debéis estar. Por mi parte, prefiero tenerla a ella en la mesa. Hasta Malcom parece más sensato que vosotros.

—Pero Kyle...

—Hombre de Dios, no puedes obligarnos a...

—¡Fuera!

Por un momento Josleen, que tenía problemas para respirar, pensó que aquellos dos se le enfrentarían. Pero James y Duncan, amilanados por la clara irritación del otro, se levantaron y salieron.

—Kyle, cariño —intercedió la morena—, no puedes hacer esto. ¿Cómo te atreves a...?

—Mujer, cierra la boca de una maldita vez —ordenó él con voz potente—. Que ocupes mi cama de vez en cuando no te da derecho a cuestionar mis órdenes.

Josleen agachó la cabeza. El bochorno por lo que había provocado le estaba produciendo ronchones en la cara.

—¿Acaso has encontrado en esa... zorra, mejor compañía?

Josleen se envaró. Los ojos de Kyle se habían convertido en dos rendijas que exudaban peligro. No pronunció palabra, pero no fue necesario: Evelyn y Megan se alejó de su lado para sentarse al otro extremo del salón, dejando escapar un sollozo muy convincente.

Josleen supo que acababa de ganarse otra enemiga.

Kyle volvió a tomar asiento y llamó a su hijo con un gesto. El niño, con una mueca de disgusto, volvió a sentarse junto a su abuela.

—Ahora, muchacha... —escuchó decir a Kyle en voz alta— ¿compartirás la mesa con nosotros?

Josleen ni se movió.

—No se han marchado todos los cerdos, milord.

Kyle fijó en ella su mirada, notando la tensión que entre sus hombres levantó el insulto. Procuró mostrarse sereno. Vaya si lo procuró. Acababa de ser insultado, por dos veces, por aquella cosita menuda y de frágil apariencia. Delante de su familia y sus soldados. Le resultó imposible: el semblante altanero de Josleen, su decisión, su valentía, eran algo a lo que no estaba acostumbrado. Y ya iba siendo hora de que James y Duncan recibieran un poco de medicina. Dejó caer la cabeza hacia atrás y rompió a reír.

—Siento haberme confundido con vos, señora —dijo luego, devorándola con los ojos—. Hubiera jurado que os agradaba la carne de porcino, por como la laméis.

Josleen fue la única que entendió la puya. Por descontado que la entendió. El muy maldito la estaba recordando el modo vergonzoso en que saboreó su piel, lamiendo y mordiendo. Se incorporó como si tuviera alfileres en el trasero y se le acercó, los ojos llameantes y el rostro ruborizado. Kyle seguía riendo entre dientes. Ella parecía a punto de agredirle, pero él deseaba besarla hasta volver a escuchar sus gemidos de entrega.

Con los puños apretados a los costados, le contestó:

—Vos, milord, no sois un cerdo —cuidó las palabras, sabiendo que la madre y el hijo de Kyle no les quitaban ojo—. Únicamente un disoluto al que aborrezco.

La algazara de Kyle desapareció por arte de ensalmo. Se incorporó y su brazo la atrapó del cabello. Tiró de él, obligándola a inclinarse sobre la mesa. Así, tan cerca que un nuevo deseo de aproximarla más y besar su boca le azotó, le dijo:

—Un disoluto que hará que os sentéis en su mesa y os tumbéis en su cama.

Josleen pegó un tirón y se soltó, aunque las lágrimas acudieron a sus ojos por el dolor y él se

quedó con algunos cabellos entre los dedos. Alzó la mano para cruzarle la cara, pero Kyle fue más rápido y atrapó su muñeca. Estiró el otro brazo, atrapó su talle y la levantó por encima de la mesa, sobre jarras y escudillas.

Ella protestó mientras sus faldas acababan de sembrar el caos en la mesa. Se encontró pegada al cuerpo de McFersson. Se revolvió y llegó a propinarle un par de golpes en el pecho, pero aquel brazo de hierro la apretó a él, cortándole la respiración.

Ante el asombro de todos, Kyle cargó con ella al costado, como si fuera un fardo y salió de allí acompañado de los insultos de su prisionera.

Desde la puerta, James y Duncan, que no se habían perdido nada de la escena, prorrumpieron en risas y regresaron a sus sitios.

—Me parece que nuestro hermano ha encontrado la horma de su zapato —comentó el primero.

—Creo que sí —se avino Duncan—. Aunque es un poco regañona, ¿no te parece?

—No me importaría nada tener una muchacha tan quejosa en mi cama, renacuajo, si fuera tan guapa como esa condenada McDurney.

—¡Y ella no es una bruja! —les gritó Malcom, sintiendo que debía de hacer algo por defender a la joven.

El niño no entendió la risotada general.

Capítulo 25

Se indignó cuando la soltó de golpe sobre la cama. La voz de él fué como un trueno.

—¡Por los infiernos que acabarás sacándome de mis casillas!

Josleen rodó sobre el lecho y se puso en pie al otro lado, a distancia de Kyle.

—Te sacan de tus casillas con demasiada facilidad, laird —le aguijoneó.

Quiso atraparla rodeando la cama, pero ella saltó por encima volviendo a escabullírsele.

—Te está haciendo falta una buena zurra.

Josleen tragó saliva al escuchar la amenaza. Echó un vistazo al cuarto, como una fiera acorralada. La puerta quedaba lejos, demasiado para poder escapar. Pero no estaba dispuesta a permitir que aquel salvaje le pusiera la mano encima.

—No saldrás, así que olvídale—le advirtió Kyle.

Buscó algo para tirarle a la cabeza. Cualquier cosa. Si él pensaba que iba a amedrentarla, iba listo. Descubrió su espada apoyada a un lado del arcón. Sin previo aviso se tiró a por ella.

Kyle adivinó sus intenciones y saltó por encima del tálamo. Sin embargo, no fué lo bastante rápido para atrapar su brazo y Josleen se apoderó del arma. Mientras él rodaba por el suelo, se apartó unos pasos y subió la espada con ambas manos.

Kyle se incorporó despacio. La mirada de la joven era hielo azul y él juzgó prudente tomar precauciones. Si la irritaba más, sólo un poco más, podía acabar con su propio acero entre las costillas. Parecía muy capaz de utilizarla, la muy pécora.

—Josleen, deja eso.

—¡Y un cuerno!

—Josleen... —dio un paso hacia ella y la muchacha bajó la espada poniéndola a la altura de su pecho—. No seas criatura. ¿Qué piensas hacer? ¿Matarme?

—Si quieres comprobarlo, sólo tienes que intentar acercarte.

Kyle dió un paso y ella retrocedió otro, maldiciendo mentalmente el peso del arma. Wain la había entrenado algunas veces, medio en broma, pero nunca con un instrumento tan fatigoso. Se estaba haciendo la valiente, pero aquello pesaba una tonelada y empezaban a dolerle los brazos de sostenerla en alto. De todos modos, era lo único que tenía para impedir que él la alcanzara.

Se atragantó al ver que seguía avanzando hacia ella, con los brazos abiertos y una calma infinita. Era como un gato. Un depredador, presto a atacar.

Se replegó, siempre en dirección a la puerta. Si conseguía salir de allí, alguien la socorrería. Tropezó con el ruedo del vestido, se desestabilizó, gritó y se fue de cabeza contra el muro. Kyle

aprovechó la ocasión y acertó distancias, pero Josleen elevó los brazos para guardar el equilibrio y él no imaginó su repentino movimiento.

El filo de la espada rasgó su camisa.

El gemido de Josleen al caer y su maldición al sentir el corte, se solaparon. En una fracción de segundo Kyle se hacía con el arma, la lanzaba a un lado y rodeaba su cintura evitando que se desnucara con el borde de un arcón.

Josleen le empujó tan pronto se vio en posición vertical.

Y se quedó atónita.

Kyle lucía un buen corte y su rasgada camisa se teñía de sangre.

—¡Dios! —se tapó la boca con una mano, presa de un súbito mareo.

Kyle echó un vistazo a la herida y la fulminó con la mirada. Pateó la espada, que fue a parar bajo la cama. La sangre le resbala entre los dedos.

—Condenada seas —barruntó, llameando sus ojos dorados.

—Kyle, yo no quería...

—Busca algo para remendarme.

Josleen se subió el vestido y rompió su enagua. Preocupada como estaba, temblando por lo que había hecho, no se percató de la mirada lobuna de Kyle cuando mostró buena parte de sus piernas. Dobló la tela, se la puso sobre el pecho y le incitó a sujetar el precario apósito. Luego, salió a escape.

Era un arañazo sin demasiada importancia, pero Kyle maldijo el estropicio de su camisa, que acabó quitándose mientras sembraba el cuarto de obscenidades. Aquella fierecilla tenía agallas, se dijo. Y era más peligrosa que un jabalí herido. Debería tener cuidado con ella o tal vez habría un McFersson menos antes de entregarla a su jodido hermano. Volvió a asaetearle la culpa. Pero, sobre todo, le laceró pensar que debía devolverla. Claro que, existía otra cuestión: ella había sido deshonrada. La única solución para evitar una guerra abierta era desposarla. Wain McDurney debería atender a razones. O eso, o enfrentarse en un conflicto que causaría muchas muertes y ningún beneficio. Pero... ¿ligarse a aquella arpía? La deseaba. Desde que la vio por primera vez. No podía negarlo. Ardía cuando ella estaba cerca y un sencillo aleteo de sus pestañas le ponía duro como una piedra. Sin embargo, esposarse a Josleen era harina de otro costal, porque seguramente McDurney no querría ni hablar del tema.

Ella regresó poco después, llevando casi a rastras a una de las criadas. Pero no venían solas. Elaine entró presurosa tras ellas. Josleen estaba pálida como un muerto y él se felicitó por su miedo, aún a costa del tajo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó su madre.

—Fué por mi culpa —dijo Josleen entre hipidos.

Sin mirarla siquiera, Elaine examinó la herida.

—No es más que un rasponazo —dijo.

La dama desinfectó el corte, puso un emplasto y le vendó con rapidez. Entregó la bandeja con los utensilios para la cura a la criada.

—Llévate también esa camisa —le dijo—. ¿Duele?

—No ha sido una caricia precisamente.

El tono seco la extrañó. Su hijo no era propenso a lamentarse por una herida tan pequeña. De hecho, ni siquiera cuando estuvo entre la vida y la muerte en aquella ocasión en que se enfrentó a

Wain McDurney, le escuchó protestar, salvo por tener que guardar cama.

Josleen seguía sollozando.

—¿Puedo saber qué ha pasado?

—Ha sido un accidente, madre.

Observó a ambos y acabó por encogerse de hombros. La muchacha no podía explicarse y su hijo no parecía dispuesto a aclarar nada.

—Seguramente —dijo por fin—. Me parece que aquí no tengo nada que hacer, así que regresaré a mis asuntos.

Cuando la puerta se cerró Josleen se apoyó en ella y se enjugó las lágrimas.

—No quería...

—Ya lo sé.

Kyle parecía calmado. Dio un paso hacia él, pero se detuvo. Le debía una disculpa y tragándose el orgullo dijo:

—Lo lamento. Es la primera vez que hiero a alguien.

—Pues para ser la primera vez lo has hecho muy bien —gruñó. Ella se encogió, temerosa. Sintió un mazazo en el pecho. Estaba tan apenada, tan indefensa, tan inocente... ¿Qué estaba diciendo, condenación? Acababa de rajarle con su propia espada y la veía como un ángel. Debía estar perdiendo la razón. Pero su cuerpo empezaba a responder, una vez más, a su proximidad—. Márchate antes que decida retorcerte el cuello.

Josleen no esperó a oírlo dos veces y salió como alma que lleva el diablo.

Kyle se dejó caer sobre el colchón. ¡Maldita fuera! Tenerla a su lado le volvía idiota. Eso le irritaba. La odiaba. Le fastidiaban sus aires de reina. La deseaba...

—¡Joder!

Ahí residía el problema. La imperiosa necesidad de abrazarla, de besarla, de protegerla, le golpeaba una y otra vez. Josleen era la hermana de su enemigo, el hombre que casi lo mató. Pero recordarla devolviéndole las caricias le produjo un dolor en el bajo vientre y su miembro respondió con vida propia.

Capítulo 26

Habían pasado varios días. Aburridos días durante los cuales Kyle no apareció en la recámara y ella no bajó al salón, comiendo y cenando a solas. Hasta Malcom parecía haberla abandonado a su suerte. Claro que ¿qué podía esperar después de herir a Kyle? La noticia se habría corrido por el castillo y el pequeño debía odiarla.

Josleen dejó escapar una palabrota cuando se clavó la aguja. Dejó la costura con la que había matado sus ratos de soledad durante aquellos dos días y se chupó la gotita de sangre. Odiaba coser y además no se le daba bien. Siempre prefirió entretenimientos más masculinos, como montar a caballo, tirar al arco o entrenar con Wain cuando él estaba de buen humor. También le agradaba enseñar a los pequeños.

Salió de la torre y paseó hasta el río, que corría a poca distancia. Hombres de guardia vigilaban, de modo que nadie le recriminó puesto que era imposible escapar sin que la vieran. Se acomodó, algo apartada, haciendo oídos sordos a la animadversión que destilaban las miradas que le dirigían todos.

Se fijó en una chiquitina de cabello cobrizo y rizado, largo hasta la cintura. Sus ojos, dos enormes círculos de un azul diáfano. Era menuda, posiblemente no hubiese cumplido aún los tres años. Caminaba a pasitos cortos y cuando corría Josleen no podía remediar sonreír. Su madre conversaba con otras mujeres mientras lavaban en la orilla.

Josleen adoraba a los niños. Soñaba con tener cuatro o cinco cuando su hermano encontrara para ella el esposo adecuado y... La imagen de Kyle haciéndole el amor la azotó sin piedad. Un dolor profundo se instaló en su pecho. ¿Qué estaba pensando? Ya ni siquiera podía soñar con un matrimonio. Se había dejado seducir por el McFersson, así que ¿quién iba a cargar con ella? Era una mujer mancillada. Le subió un sollozo a la garganta. Ni esposo, ni hijos. Lo único que podía esperar ya era el desprecio de todo su clan, si es que regresaba con ellos y Wain no la desterraba lejos de Durney Tower.

Entornó los ojos y se recostó en el árbol que la cobijaba, lamiéndose sus propias heridas. Por entre los párpados entornados observó que la niña se acercaba a la corriente y arrancaba florecillas amarillas. Josleen suspiró. La recordaba a ella misma cuando era pequeña: siempre investigando, deseando saber más del mundo, queriendo tenerlo todo en sus pequeñas manos.

Un jinete atravesó la explanada llamando su atención. Alto y rubio, poderoso de cuerpo. Casi tan apuesto como... Se le vino un taco feísimo a la boca al compararlo con Kyle. Resultaba irritante su obsesión por él. Aquel prelude sin verle había supuesto para ella una agonía. Porque

le odiaba... ¿le odiaba? por haberla mancillado, pero era un suplicio tenerlo lejos. Vagaba constantemente por el mundo fantástico que Kyle había despertado en ella. Un mundo de sensaciones que la aturdían. Temía estarse enamorando como una estúpida de él y era lo último que deseaba.

El grito de alarma la hizo dar un brinco.

Un chapoteo.

Josleen vio con horror que la niña había caído al agua. Aunque el río iba mermado, era lo bastante profundo para alguien que no sabía nadar.

Josleen se quedó paralizada, escuchando los gritos de pánico de las mujeres y no pudo pensar en nada durante unos segundos. Luego, se levantó y corrió hacia la orilla. Echó a un lado los zapatos y se zambulló. Al emerger, la niña se hundió. Llenó sus pulmones y se sumergió en su busca.

Las aguas estaban revueltas y oscuras después de la pequeña tormenta del día anterior, que arrastró tierra rojiza. Resultaba difícil poder ver bajo el agua, pero braceó y tocó algo. Sin embargo, la corriente le robó lo que fuese que había palpado. Emergió, tomó aire de nuevo y, una vez más, buceó.

En la orilla, las mujeres seguían gritando y ya se acercaban algunos guardias.

Por fin, los esfuerzos de Josleen dieron fruto y sus dedos rozaron una cabellera. La agarró y tiró de ella, regresando a la superficie.

Muchas manos se tendieron hacia ella para ayudarlas a subir por la fangosa pendiente hasta tierra firme.

Le arrebataron a la niña y ella se dejó caer boca arriba, recuperando el aliento. Le ardían los pulmones. Sólo se tomó unos segundos y de inmediato se interesó por la chiquitina. Alguien había conseguido que escupiera el agua y ahora berreaba, más asustada que lastimada, acunada en los brazos de su madre.

Josleen comenzó a temblar, ahora que el peligro había pasado. Siempre le sucedía lo mismo. Encaraba el peligro con decisión y frialdad, pero después la entraba el pánico. Se abrazó y cerró los ojos mientras a su alrededor los comentarios se alejaban.

Presintió a alguien a su lado y alzó la cabeza.

Kyle estaba muy cerca. Se sintió invadida por un sentimiento de agradecimiento al tenerle allí.

—Decididamente, estás loca.

Josleen se incorporó sin ayuda. Muy propio de un McFersson, pensó. Acababa de jugarse la vida para salvar a uno de los suyos y aún la insultaba. Si sería mulo. Se le vino una invectiva a la boca, pero se mordió la lengua y se alejó para entrar en la torre.

No había subido tres escalones cuando un brazo de hierro rodeó su cintura. Se retorció para soltarse. Kyle le sujetó la cara entre sus grandes manos y su mirada la paralizó. ¿Podía ser reconocimiento lo que vio en sus ojos? Él agachó la cabeza y la besó, con tanta suavidad y dulzura que Josleen perdió la noción del tiempo y el espacio. Luego, cuando él la tomó en sus brazos, ya no tuvo fuerzas para oponérsele. Se reclinó en su pecho y cerró los ojos, dejando que él la llevara dentro.

Capítulo 27

Kyle la dejó resbalar hasta el suelo, pero ella seguía sin poder moverse. A sus pies, se fue formando un charquito de agua.

—No vuelvas a hacer algo así, Josleen.

Parpadeó. ¿Había connotaciones de miedo en su orden? Hizo un puchero, sin desearlo. Un segundo después se echaba a llorar. Sin pensarlo, sus brazos abarcaron la cintura de Kyle y arreció el llanto al sentirse abrazada y protegida.

—No pensé... —hipó—. Lo... siento...

La boca de él enjugó sus lágrimas. Y ella se sintió extrañamente segura entre sus brazos. Era agradable, sumamente agradable tenerlo tan cerca, olerle, sentir su fuerza. Alzó la cabeza, solicitando en silencio un beso. Y lo recibió. Respondió con el mismo ardor que él imprimía a la caricia. Sus manos volaron hacia aquellos hombros anchos, bajaron por los brazos, enlazó sus dedos a los de él.

Kyle se ahogaba. Nunca antes había sentido algo así. La había estado observando en la distancia, sin hacer otra cosa más que mirar cada gesto de ella, cada sonrisa mientras veía los correteos de la chiquitina, sus fruncimientos de cejas cuando la aguja la hería. Debería haber estado preocupándose de la próxima incursión, de sus hombres y de sus bienes; sin embargo, había olvidado todo cuando salió de la torre y la vio allí sentada, junto al río, alejada del resto. Luego, cuando ella se lanzó como una loca y se zambulló en la corriente, el corazón se le había parado en el pecho.

Suspiró hondo y la tomó en brazos para llevarla hasta el lecho.

Decididamente, se estaba volviendo idiota, pensó mientras sentía bajo su boca la suavidad de los labios de Josleen. Jamás antes una mujer le había enloquecido de aquel modo. Debería haber sido él quien se diera cuenta del peligro que corría la niña, pero no había tenido ojos más que para ella. Eso había provocado casi la muerte de la pequeña y la de Josleen. Un horrible dolor en la boca del estómago al imaginarlo le dijo lo que era realmente el miedo. Hasta entonces, el miedo había sido algo intangible, casi lejano. El era un guerrero y el temor no tenía cabida en su vida, así se lo enseñaron. Le educaron a pelear sin temblar ante el enemigo. Sin embargo, ahora sabía qué significaba el pavor de poder perder a alguien que le importaba y...

Ella le miraba con los ojos entrecerrados y arrasados por el llanto, tumbada sobre el lecho, el cabello flamígero y empapado extendido sobre los almohadones, el rostro aún pálido.

Kyle volvió a besarla con ansias.

—Nunca —gimió, mientras sus manos se encargaban ya de abrir el vestido de ella—. Nunca más, dulzura...

Josleen no entendió a qué se refería él, pero tampoco importaba. Su cuerpo joven comenzaba a notar el deseo mientras las manos de Kyle la desnudaban. Dejó que él le quitase el destrozado vestido y se sonrojó cuando los ojos ambarinos la admiraron a placer.

Sonrió. ¿Como no hacerlo cuando Kyle parecía dispuesto a devorarla y ofrecerla el mundo tras aquella mirada ardiente de pasión?

El comenzó a quitarse la ropa, pero Josleen se lo impidió. Las cejas doradas de Kyle se alzaron y ella sonrió más ampliamente.

—Quiero desnudarte —susurró.

Los músculos de Kyle se endurecieron como cuerdas. Ninguna mujer le había pedido algo semejante. Ni siquiera la descarada de Evelynna. Pero asintió, un tanto azorado, y permitió que Josleen le fuese quitando prenda a prenda. El corazón le latía como un tambor de guerra y le costaba respirar. El simple roce de las yemas de sus dedos le embriagaba. Cuando ropa y botas quedaron olvidadas en el suelo, junto al lecho, y la mirada azul profundo de ella le recorrió desde el cabello hasta la punta de los pies, su condición masculina saltó hacia adelante de forma desvergonzada, impudicamente. No pudo controlarlo. Ya no.

Su voz fue un gemido agónico.

—Acaba cuanto antes, Josleen.

Los ojos de ella se agrandaron. ¿Qué acabara? ¡Por amor de Dios, si ni siquiera había empezado! Fijó su mirada en aquel punto entre los muslos masculinos. Y se maravilló del poder que ejercía sobre él, sin necesidad de acariciarle siquiera. Su madre la había contado algo, ciertamente, pero nunca que una mujer podía excitar a un hombre solamente con mirarlo. Se le escapó una risita.

El cuerpo dorado de Kyle era una tentación. Y habría ido de cabeza al infierno con tal de poder tocarlo en ese momento, pero... Un miedo repentino la paralizó. Si una mirada conseguía aquel efecto, ¿qué no haría él si le acariciaba... allí?

Kyle pareció adivinar los pensamientos de Josleen y con la decisión que a ella le faltaba, agarró su mano derecha y la llevó hasta su virilidad. Ella tembló de pies a cabeza cuando él le entregó su intimidad. Durante unos segundos, sin atreverse siquiera a respirar, notaba el latido de su sangre en los oídos... y el latido de él en su mano.

Le miró, roja de vergüenza, su cuerpo humedeciéndose de placer. Kyle parecía estar sufriendo tortura; tenía el gesto severo, sus cejas se fruncían, sus ojos despedían chispas doradas...

Poco a poco, le soltó y comenzó a acariciarlo. Kyle gimió y apretó los párpados. Ardía, consumido por lenguas de fuego que devastaban incluso su alma. Las caricias de Josleen carecían de experiencia, pero lo consumían y apenas podía respirar.

De pronto, con un movimiento rápido, Josleen se agachó y depositó un trémulo beso en la demostración de su hombría.

Kyle pegó un brinco. Tan fuerte, que la mano de ella resbaló y el miembro se le escapó. Al instante siguiente Kyle la tumbaba y comenzaba a besarla desde la barbilla hasta el vientre, sorbiendo cada gota de agua de su cuerpo. Su boca dejaba surcos ardientes por donde pasaba y ella emitió gritos de asombro cuando la lengua masculina jugueteó en su ombligo. Elevó las caderas al sentir un dedo en el interior de su cuerpo. Se mordió los labios para no gritar más

fuerte cuando el dedo salió sólo para dar paso a dos. Y cuando el pulgar de Kyle comenzó a acariciar el montículo endurecido entre sus muslos, lloró sin poder remediarlo.

No se percató de la sonrisa ufana de él. Ni pudo adivinar el sentimiento de orgullo que embargó a Kyle.

Él pujó luego por entrar en su cuerpo y le recibió de buena gana. Se aferró a sus nalgas y salió al encuentro de sus embestidas para ascender, ascender, ascender... y alcanzar el cielo.

Capítulo 28

Los días se sucedieron y la estancia en Stone Tower le resultaba cada vez menos onerosa. De todos modos, no dejaba de pensar en los suyos. Pero, al menos, estaba tranquila porque su hermano aún no conocía su desaparición.

Kyle la dejaba acudir cada dos días para visitar a Verter y los demás y, aunque no gozaba de demasiada libertad, tampoco se sentía ya una prisionera.

Apenas conversaba con el resto de los habitantes de la torre; prefería comer a solas para no soliviantar los ánimos, que ya sabía alterados por su presencia. A pesar de su auto—exclusión, Josleen comenzó a notar que las mujeres no la miraban como antes; hasta estaban muy dispuestas a hablar con ella en ocasiones y pedirla pequeños favores o proporcionárselos. Pero sabía que los hombres de Kyle deseaban, que, cuanto antes, se pidiese un rescate definitivo.

Kyle estaba cada vez más remiso y siempre daba excusas para retardar el momento.

Josleen levantó la cabeza de su costura justo en el momento en que Elaine McFersson trataba de alzar un caldero lleno de agua. Dejó la costura e hizo intención de levantarse para ayudarla, pero no llegó a abandonar el taburete. Un hombretón de casi dos metros de alto salió, sólo Dios sabía de donde, y levantó sin esfuerzo el caldero. Josleen observó el rostro de la madre de Kyle, iluminado. Luego, bajó los ojos hacia el suelo, dió las gracias en un susurro y se sonrojó.

Josleen curvó las cejas. ¿Era tonta o acababa de ver a la única persona que parecía sacar a la mujer de su apatía? Hasta entonces, sólo la había visto pestañear cuando ella hirió a Kyle, y ni siquiera en ese momento pareció demasiado afectada; siempre se la veía pasear a solas, lánguida y apática, aunque se adivinaba en ella una férrea fortaleza. Elaine era una mujer joven aún, seguramente había tenido su primer parto siendo una muchachita. Sólo se unía al resto a las horas de la comida o de la cena. Distante de todo y de todos. Y sin embargo, ahora, ante la presencia de aquel gigante, se la veía muy frágil y casi amedrentada, como una jovencita vergonzosa.

Se fijó en el sujeto mientras él, prendido por Elaine, caminaba cargado con el caldero hacia el exterior. Era muy fuerte y, desde luego, atractivo. Larga cabellera rojiza, poblada barba y buenos músculos. Todo un guerrero, capaz de hacer sentir a una mujer la necesidad de ser protegida. Y sin duda la madre de Kyle se sentía traída por él.

Josleen regresó la atención a su costura, pero no dejó de pensar en lo que había visto. De siempre le gustaron las intrigas amorosas y se preguntó si ella podría hacer algo para que la apatía de la madre de Kyle desapareciera. Llevaba demasiado tiempo sola. Con una sonrisa divertida, se respondió a sí misma: intentaría remediarlo.

Entretenida en sus pensamientos no se percató de la entrada en el salón de un hombre alto y delgado.

El sí lo hizo. Dio un par de pasos hacia el interior, la vio y se frenó en seco. De inmediato dio media vuelta y escapó, pálido como un muerto.

Òï Òï Òï

Moretland se paseó nervioso bajo la atenta mirada de su anfitrión. Al cabo de un momento miró al otro y dijo en tono de recriminación:

—¿No sabía que Josleen McDurney estaba aquí!

Las doradas cejas de Kyle describieron un arco perfecto.

—No es asunto tuyo.

—¿No puedo dejar que me vea!

—Entonces no lo hagas.

—Debes entenderlo, McFersson. Si esa muchacha sabe que visito Stone Tower se preguntará la causa. No es lógico que un enemigo venga aquí sin una razón muy justificada.

—Lo imagino. Sería muy difícil explicar a Wain qué haces en mis tierras. Y más complicado aún explicar la causa por la que eres un asqueroso traidor a los tuyos.

Barry Moretland se irguió en toda su estatura y sus ojos relampaguearon, zaherido por el insulto. Sabía que no era bien recibido allí, que el maldito McFersson le odiaba. Pero también sabía que sus informaciones eran importantes y que les había proporcionado importantes ganancias. Era un acuerdo que duraba ya un largo año, desde el verano anterior en que él ofreció sus servicios.

—Debería decirle a Wain sobre ella —susurró a modo de amenaza.

Kyle se encogió de hombros y sonrió con ironía.

—Deberías, sí. Sería interesante ver cómo le convences de conocer su paradero.

—Su hermano piensa que está en... El mensajero...

—Ese sujeto era uno de mis hombres.

—¿Piensas pedir un rescate entonces?

—Lo he pensado, sí.

—¿Cuándo lo harás?

—Eso aún no lo he decidido.

Moretland achicó los ojos y le miró con más interés. ¿De modo que era eso? El maldito McFersson estaba disfrutando de aquella zorra que tantas veces le había despreciado. Estuvo a punto de soltar una carcajada. Wain recuperaría a su hermana, desde luego, pagando lo que el otro pidiese, pero Josleen no tendría ya valor para negociar una unión con otro clan porque nadie creería, aunque lo jurase, que aquel bandido no la había mancillado. Eso acarrearía la guerra entre los dos clanes, si él sabría jugar entonces sus cartas. Era lo que más deseaba Barry. Conocía la furia de McFersson y sabía que difícilmente volvería a dejarse vencer por Wain, de modo que si el hermano de Josleen acababa muerto, él tendría muchas posibilidades de convertirse en el jefe de los McDurney, aun no llevando su apellido; era el único varón de la casta, ya que Sheena no le había dado ningún heredero aún a Wain. Sonrió y se sirvió un poco de cerveza.

—¿Es buena en la cama?

El trago le supo a hiel cuando los ojos dorados de Kyle se clavaron en él. Si una mirada

podiera matar, Barry Moretland habría caído fulminado allí mismo. Se atragantó.

—Quiero decir... Como parecías interesado en Evelynna Megan...

—¡Por todos los dioses celtas! —estalló Kyle— Que me pases información sobre tu clan, que te lleves una buena ganancia de nuestros hurtos, que te aproveches de mi nombre para robar a Wain... —alzó la mano para pedir silencio cuando vio el gesto de protesta iniciado—. ¿Crees que no sé que muchos de los robos me los endilgas? ¿Qué me dices de esos malditos caballos por los que me interrogaron tus hombres cuando me hicisteis prisionero? —Barry encajó los dientes y bajó la mirada—. Bien, pues como decía, Moretland, no creo que todo eso te dé derecho a meterte en mi vida privada.

—No pretendía...

—Pásate de la raya, amigo mío, y me importará muy poco poner tu cabeza en una picota en lo más alto de mis almenas. Créeme, Moretland, aún me escuecen los golpes.

—No pude hacer nada. No sólo te ví yo cuando estaba a la orilla del río, te vieron los demás. No podía volver la mirada a otro lado ¿verdad? Si no hubieras estado borracho como una cuba no te habríamos descubierto. ¿Qué podía hacer yo? Tenía que disimular, tenía que tratar de sacar información al enemigo, de otro modo hubiesen sospechado. Aunque te reconocí no descubrí tu verdadera identidad, recuerda. Por fortuna no llevabas tus colores.

—De todos modos, debería matarte por eso.

Barry se quedó lívido, pero con mucha prudencia asintió en silencio.

—Debo regresar a Durney Tower.

—Te deseo buen viaje. Dejaré tu parte de la próxima avanzadilla donde siempre, en la abadía.

—Bien.

Kyle le vio partir con un sabor amargo en la boca. Sabía que el tipo era un asqueroso traidor de pies a cabeza, pero también el amor que tenía al dinero y él le proporcionaba ganancias sustanciosas. Lo ganaba informándole sobre los pasos de Wain McDurney, pero nada ganaría informando sobre los suyos, porque sería tanto como descubrirse. De todos modos, era consciente de que tenía un escorpión negro debajo de su trasero y eso no le agradaba. No le agradaba en absoluto.

Capítulo 29

Barry no salió sin embargo de inmediato de las tierras de los McFersson. Nadie, a excepción de Kyle, sabía su verdadera personalidad, ya que se hacía pasar por un hombre del clan Moogan y utilizaba su tartán cuando se acercaba a Stone Tower. Por ello podía pasear libremente por el territorio sin miedo a ser detenido. Pero que Josleen estuviese allí era peligroso para él; no estaba dispuesto a que aquella putita estropease su plan de enfrentar a los dos clanes si se le ocurría interceder ante su hermano para evitar la guerra. Debía librarse de la muchacha, culpando desde luego a los McFersson. Pero acercarse a ella era tan peligroso como ser descubierto por la joven. Tenía que encontrar otro modo. Alguien que hiciese el trabajo. Y ¿quién mejor que la despechada amante del maldito Kyle? Desde sus primeras visitas, granjearse la mistad de Eve había supuesto uno de sus objetivos porque vio en ella el mismo ansia de poder que a él le embargaba.

Buscó a un chicuelo para que la llevara un mensaje. Luego, comido por los nervios, esperó cerca del acantilado.

Evelyna Megan se encontraba en la torre, haciendo como siempre la vida imposible a los criados y tratando de hacerse agradable a los ojos de Elaine. Kyle amaba a los suyos, aún cuando no fuese un hombre demasiado dado a mostrar sus sentimientos. Y Evelyna sabía que si conseguía amigarse con su madre, tendría más posibilidades de alcanzar el corazón del jefe del clan. Hacía más de dos años que su padre, James Megan, trataba de conseguir un buen matrimonio para ella, pero los candidatos presentados le parecían deleznable. Lo fueron mucho más desde que llegó a Stone Tower y vio a Kyle. Desde aquel instante decidió que el hombre sería para ella. Desde luego, hubo de hacer concesiones. Kyle no estaba dispuesto a compartir su vida con una mujer después de la mala experiencia con su difunta esposa, Muriel. Se había entregado a él como una prostituta y se había comportado como tal en su cama. Pero ¿qué importaba si a fin de cuentas acababa por convertirse en su esposa?

El chico que llegó buscándola no dijo una palabra, sólo le entregó la nota y se marchó. Era escueta, pero desde luego interesante: "Si queréis volver a ocupar el puesto que os corresponde, señora, tengo la llave. Os espero junto al acantilado."

Se preguntó quién deseaba ayudarla, porque sabía que no era santo de devoción de ninguno de los sirvientes y apenas trataba con los habitantes de la aldea. A fin de cuentas, ella era la hija de James Megan, no una vulgar muchacha de la plebe. Su puesto estaba junto a los amos, no junto a los criados. Evelyna era una muchacha decidida a cualquier cosa, siempre y cuando sacara provecho y la misiva parecía indicar que podía tener un as en la manga.

Se dejó ver veinte minutos más tarde y Barry admiró, aún sin desearlo, el contoneo primoroso de sus caderas. Kyle era un bribón con mucha suerte.

Evelyna se le acercó con cierta cautela. Su rostro reflejó extrañeza al encontrarse con Barry. Nunca le cayó bien, desde que le conoció. Había algo insano en su mirada, un deje de maldad que no le pasó nunca inadvertido. Además, se encontraban alejados de la aldea y el acantilado era un lugar peligroso. Sus ojos se convirtieron en dos rendijas cuando él hizo una ligera reverencia sin dejar de observarla.

—¿Eres tú quien quería verme?

Barry asintió.

—Sí. Porque hasta hace poco compartías la cama del McFersson. Y ahora has perdido ese privilegio, ¿verdad?

Evelyna se tensó y su mirada despidió cólera. Le desagradó que la recordara que aquella zorra McDurney la había desplazado. Asintió secamente.

—He visto a la nueva adquisición de Kyle —ella hizo un gesto despectivo—. Sí, ya sé que los hombres a veces perdemos el gusto y sin duda él lo ha perdido porque... —la miró con descaro—, no cabe duda que ha perdido con el cambio. Eres la mujer más hermosa que he visto jamás, Evelyna.

—Tengo cosas que hacer —le cortó— Adulándome no conseguirás nada. ¿Qué quieres?

—Ayudarte.

—¿A cambio de qué?

—Esa ramera McDurney me estorba. Digamos que... si la ocurriese algún accidente... ganaríamos ambos.

Ella retrocedió un paso. Las manos comenzaron a sudarle.

—Un accidente. ¿Estás hablando de un asesinato?

—Yo me vengaría de una antigua deuda y tú volverías a tener a Kyle para ti sola.

Durante un expectante momento, Eve no dijo nada, solamente le miró con intensidad, sopesando lo que acababa de decir.

—Podría delatarte a Kyle.

—No llegarías a él —Barry miró significativamente el precipicio, pero luego sonrió jovialmente—. No seas estúpida. Tú estarías muerta y yo encontraría a otra persona que me hiciera el trabajo.

De pronto, ella se echó a reír. Buscó una piedra plana en la que sentarse y sus ojos chispearon. Tomó una piedrecita y la lanzó lejos, alargando el momento de su respuesta.

—Yo también he pensado en quitarla del medio, ¿sabes? —le dijo al fin.

—Imaginaba que una mujer como tú lo habría hecho.

—Lo malo es que Kyle no la deja salir ni a sol ni a sombra. Apenas sale de la fortaleza y cuando lo hace él o alguno de sus hombres la acompaña.

—Estoy seguro de que encontrarás una manera de arreglarlo. Stone Tower es un lugar muy grande y en un sitio así, pueden suceder muchos accidentes.

Evelyna parpadeó, coqueta. Recordó la torre del ala norte que estaban remodelando. Andamios y cuerdas. Piedras sueltas. Sonrió como una gata melosa y se incorporó.

—Ciertamente, todo puede suceder, pero... ¿qué ganaríais vos?

—Ya os lo he dicho. Cobrarne una antigua deuda.

—¿Por qué no hacéis vos mismo el trabajo? ¿Por qué he de arriesgarme yo? Tarde o temprano Kyle la repudiará. Y yo estaré entonces allí, a su lado.

Barry Moretland dejó escapar una larga carcajada. Con los puños apoyados en la cintura la miró y sacudió la cabeza.

—Me asombráis, Eve. Os creía una mujer con más agallas. Por lo que veo, os agrada ser el segundo plato en la mesa del bastardo.

Evelyna sonrió, sin dejarse llevar por la rabia.

—Es sólo que no estoy loca —le dijo—. Atentar contra la vida de esa zorra es peligroso. Además, ella vale un buen rescate.

—Si es que él se decide a pedirlo.

—¡Lo hará!

—¿Estáis segura?

—¡Por todos los infiernos! —estalló la joven— ¿Pensáis acaso que Kyle va a quedarse con ella? ¡Es una maldita McDurney!

Moretland se encogió de hombros. Silbó a su caballo y esperó a que su montura se acercase obediente. Tomó las riendas y dijo:

—Os daré unos días para que recapacitéis. Estaré por aquí cerca. Yo tengo mucho tiempo, aunque me gustaría acabar con esto cuanto antes. Pero puedo esperar a que esa ramera desaparezca, sea canjeada o a que su hermano declare la guerra al McFersson y se maten entre ellos. Pero vos, señora... ¿cuánto tiempo estáis dispuesta a esperar a que Kyle decida haceros un nuevo hueco bajo sus muslos?

Evelyna se atragantó, pero fue incapaz de decir una palabra antes de que Barry montara y espoleara su caballo. Le vio alejarse hacia las colinas con un sabor amargo en la boca. ¡Maldito fuese! ¿Qué pretendía? ¿Que se jugase el cuello matando a aquella puerca rubia?

Nota: Vuelvo a recordaros que esta novela es sólo un borrador y que está sin corregir, por lo que os pido perdón por los innumerables fallos que seguro que encontrareis en ella. Nieves Hidalgo.

Capítulo 30

Serman Dooley.

Ese era el nombre del guerrero que bebía los vientos por Elaine McFersson.

Josleen le observó mientras se encargaba de dirigir a una cuadrilla que ponía en orden las caballerizas. Al levantar la cabeza, la silueta de la madre de Kyle se escondió de inmediato tras la cortina de uno de los ventanales de la torre.

Sonrió. Ya no le cupo duda de que la señora del bastión estaba interesada por Serman. Y él era un tipo noble a pesar de su aparente rudeza, que desaparecía de inmediato cuando estaba próximo a la dama.

La muchacha decidió que si Kyle era ciego a las necesidades de su madre, ella bien podría poner unas gotitas de romanticismo para tratar de apañar el asunto. Pensó en el mejor modo y después de cavilar mucho supo que lo mejor sería una cita en la que ninguno de los dos podría escapar. Josleen había notado que apenas se cruzaban palabra, sólo miradas que lo decían todo para alguien que no fuera idiota.

Se acercó a Serman y le llamó.

—Esta tarde necesitaría ayuda para recoger unas hierbas —dijo la joven.

Serman alzó las cejas, sin entender.

—¿Hierbas?

—Soy una experta trabajando con ellas. Liria, la cocinera, tiene molestias en la espalda y yo puedo prepararle una mezcla que la alivie. Pero no deseo salir sin protección, ya sabéis que el laird no permite que vaya sola más allá del río. Me han dicho que en el bosque puedo encontrar lo que me hace falta.

—Entiendo —asintió Dooley, aunque la observó con cierta intranquilidad.

Josleen se echó a reír.

—Las hierbas medicinales no son brujería, Serman.

El guerrero acabó por asentir.

—Ya. Imagino que sería un bonito detalle para Liria. Me gustará ayudaros, milady, aunque sólo sea sirviendo de guardián.

—¿A las seis, entonces? Junto a la entrada norte

—Allí estaré, señora.

Con una sonrisa melosa, Josleen se alejó y él volvió a sus quehaceres. La primera parte estaba conseguida.

Luego, subió a la torre en busca de Elaine. La encontró en las cocinas, indicando a unas criadas el mejor modo de hacer velas, muy escasas en esa época y caras si habían de comprarse. Cualquier dama que se preciara debía conocer el modo de confeccionar velas para iluminar los aposentos. Ella aún recordaba las tardes que pasó junto a su madre aprendiendo el trabajo. Elaine estaba explicando en ese momento el modo en que se debía mezclar extracto de azahar con la cera, de modo que cuando se encendiesen los cirios desprendieran un olor agradable. Con toda seguridad, eran velas para una ocasión especial.

Acercó la nariz al recipiente del azahar y aspiró con deleite.

—Huele de maravilla.

—Será aún mejor cuando ardan las velas —repuso la madre de Kyle.

Josleen aguardó a que la mujer acabase de dar las indicaciones y luego dijo:

—¿Podría acompañarme esta tarde, señora? Me gustaría recoger algunas hierbas medicinales.

—¿Entendéis de medicina?

—Mi madre me enseñó. Liria tiene problemas con su espalda.

—Ciertamente. Y la pobre empeora bastante durante los meses de invierno. Estaré encantada de acompañaros.

—¿A las seis junto a la torre norte?

—Perfecto.

Felicitándose por su astucia, Josleen salió de las cocinas. Aquellos dos tórtolos acabarían por hablarse cuando no les quedase otro remedio.

Apenas comió por los nervios del encuentro y por la atención de que fue objeto por parte de Evelynna, que parecía dispuesta a no marcharse de Stone Tower hasta conseguir de nuevo los favores de Kyle. La enemistad entre ambas resultaba cada vez más tangible.

Por fortuna, Kyle apenas habló con Eve y no quitó la mirada de Josleen desde que se sentaron a la mesa.

La joven agradeció que Malcom acercara su asiento a ella y charló con el niño animadamente, tratando de olvidar las dagas lanzadas por los ojos de su contrincante. También notó, con mucho agrado, que James y Duncan procuraban portarse en la mesa decentemente. No se lanzaron nada y apenas se mancharon los dedos.

Se le hizo eterna la espera hasta las seis de la tarde.

El tiempo no parecía pasar. Josleen se encaramó a la torre y se asomó a uno de los ventanales procurando no ser vista.

Serman ya aguardaba, apoyado en un árbol, junto a la torre norte y ella se cubrió la boca ahogando una risita cuando la madre de Kyle apareció por la esquina del torreón y se encaminó directa hacia donde se encontraba él.

Por un largo minuto, ambos se miraron sin decir palabra. Josleen vio que Elaine tenía las mejillas enrojecidas. En cuanto a Serman, parecía no saber qué hacer.

Josleen esperó, con el alma en un hilo, a que uno de los dos dijera algo. Los segundos corrían y ellos seguían mudos. A punto estuvo de lanzarles algo a la cabeza cuando vio que Serman cambiaba por décima vez su postura y Elaine se arreglaba el bajo de las faldas una vez más. Casi se le escapó un grito de alegría cuando el guerrero suspiró hondo y se encaminó hacia la mujer.

—Dios bendito —susurró en voz baja—. Creí que nunca iba a atreverse.

Dooley carraspeó. Elaine alzó la mirada, pero la bajó de inmediato.

—Señora.

—Dooley.

Otro largo silencio. Josleen les maldijo en silencio desde su posición. ¿Era todo cuanto iban a decir? Pero de repente, él estiró la mano hacia el rostro de la dama. Se la paró el corazón, aguardando la reacción de Elaine.

—Milady, tenéis una brizna de paja en el cabello.

Elaine se echó de inmediato la mano a su recogida cabellera y enrojació aún más.

—Estuve en la bodega... —tartamudeó—. Hacía falta vino para la cena y...

Serman sonrió y Josleen, desde su escondite, observó el modo sublime en que su adusto rostro rejuvenecía. No podía disimular el placer que representaba para él poder estar al lado de la dama. Retiró la brizna de los sedosos cabellos y ella se removió, inquieta y azorada como una muchachita.

—¿Son las seis? —la escuchó preguntar Josleen.

—Eso creo.

—¿No tenéis nada que hacer?

—Prometí a la joven McDurney acompañarla a recoger hierbas medicinales. Parece que sabe como mezclarlas para que...

—Para que Liria encuentre mejoría en su afección de espalda —acabó la frase Elaine.

Serman Dooley alzó una ceja.

—¿Os lo dijo?

Elaine miró su gesto huraño y soltó una carcajada. Josleen, desde el ventanal, se fijó en la adoración que iluminaba los ojos de él.

—¿Qué resulta tan gracioso, señora? —preguntó, mientras la madre de Kyle se limpiaba las lágrimas con la manga de su camisola.

—Creo, Dooley, que hemos caído en una trampa.

—No os comprendo.

—Bueno, es fácil adivinar. Josleen os citó a vos aquí, para recoger hierbas. A mi me citó para lo mismo, pero... ¿la veis por algún lado?

—Empieza a tardar —gruñó Serman.

—No vendrá —la dama volvió a reírse con ganas—. Oh, Dios, esa muchacha es un diablillo. ¿No os dais cuenta de lo que pretende?

Él chascó la lengua.

—Tal vez se le olvidó.

—No. No se le olvidó. Yo creo que no piensa venir.

—Entonces, tal vez debamos seguir con nuestros quehaceres.

—Tal vez —sonrió la dama.

Serman la miró largamente. Para él, aquella mujer había sido siempre la más hermosa. La amaba desde hacía tanto tiempo. En silencio. En la lejanía. Estiró la mano y acarició con tanto cuidado su cabello que a Josleen se le saltaron las lágrimas.

—O tal vez deberíamos aprovechar este encuentro para dar un paseo y llevarle las hierbas que necesita —dijo él—. ¿Sabéis vos cuáles son?

—No tengo la menor idea. Pero lo del paseo me parece bien —repuso ella, colorada de nuevo.

Serman sonrió.

—Sois tan hermosa cuando os sonrojáis, señora —murmuró—. Pero sobre todo, cuando reís. Deberíais hacerlo más a menudo.

Elaine volvió a acomodarse el ruedo de las faldas.

—Qué cosas decís, Dooley.

—¿Os agrado un poco, mi señora?

Desde su escondite, Josleen suspiró. ¡Ahí estaba la pregunta! Respiró, aliviada. Por fin parecía que Serman había tomado el camino correcto. ¡Y ahora qué! Se le paró el corazón aguardando la respuesta.

—No me desagradáis en absoluto, Dooley —y bajó los ojos.

La sonrisa de él fue sublime. Josleen dió unos pasos de baile y hasta se permitió darse un beso en los dedos y ponérselos en la mejilla. Ya no le cupo duda de que aquellos dos estaban enamorados.

—Si mi posición fuese más ventajosa...—dudó él—. Acaso me atrevería a...

Los ojos azules de Elaine se clavaron en el rostro de Serman.

—Pensé que erais un guerrero más atrevido.

—Tengo tierras, lo sabéis. No son muchas, claro. Apenas unas cuantas hectáreas. El laird ha sido generoso conmigo. También tengo caballos, unas cuantas ovejas... alguna vaca....

Elaine soltó una risita nerviosa.

—¿Por qué me enumeráis vuestras posesiones, Dooley?

Serman carraspeó y guardó silencio. Josleen volcó medio cuerpo por la ventana y ahogó la risa al ver que ahora era él quien estaba sonrojado.

—Quiero saber si mi poca fortuna y mi persona son suficientes para una mujer de vuestro rango, señora.

Un gorjeo de felicidad escapó de la garganta de Elaine.

—Vuestra sola persona ya me es suficiente, Serman. No hace falta que la adornéis con tierras ni ovejas.

—Elaine... —dijo, en una oración.

Josleen se asomó aún más. Si Dios no lo remediaba podía acabar rompiéndose la crisma si caía, pero no quería perderse nada de lo que estaba pasando. Ellos desaparecieron de su vista al acercarse al muro y soltó un taco entre dientes. Pero cuando consiguió verles de nuevo rió en voz alta. Serman Dooley tenía abrazada a Elaine McFersson y ella no parecía sentir deseos de apartarse. Poco a poco, Serman agachó la cabeza y la besó con delicadeza.

—Hablaré con vuestro hijo —prometió él tras un largo suspiro de satisfacción.

—Cuanto antes, Serman —suplicó ella.

Josleen corrió hacia el exterior, bajó las escaleras de cuatro en cuatro y casi arrolló a Duncan cuando salía de la torre.

—¿Donde diablos vas tan aprisa? —gritó el joven.

—Disculpa —gritó ella a su vez, entre risas—. Ahora no tengo tiempo de explicarte.

Cuando llegó abajo la pareja seguía mirándose a los ojos y ella apenas podía respirar.

—Buenas tardes —saludó desde una distancia prudencial.

Se separaron de inmediato, Elaine con las mejillas arrojadas y él como si le hubieran pillado en falta.

—Deben disculparme pero me quedé dormida. ¿Vamos a buscar las hierbas?
Serman y Elaine la miraron azorados.

—Vos me indicaréis los lugares donde se encuentran las que necesito para hacer la pócima a Liria —le dijo a la madre de Kyle—. Y vos, Dooley, nos serviréis de escolta.

Asombrados pero internamente divertidos y agradecidos por la treta de la joven, la siguieron. Durante más de una hora, estuvieron recogiendo aquí y allá lo que Josleen necesitaba y ella disfrutó en grande observando de reojo a ambos mientras se lanzaban miradas de cariño o se tocaban con comedimiento. Mientras los tres regresaban al bastión, Josleen se sintió dichosa. Al menos había conseguido arreglar algo en aquel lugar. Su madre se reiría cuando se lo contase.

Capítulo 31

Pero el día no iba a finalizar como un colchón de rosas. Kyle regresó malhumorado de la partida de caza a la que había salido con cuatro de sus hombres. Al parecer, uno de ellos se había despistado y un venado que podía haberles proporcionado carne para al menos una semana, consiguió escapárseles.

Aquella noche Josleen prefirió no bajar a cenar con los demás y decidió hacerlo a solas. El enfado de Kyle provocó que Elaine rogara a Serman aguardar a mejor ocasión para hablar con el joven laird y ella estaba segura de que si le tenía delante acabaría tirándole una jarra a la cabeza. Además, las constantes atenciones de Evelynna para con Kyle la ponían enferma.

Jugeteó distraídamente con las viandas sin ganas de ingerirlas realmente, mientras su mente daba vueltas y más vueltas a los últimos acontecimientos. Sonrió al ver el pastel que le habían llevado; recién hecho, cuando ella sabía ya que en Stone Tower solamente hacían pasteles los fines de semana y para contentar al pequeño Malcom. Era una muestra de gratitud que ella agradeció encantada. Su posición había cambiado desde el episodio del río. Todos parecían empezar a estimarla aún cuando seguía perteneciendo a un clan enemigo. Todos, salvo Evelynna Megan. Entendía que ella la odiara, sin embargo. A fin de cuentas la había arrebatado la atención de Kyle.

¿Qué maldición había caído sobre ella para perder la cabeza? ¿Por qué condenada causa dejó que Kyle la sedujera? Lo había liado todo y las consecuencias podían ser nefastas. Pero no podía remediarlo. Estaba enamorada de Kyle.

Con una imprecación en los labios se levantó y caminó hasta la ventana. Abajo, en el patio, los hombres de guardia estaban tan quietos como estatuas, pero alertas al menos movimiento. Por un segundo se preguntó si no debería tratar de escapar. Pero de inmediato el recuerdo de sus amigos encerrados en las mazmorras le hizo desestimar la tonta idea. Estaba segura, sin embargo, de que Kyle no tomaría represalias contra ellos pero, aún cuando consiguiera alejarse lo suficiente de Stone Tower, estaba convencida de no poder atravesar las tierras de los McFersson antes de que los hombres de Kyle la dieran alcance de nuevo. Él no iba a desperdiciar un succulento rescate, eso estaba claro. Él la deseaba, pero no la amaba. No era más que una prisionera por la que conseguirían una buena cantidad de caballos y cabezas de ganado.

—¿Entonces por qué me ha hecho el amor? —se preguntó en voz alta.

Nadie podía responderle a eso y la angustia cubrió sus ojos de lágrimas de desdicha. Se irguió. No iba a llorar. ¡No lo haría, condenación! Kyle la había perdido. Ahora nadie querría

casarse con ella, su hermano no podría arreglar su unión con otro clan que afianzase el poder McDurney. Soltó un taco muy feo y se sentó en el lecho.

—Maldito si me importa.

Dejó escapar la risa. Oh, Dios, comenzaba a volverse loca. Empezar a hablar consigo misma era un síntoma clarísimo. Pero era cierto, la importaba muy poco si ningún hombre deseaba desposarla ya. Siempre soñó en casarse y tener hijos, claro, pero hasta entonces no había conocido a ningún hombre por el que pudiera sentir algo más que afecto. Jamás amó a nadie. ¡Y ya era imposible que eso ocurriese después de enamorarse de Kyle!

—Bastardo —susurró. Se levantó y comenzó a caminar por la amplia habitación a grandes pasos. De haberlo tenido delante en ese momento le hubiera arrancado los ojos. Kyle tenía la culpa de todos sus males. La había hecho prisionera, la mantenía allí con la estúpida amenaza de vengarse en los hombres de su hermano, la había deshonrado..., Se le escapó un gemido y se tapó la cara con las manos— ¿Por qué he tenido que enamorarme de ti?

Le maldijo hasta que le dolió la garganta, de modo que más tarde, cuando la puerta se abrió, el humor de Josleen era algo así como un volcán a punto de estallar.

Kyle se quedó, una vez más sin respiración al mirarla. La luz del único candelabro a su espalda la envolvía en un halo dorado, su cabello relucía cayéndole sobre los hombros. Y la luz de la luna provocaba la ilusión de que tenía el rostro de alabastro.

Ella no se volvió a mirarlo pero Kyle imaginó que no era más que una treta femenina y que ella sabía que, en aquella postura, resultaba avasalladoramente hermosa. Bueno, el coqueteo de una hembra no le desagradaba, mientras no resultase agobiante. Cerró la puerta y entró mientras su cuerpo respondía al suave perfume que impregnaba el cuarto y que, indudablemente, provenía de Josleen.

Frunció el ceño viendo que ella apenas había probado la cena, pero tampoco él había cenado demasiado pensando en placeres mayores. Se acercó hasta Josleen y tomó una guedeja de cabello entre sus dedos, frotándolo y maravillándose de nuevo de su textura.

Josleen reaccionó como si la hubiera picado una serpiente. De un manotazo, le apartó y puso distancia entre ambos. Kyle alzó una ceja y esperó el sermón con una sonrisa. Había tardado mucho en subir, aunque su deseo más ferviente hubiera sido estar allí con ella, teniéndola desnuda entre sus brazos, desde hacía horas. Le fue imposible, sin embargo, desembarazarse de sus obligaciones cuando llegaron dos hombres del clan Galligan. Y aunque no había comido mucho, por deferencia a sus invitados, había ingerido más bebida de la prudente, de modo que se encontraba un poco risueño.

—No quise dejarte tanto tiempo sola —se disculpó.

—¡Ojalá te hubiese tragado la tierra! —estalló la muchacha, dejándole perplejo.

Kyle se envaró.

—¿Qué diablos te pasa?

—Quiero un cuarto para mi sola —le dijo Josleen.

—¡Y un cuerno!

—Insisto en ello McFersson.

Él se quiso afianzar en su idea de que todo era un juego para seducirle. Una buena bronca y después una mejor reconciliación.

—No hay habitaciones libres, señora mía.

—Dudo mucho que eso sea cierto en una torre como esta. Búscala.

Su insistencia comenzó a irritarle. Se quitó la chaquetilla y cuando la emprendió con la camisa dijo:

—Sólo quedan libres algunas mazmorras y no me imagino que quieras...

—Una mazmorra, entonces —cortó Josleen—. La soportaré hasta que Wain venga a buscarme.

Kyle la miró como si estuviera loca, como si acabara de confirmar que el mundo había desaparecido por completo. ¿Qué mosca le había picado?

—No estás en tus cabales.

Josleen, irritada ante su pasividad se arrojó hacia él y trató de golpearle. Acabó atrapada entre sus brazos.

—Quiero salir de este cuarto, McFersson.

—¿Se te ha olvidado mi nombre? Esta mañana lo pronunciabas con mucho ardor, mujer.

—Esta mañana —dijo ella entre dientes, notando el bochorno al recordar que habían estado revolcándose como posesos sobre la cama— no tenía las ideas claras.

—¿Y ahora sí? —gritó él— ¿Pidiendo una celda?

—¡Cualquier sitio en el que no estés tú, maldito seas mil veces!

Kyle la soltó como si quemara. Parpadeó, sin entender qué demonios había sucedido para que ella hubiera cambiado tan repentinamente. Al despertar, con el cuerpo delgado y cálido de Josleen junto al suyo, una fiebre de deseo le atacó sin piedad. Había comenzado a acariciar su espalda desnuda y ella, medio en sueños medio despierta, gimió y se entregó a sus besos. Se unieron de un modo salvaje y él había partido de caza de un humor inmejorable. Cada instante del día deseó reunirse de nuevo con aquella mujer que le había robado el alma. Sin embargo, ahora se le mostraba como una arpía, deseosa de perderle de vista.

—Te quedarás aquí. Punto —dijo con voz ronca.

—Entonces tú te irás a otro lado.

—Ni lo sueñes, princesa. La torre es mía, el cuarto es mío y lo que hay dentro me pertenece y no voy a dejarlo.

—Llévate tus baúles entonces. Y tu cama —se le enfrentó—. Yo puedo dormir en el suelo.

Kyle encajó los dientes y trató de ser paciente.

—Me refiero a ti, Josleen.

—¡Yo no te pertenezco!

—¡No me ha parecido eso cuando te he hecho el amor!

La joven le miró fijamente y luego se echó a reír.

—¡Amor! ¿Qué puede saber un hombre como tú de amor? Alguien que no se preocupa de las necesidades de su madre, que no atiende a su hijo cuando éste desea más que nada en el mundo estar a tu lado. ¡Pero dices que a mí me haces el amor! —quiso soltar una carcajada pero le salió un gemido de agonía— ¡Eres como un pavo real, orgulloso de sus plumas, pero al que no le importa si el suelo que pisa está lleno de excrementos! No, McFersson. Tú no me haces el amor. Sólo me utilizas para que caliente tu cama y sacie tu verga. Por eso prefiero una mazmorra que seguir en este cuarto.

Una nube roja arrasó la cordura de Kyle. El deseo de agarrarla del cuello y zarandearla para hacerla entrar en razón fue tan fuerte que incluso dio un paso hacia ella. La mirada de odio que Josleen le regaló acabó por derrotarle. Ya había pasado por eso otra vez y no estaba dispuesto a

que se repitiera. De modo que su furia también estalló.

—¡Sea, entonces! Tendrás lo que quieres, mujer. ¡Y que el diablo te lleve! —de dos zancadas llegó a la puerta y la abrió golpeando el muro— ¡¡Seil!!

A la carrera, un hombre de aspecto imponente se acercó.

—Lleva a la prisionera McDurney a las mazmorras.

La orden de Kyle le dejó mudo.

—¿No has oído lo que dije?

—Claro, laird, pero...

—Que ocupe la que está al lado de su escolta —miró a la muchacha y se encogió de hombros—. Imagino que, al menos, me aceptarás esa concesión.

Josleen sintió el sabor de la hiel en la garganta. Se había enamorado de aquel imbécil, pero quedaba claro que él no lo estaba de ella. De acuerdo que le había gritado, que le había insultado y dicho cosas atroces, pero podía haber intentado calmarla, demostrarla que la quería. Sin embargo apenas había hecho falta una discusión para que él la alejara. Soportó las ganas de pedirle perdón porque deseaba, más que nada en el mundo hacerlo y volver a estar entre sus brazos. Así que, asintió con gesto seco y pasó a su lado con aires de reina destronada sin siquiera mirarle.

—Seil, lleva su baúl. Seguramente nuestra "invitada" deseará cambiarse de ropa para las cuatro paredes de su celda.

Josleen estuvo a punto de echarse a llorar. Pero no lo hizo.

Capítulo 32

—¿Que has hecho qué?!

El grito de Duncan cuando James le dijo al oído lo que se rumoreaba por toda la torre hizo dar un respingo a uno de los criados. Como consecuencia, una bandeja de cuencos de avena para el desayuno se fue al suelo. Kyle miró a su hermano pequeño con ánimos de asesinarle.

—Modera tus gritos o vete, Duncan.

—¿Por el amor de Dios, James me ha dicho que has mandado encerrar a Josleen en una mazmorra! ¿Como quieres que no grite?

—Me molestan los rebuznos —dijo Kyle sin desear entrar en más detalles.

—De acuerdo, te fastidian mis rebuznos, pero no me has contestado. ¿Josleen ha pasado toda la noche en una mazmorra? ¿Es cierto?

Evelyna miraba a Kyle con adoración. Si era cierto lo que acababa de decir Duncan su problema había quedado solucionado. La zorra McDurney había ido a parar donde se merecía y ella volvería a ocupar su puesto sin necesidad de arriesgarse con un asesinato.

Malcom lanzó una mirada siniestra a su padre. Sabía que él debía hacer a veces cosas que desagradaban a los demás, cuando castigaba a alguien por portarse mal, pero no llegaba a entender qué había podido hacer Josleen para ser castigada.

En cuanto a Elaine, no levantó la vista de su plato, pero apretó con tanta furia el trozo de pan que éste se deshizo sobre la mesa.

—Es cierto —acabó asintiendo Kyle—. La he enviado a una mazmorra, junto a sus camaradas.

—¿Por qué, por todos los dioses celtas?

—Ella lo pidió.

—¿Lo pidió? —preguntó James, también a voz en grito— ¿Lo pidió ella? ¡Hermano, serás el jefe del clan, pero eres también un capullo!

—Nadie en su sano juicio pediría una mazmorra cuando puede estar libre por todos lados —apoyó Duncan.

—¿Puedo ir a visitarla? —intervino Malcom.

—Puede que te hayas precipitado, hijo —susurró Elaine.

Kyle encajó los dientes. Luego se incorporó hecho un basilisco y golpeó la mesa con las palmas de las manos.

—¡Basta ya! —gritó, haciendo callar el aluvión de protestas—. Josleen McDurney es una

prisionera y se acabó. Está en el lugar que le corresponde.

—Hasta ahora ese lugar era tu cuarto —dijo el pequeño Malcom con aire inocente.

—Vamos, cariño —intervino Evelyn, tan radiante que hasta debía haber engordado unos kilos al enterarse de la noticia—. Tu papá ha hecho lo correcto y no debemos poner en tela de juicio sus decisiones. A fin de cuentas, esa mujer debería haber estado desde el principio en una celda, de modo que... Imagino que se habrá llevado un disgusto al verse privada de las comodidades —se acercó a Kyle y le acarició el brazo—. Ya sabes que estoy dispuesta a volver cuando quieras, cariño. A mí me parece bien que hayas decidido castigar a esa perra.

Kyle le lanzó otra mirada siniestra. Odiaba quedar como un ogro cuando la culpa no había sido suya, pero le dolía más que todos pensar que estaba castigando a Josleen.

—Josleen prefirió una mazmorra a mi cama, Evelyn. Yo no la castigué. No ha hecho más que proporcionarme placer, de modo que ¿por qué iba a hacerlo? —miró al resto— ¿Estáis satisfechos?

Antes de que nadie respondiese, salió del comedor a largas zancadas.

—Va a coger una curda impresionante —dijo James.

—Yo en su lugar haría lo mismo —asintió Duncan.

—¿Por qué los mayores lo arreglan todo con whisky? —quiso saber Malcom.

Elaine tomó al pequeño y lo puso sobre sus rodillas mientras Evelyn se marchaba hecha una fiera. La mujer regaló una mirada de pena a la joven. Realmente la tenía lástima, porque ella había adivinado desde hacía días que su hijo estaba enamorado como un becerro de Josleen y ni Evelyn, ni nadie, podría arrancarle ya de los brazos de aquella McDurney altiva pero encantadora.

—Cielo —le dijo al pequeño—, te falta mucho aún para entender todas las tonterías que hacen los adultos. Hasta yo, con lo vieja que soy, aún no lo comprendo.

—Tú no eres vieja, abuela. Eres la mujer más guapa de la tierra. Serman lo dice, se lo he escuchado.

Elaine se atragantó. Se puso roja como la grana.

James y Duncan, al ver su reacción, prorrumpieron en carcajadas.

Òï Òï Òï

Josleen había lamentado ya un millón de veces su terquedad. Perder los nervios la había llevado a pasar aquella larga noche en la celda. Aunque estaba medianamente limpia y había podido conversar a través de las rejas del ventanuco con Verter y los demás, la estancia allí se le hizo insoportable.

Aún así, soportaría cualquier cosa con tal de no caer de nuevo bajo el embrujo de Kyle. No podía rendirse, simplemente. Su orgullo valía más que cualquier comodidad.

Pero durante aquella noche no sólo echó en falta el calor de las mantas en la cama de Kyle, sino el calor de su cuerpo. Kyle solía dormirse abrazándola por la espalda, poniendo una de sus musculosas piernas sobre las de ella; en aquella postura se entregaban al sueño reparador, casi siempre después de una batalla de pasión.

Al recordar los labios de Kyle, sus caricias, su cuerpo cálido y dorado, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Josleen.

La voz de Verter la hizo volver a la realidad. A la realidad de su confinamiento, de su celda.

—Sigo aquí —contestó.

—¿Has descansado algo?

—Como un bebé —mintió con descaro.

Verter guardó un profundo silencio.

—Voy a arrancar al maldito McFersson lo que tiene de hombre y lo quemaré como ofrenda a los dioses —gruñó el guerrero—. Encerrarte aquí no tiene...

—Verter, ya te dije que yo se lo exigí. No debes reprocharle nada a él.

—¡Aunque así hubiese sido, cosa que dudo! ¿Qué hombre que se precie encierra a la hermana de Wain McDurney en una condenada mazmorra? Lo mataré por eso.

—No insistas, por favor —pidió ella con voz cansada—. ¿A qué hora traen el desayuno?

—¿Tienes hambre?

—Anoche no cené.

—¿No te dio de cenar el muy bastardo? —estalló Verter sacudiendo los barrotes de su puerta — ¡Lo mataré!

Josleen estalló en nerviosas carcajadas al escucharle barruntar de nuevo. Verter parecía inagotable en cuanto a maldecir o amenazar.

—Déjalo ya, amigo mío—. Lo vas a matar tantas veces que no podrás hacerlo con una sola existencia y tendrás que vivir varias veces para poder cumplir tus amenazas.

Verter se calló pero luego le escuchó reír.

La puerta que accedía a la primera galería de mazmorras se abrió y un par de hombres entraron empujando un carrito lleno de cuencos, hogazas de pan y odres de agua. Josleen se aupó hasta los barrotes al percibir el olor de la comida. Lo cierto era que estaba famélica.

Uno de los guardianes la ordenó que se alejase hasta el fondo de la celda antes de abrir y dejar su comida en el suelo. Justo cuando abría la puerta de la celda, una voz imperiosa ladró haciendo respingar al carcelero.

—¡Aparta esa bazofia, Segmun! —ella identificó de inmediato la voz de James y se atrevió a llegar hasta la puerta.

—Buenos días, princesa —saludó el joven, sonriente—. Duncan y yo pensamos que no te agradecería el desayuno de los reclusos y hemos robado algo de las cocinas.

James le mostró un plato en el que llevaba un ave asada. Duncan, a su lado, adelantó una jarra de vino y un enorme trozo de pastel. Josleen se echó a reír, con los ojos enceguecidos por lágrimas de agradecimiento.

—Sois muy amables, pero ¿acaso vuestro hermano os ha dado permiso para traer esto a vuestra enemiga?

—¡Ese mastuerzo! —gruñó Duncan, entrando en la celda como si estuviese en su propio cuarto — Vamos, ven a desayunar. Liria dijo que anoche retiró tu bandeja intacta. Te había preparado el pastel antes de enterarse de que ese gilipollas que tenemos por hermano te había encerrado aquí abajo. Nos lo dió ella. Ya sabes que te estima. ¿Y vosotros a qué esperáis? —les increpó a los dos carceleros que les miraban absortos. De inmediato comenzaron a pasar la comida a la celda de los hombres.

Duncan y James se acomodaron en el borde del camastro.

—Poneros cómodos, por favor —bromeó Josleen.

—No seas irónica, princesa. Siéntate y come —dijo James—. Estás flaca como una rama. Y el ave se enfrió.

—¿Compartiréis mi desayuno?

—Ya hemos desayunado.

—Pero si insistes —sonrió Duncan arrancando un muslo doradito.

—¡Duncan, por Dios, sólo piensas en comer!

Josleen, divertida a pesar de todas sus penurias, se sentó en el único taburete que había en la celda, dispuesta a disfrutar del desayuno y de la compañía. Pensó que aquellos dos no eran tan necios como parecían y que tenían buen corazón. Pero no había engullido el primer bocado cuando la voz airada de Elaine les hizo volverse a los tres.

—Malcom, cariño, no corras; el suelo está resbaladizo y puedes hacerte daño.

Escucharon el saludo nervioso de los guardianes cuando la señora de Stone Tower irrumpió en las mazmorras precedida del hijo del jefe del clan. Un segundo después, Elaine asomaba por la puerta, con Malcom a la zaga. Se quedaron parados al ver a los otros.

—¡James! ¡Duncan! ¿Qué hacéis aquí?

—Se nos han adelantado, abuela —gruñó Malcom, haciendo un gesto de fastidio tan idéntico al de su padre que a Josleen se le encogió el corazón.

—Ya lo veo. Ave, vino y pastel —dijo mostrando la bandeja que ella traía en las manos y que contenía exactamente lo mismo—. Pero nosotros hemos traído leche en lugar de vino.

Algunas risas inundaron la celda de Verter y Josleen se aguantó la risa. Oh, Dios, nunca había conocido a gente igual. Allí no había control. Cada uno de ellos se saltaba las normas cómo y cuando les apetecía.

—Es mucho para mí sola —dijo, secándose las lágrimas—, de modo que... ¿qué os parece si hacemos algo así como un desayuno campestre?

—¡Pero si no estamos en el campo!

—Calla, mocososo —rió fuerte James—, y busca algo donde sentarte. Este va a resultar el desayuno más entretenido de toda mi vida.

Entre risas y bromas, dieron buena cuenta de todo. Al acabar, todos parecían remisos a marcharse. Elaine puso su mano en el hombro de Josleen.

—¿De veras no quieres salir de aquí, niña?

—Creo que no —mintió—. Estoy mejor lejos de él.

—Pero, hija...

—No insista, Elaine, se lo ruego. Haría más difícil mi decisión.

—Como quieras —suspiró la madre de Kyle—. Me encargaré de que tengas buena comida y algo más confortable que ese apestoso camastro.

Josleen asintió sin decir palabra por miedo a prorrumpir en sollozos. Se agachó y dió un beso en la mejilla de Malcom.

—¿Y nosotros? —protestó Duncan.

Ella les sonrió con dulzura y regaló otro beso a cada uno de los tíos del pequeño. De repente, sintió que aquellos maleducados muchachos, que el niño, que incluso Elaine, podrían formar parte de su familia, y ya no pudo aguantar las lágrimas. Se abrazó a la mujer y ella la reconfortó lo mejor que pudo acunándola como a una chiquilla.

Cuando los cuatro se marchaban, se escuchó el bramido de Verter:

—¡Señora, dígame a su condenado hijo, que voy a arrancarle las tripas y secarlas al sol en cuanto me lo eche a la cara!

Tanto a Verter como a Josleen les asombró la apagada respuesta de la dama.

—Y le estaría bien empleado, por idiota.

Capítulo 33

Kyle dio una vuelta en el lecho, calculó mal y se estrelló contra el duro suelo. Se levantó soltando una retahíla de obscenidades. Cuando el sol que entraba por el ventanal le dio en los ojos hizo un gesto de dolor y volvió a maldecir a voz en cuello.

La noche anterior había cogido un odre de whisky, se había largado de Stone Tower, buscado un lugar apartado y había bebido como un condenado imbécil. Ni siquiera recordaba cómo había regresado a su cuarto.

Lo que sí recordaba con nitidez era que lo había encontrado vacío. Que Josleen estaba encerrada en una celda por propia voluntad y que él no podía tenerla en sus brazos. Gritó, pidiendo más bebida. No sabía si alguien se la proporcionó o la había conseguido él, pero a los pies de la cama había una jarra vacía. Le estallaba la cabeza, tenía la boca seca y con seguridad le saldría un cardenal por caerse del lecho. Estaba claro que había cogido una borrachera de campeonato.

No se emborrachaba de aquel modo desde aquel día en que Malcom le preguntó por Muriel y él escapó de Stone Tower. El día en que acabó prisionero de los condenados McFersson. El día en que ¡maldito fuese! había conocido a Josleen.

Llevándose las manos a la cabeza y moviéndose despacio, salió fuera. El alarido de James, llamándole, le hizo proferir un gemido de dolor y se encogió, apoyado en la barandilla que daba al patio.

James llegó a la carrera.

—Kyle, un grupo de...

—Cállate, por Dios —suplicó.

James observó a su hermano mayor, al laird del clan, al hombre capaz de arrancarle la cabeza a cualquier guerrero, y sonrió de oreja a oreja al ver su lamentable estado. Lejos de sentir lástima, le arreó una palmada en la espalda en señal de saludo y se regocijó al escucharle sollozar.

—¿Dormiste bien, hermano?

Kyle estaba a punto de vomitar por la sacudida y el dolor de la cabeza se tornó insoportable.

—Dios...

—Ya veo que no —dijo James.

—Por tu vida, guarda silencio —le pidió Kyle.

James aguantó la risa y dijo:

—Un grupo de mujeres quiere hablar contigo.

—No quiero recibir ahora a nadie —susurró—. Trae algo de beber, James, muchacho. Tengo una resaca de mil diablos.

—Tu deber como laird es atenderlas...

—¡Por todos los dioses, James, no estoy para...! —su propio grito le hizo encogerse y caer de rodillas— ¡Oh, joder! —esperaba que su hermano le quitase de encima la obligación de atender a aquellas comitiva de mujeres, sólo el diablo sabía qué querían ahora pedir, pero el otro parecía muy divertido con su espantoso estado y poco dispuesto a hacerle el favor, de modo que le miró echando chispas por los ojos—. Dame al menos una hora.

—Media.

—James...

—Nadie te dijo que accedieses a hacer algo tan estúpido como meter a esa muchacha en una celda. Nadie, por tanto, es culpable, más que tú, de tu borrachera. No, hermano, no voy a darte más de media hora; las mujeres parecen muy interesadas en verte y yo no tengo la obligación de atenderlas.

Le hubiese matado.

Le hubiese arrancado la cabeza.

Le hubiese...

Qué demonios, tenía razón, se dijo. Él y sólo él, era culpable de lo que estaba sufriendo. Asintió con cansancio.

—Pide al menos que me preparen un baño. En el cuarto adjunto a la cocina. Por favor.

—Dalo por hecho.

James se alejó para hablar con el grupo de mujeres.

Tan pronto llegó a las dependencias inferiores, buscó algo de beber. Sabía por propia experiencia que una resaca se quitaba con algo fuerte. Encontró un excelente brandy inglés que sólo Dios sabía quien lo había llevado a la torre y bebió largamente de la botella. El alcohol le cayó en el estómago como una piedra. Al principio no pareció causarle efecto, pero un minuto después hubo de salir a escape y vomitó hasta la primera cerveza que se echase al gatzate años atrás. Pero luego se sintió mejorado y aunque el dolor de cabeza no había remitido lo más mínimo, al menos su estómago no era un saltimbanqui y sus ideas comenzaron a despejarse.

Se bañó con rapidez y luego esperó en el salón principal hasta que James apareció con las mujeres.

Kyle las miró deseando que desapareciesen de un plumazo, pero trató de comportarse como correspondía.

Eran diez. La que tomó la palabra era Helen Garren, la mujer del herrero.

—Milord —dijo ella con voz fuerte, haciendo que Kyle se encogiese ligeramente—, deseamos pedirnos un favor —él asintió, sin ánimos de abrir la boca—. Nos gustaría que la muchacha McDurney enseñara a nadar a algunos de nuestros hijos.

La petición hizo que Kyle parpadease. Tragó con dificultad y objetó:

—Cualquiera de vuestros hombres puede hacerlo. Imagino que más de uno sabrá nadar.

—No son demasiados, laird. Y ellos tienen otras tareas que atender o no están por la labor. Por eso hemos pensado en la dama.

—Ya.

—La laguna de Chilly sería un lugar perfecto.

Kyle meditó un momento. Y estuvo a punto de besar a la mujer, porque acababa de darle una magnífica excusa para poder sacar a Josleen de la celda. Aunque desde luego pensaba hacerla pagar su cabezonería y su propio malestar. Pero no sería hasta el día siguiente. No. Una noche más en la mazmorra la haría recapacitar.

—No puedo afirmar que aceptará.

—Estamos seguras de que lo hará, laird. La hemos observado desde que la trajisteis. Sólo tendréis que decirle que con ello evitará que suceda lo del otro día.

Kyle asintió. Helen hizo una ligera inclinación con la rodilla derecha y con un gesto autoritario indicó a las demás que la audiencia había finalizado.

James se aproximó a su hermano cuando todas hubieron salido y se sentó a su lado.

—¿Qué vas a hacer? No será lógico que la mujer que enseñe a nuestros cachorros a nadar, siga durmiendo en una celda.

—Púdrete, hermano —gruñó Kyle.

El laird de Stone Tower llevó a cabo su palabra de no ir a buscar a Josleen aquel día. Una dura batalla para él, porque además de estar deseando tener de nuevo a la joven, todos y cada uno de los miembros de la torre le hicieron el vacío aquella noche. A la hora de la cena, James y Duncan, al ver que Josleen no estaba en el salón, buscaron una excusa y se marcharon. Kyle fue incapaz de prohibirles nada, y casi lo agradeció, conociendo como conocía a aquellos dos. Sin embargo, la trivial excusa de su madre para ausentarse también de la mesa un segundo antes de que comenzasen a servir las viandas, le escoció como un chorro de vinagre en una herida. Sobre todo, porque la mujer se llevó consigo a Malcom y el pequeño pareció incluso satisfecho de alejarse de su progenitor.

Kyle hubiera dado cualquier cosa por tener compañía aquella noche. Incluso hubiese aceptado de buen grado la presencia de Evelynna, pero la muchacha ni se personó en la torre, dolida sin lugar a dudas por sus desplantes.

Por si el desprecio de su propia familia fuese poco, los criados se sumaron a la rebelión sirviéndole una cena fría y sosa que no le habrían dado ni a un pordiosero y un vino aguado. Cató un muslo de ave y lo devolvió a la bandeja, asqueado y malhumorado.

Reclinado en el asiento y sin ganas de probar bocado, Kyle pensó seriamente en lo que estaba sucediendo en su mundo desde la aparición de la hermana de Wain. Aquella muchacha había conseguido poner todo patas arriba sin siquiera mover una ceja. Sin duda hubiese sido un gran líder de haber nacido varón, porque tenía el coraje de un guerrero, la mirada de un valiente y la sensibilidad de una mujer, combinación francamente diabólica para un hombre como él, acostumbrado a hacerse obedecer con una simple mirada. Josleen había conseguido que James y Duncan se portaran decentemente, que Malcom estuviera más ilusionado de lo que le había visto jamás, y lo que era más importante, que su madre sonriese. No la había visto sonreír desde que enviudó. Amén de todo eso, las mujeres del clan la solicitaban como profesora deseando poner la vida de sus críos en sus manos, a pesar de saber que pertenecía a un clan con el que la enemistad duraba desde tiempos de su bisabuelo. Y los criados la adoraban.

Retiraron las bandejas intactas. Kyle bajó a las cocinas, donde Liria le regaló una mirada airada y no le dirigió la palabra, buscó una jarra de whisky y, mirando críticamente la vasija, se dijo que una borrachera más carecía de importancia. A fin de cuentas, nadie parecía desear su compañía y Josleen estaba en una celda. ¿Qué otra cosa podía hacer un hombre en aquella

situación, sino beber?

Capítulo 34

A pesar del whisky no consiguió pegar un ojo en toda la noche y tan pronto clareó decidió que la tozudez de Josleen había durado ya suficiente. Y la suya también. Si ella quería permanecer en una mazmorra, él no iba a consentirlo. Necesitaba regresarla a su habitación, a su cama. Y acabar con el desdén que le regalaba cada miembro del clan cuando se cruzaba con él.

La sorpresa que se llevó cuando le abrieron la puerta de la celda fue mayúscula. Observó todo con ojos muy abiertos y se dijo que si aquel lugar había sido en alguna ocasión una maloliente mazmorra, él debía ser el rey de la cochina Inglaterra.

Josleen no sólo tenía un colchón de lana bien mullida sobre el estrecho catre, sino sábanas y mantas, una palangana, una jofaina con agua fresca y una mesa con viandas recién cocinadas. Desde luego, mucho mejores que las que le sirviesen a él la noche anterior.

Soltó una blasfemia entre dientes.

Ella, que no esperaba verle, irguió el mentón con gesto orgulloso, aunque repentinamente insegura. Ahora, él ordenaría que se llevaran todos y cada uno de los utensilios que Elaine había ordenado bajar a la celda. No era sino una prisionera y era lo normal. Sólo esperaba que la mujer no fuese castigada por haber tratado de hacer su estancia más confortable.

Kyle fue incapaz de hablar. Estaba tan hermosa y lozana como si acabara de pasar la noche en un colchón de plumas de ganso. Cualquiera otra mujer, después de haber estado encerrada allí, habría suplicado su libertad. Pero no Josleen McDurney. Aquella muchacha tenía madera, por todos los diablos.

—¡¡McFersson!! ¡Si estás ahí, acércate a vernos el culo! —se escuchó el bramido de Verter desde la otra celda.

Kyle encajó los dientes. Los latidos de su cabeza no soportaban aún los gritos y comenzó a pensar muy en serio sacar a aquel jodido McDurney y colgarle de un árbol. De todos modos, dando un vistazo a Josleen se encaminó hacia la otra mazmorra y se asomó al ventano enrejado.

—¿Qué quieres, escoria?

—Ver la cara del hombre que se ha atrevido a encerrar a mi señora en una celda —repuso el otro—. Para que no se me olvide cuando te atravesase con mi espada.

Kyle cerró los ojos y agachó la cabeza para que no le viesen sonreír. Aquel bravucón le hacía gracia en realidad. No cesaba nunca de amenazarle. Tan cabezota como la propia Josleen.

—¿Me has escuchado? —tronó de nuevo Verter.

—Te he escuchado, sí. Hasta un sordo lo haría.

—Entonces estás avisado McFersson.

Kyle suspiró y asintió, dándole la espalda.

—¡¡Si te acercas a ella, demonio, voy a...!!

—¡¡Si sigues rebuznando, Verter, acabarás con mi paciencia!! —gritó Kyle, desesperado.

—¿Y qué harás, jodido bastardo? ¿Matarme?

Ya en la puerta de Josleen, Kyle sacudió la cabeza y murmuró casi en tono bajo:

—Mandaré que te corten la lengua, lo juro.

La amenaza fue un jarro de agua fría para Verter, que guardó un silencio sepulcral. Josleen no pudo reprimir la risa y Kyle vió, como en un sueño, trasfigurarse su rostro. Sus ojos, convertidos en dos lagos azul verdoso, acabaron arrasados por las lágrimas. Cuando se le pasó el ataque de risa y le miró, no pudo hacer otra cosa que sonreírla.

—De verás que lo haré —dijo—. Me tiene harto.

Josleen carraspeó, se enjuagó las lágrimas con los dedos y se mantuvo a distancia. El trozo de cielo que se veía desde el corte infringido en el techo era terriblemente azul y ella deseó poder volver a sentir el calor del sol en sus mejillas. Pero no iba a ceder ni un palmo. Su orgullo no la permitía...

—Quiero que salgas de aquí.

La petición de Kyle la hizo girar en redondo. Supo que él lo decía en serio, que no era una broma o un capricho. Le observó con detenimiento y se preguntó qué habría estado haciendo desde que la bajó a la celda. Daba la impresión de haber peleado con varios hombres, estaba sin afeitarse, e incluso hubiese jurado que no había dormido. Las oscuras ojeras alrededor de sus ojos dorados eran clara evidencia de cansancio.

—Yo no, McFersson —repuso, volviéndole la espalda.

Los dientes de Kyle rechinaron de tal modo que ella lo escuchó. Esperó un nuevo ruego, hubiese adorado escucharle suplicar. Kyle no dijo nada y ella aguardó en vano.

De pronto, dos fuertes brazos la alzaron y la echaron sobre un hombro duro como el granito. Entonces gritó y pateó, pero Kyle la tenía bien sujeta y ya salía a grandes zancadas.

—¡Suéltame!

—Ni lo sueñe, señora mía.

—¡Suéltame, te digo!

Kyle cruzó frente a la celda de los hombres y escuchó un graznido general cuando los del clan McDurney se dieron cuenta de lo que sucedía.

—¡Maldito cabrón!

—¡Deja a la muchacha!

—¡McFersson, voy a matarte! —se escuchó el bramido inconfundible de Verter.

Kyle frenó sus largos pasos y se giró, con supreciado cargamento al hombro. Su mirada fue un relámpago al mirar el rostro de Verter tras las rejas del ventano.

—Primero protestas porque la dejo en una celda. Ahora porque la saco. ¡Quién te entiende, hombre!

—¡Ella no quiero ir contigo!

—¡Me importa un bledo lo que ella quiera! ¡Y dos lo que queráis vosotros! Recordad que sois mis prisioneros y que aún puedo decidir prescindir de un suculento rescate y mandar que os cuelguen a todos. Pero Josleen viene conmigo.

—¡Te mataré! ¡Te sacaré las entrañas y...!
—¡Cállate de una vez o acabarás en una celda, solo y amordazado!
—¡De todos modos te sacaré las tripas! —se desgañitó el otro.
Kyle se alejó rumiando un:
—Vete al infierno.

òï òï òï

Hubo de luchar a brazo partido con ella cuando la depositó en el suelo, porque parecía obsesionada en arrancarle los ojos de la cara y lo intentó enconadamente. Sólo después de zarandearla con fuerza de los hombros y gritarle por dos veces que las mujeres habían pedido su ayuda, Josleen se quedó quieta. Se fue calmando poco a poco. Su pecho, su glorioso pecho pequeño y turgente, que él recordaba tan vívidamente haber saboreado, se movía acelerado por la respiración.

Kyle hubo de hacer un esfuerzo para quitar los ojos del escote y mirarla a la cara.

—¿Mi ayuda? —preguntó al fin Josleen.

—Quieren que... Preguntaron si... —carraspeó, incómodo—. Decidieron que podías ser una excelente profesora para ellos.

—¿Enseñarles?

—A nadar.

—Oh —se le encendió el rostro y tuvo deseos de besarla allí mismo, pero algunos ya les miraban intrigados por la discusión. Pelear con Josleen parecía haberse convertido en algo habitual y Kyle hubiese jurado que aquellas escaramuzas incluso divertían a los suyos. Acaso porque nunca antes conocieron a nadie que se hubiera atrevido a enfrentarse con él—. Así que quieren que les enseñe a nadar.

—Eso dijeron.

Josleen suspiró, tan profundamente, que su pecho casi escapó de los confines del escote y Kyle hubo de cerrar los ojos. Santo Dios, jamás una simple mujer, con un gesto tan sencillo como el de respirar, le había hecho sentirse así. Estaba embrujado por ella.

—El río es peligroso —la escuchó decir al cabo de un momento—. Hay corrientes.

—Existe una laguna a una milla. Ellas piensas que es el lugar ideal para que los críos aprendan. Dijeron que no te negarías —murmuró mientras veía de reojo que los mirones se congregaban ya en buen número.

—Podría negarme. Pero imagino que tienes un argumento inmejorable para convencerme —repuso ella, desdeñosa.

—Yo no. Ellas. Evitar una desgracia, como la que pudo sucederle a aquella pequeña.

Josleen alzó las cejas y le miró con detenimiento. A pesar de las profundas ojeras, su desaliño y la crecida barba de dos días, era el hombre más atractivo que jamás conoció. Su estatura, su complexión y aquel tono dorado de su cabello, sus ojos y su piel, la dejaban muda. Kyle lucía aquella mañana el kilt típico escocés y había dejado olvidados los pantalones que solía utilizar cuando salía de incursión. La tela le permitía, por tanto, ver unas piernas robustas y hermosamente formadas desde donde terminaba la tela hasta el inicio de unas cortas botas de cuero marrón. La camisa, amplia y blanca, aunque arrugada, abierta en el pecho, la dejaba admirar el vello que le cubría aquellos pectorales perfectos y duros. Sintió cosquillas en las palmas de las manos al

recordar el tacto de su cuerpo.

Acabó, como no, aceptando. Y la voz se corrió de inmediato, llegando más allá de las murallas de la torre y extendiéndose por la aldea que circundaba la colina.

Para Kyle fue un respiro que ella admitiese, además, regresar a la torre, aunque exigió otra vez una maldita habitación independiente. El accedió, pero se juró mentalmente que Josleen no dormiría aquella noche sola. Lo juró por todos sus antepasados y cuando un McFersson juraba por eso, ni el cielo ni el infierno conseguían que incumpliese su palabra.

Josleen, por descontado, no lo sabía.

Capítulo 35

Sheena caminó con paso elegante, como todo lo que hacía, hacia el hombre con el que había compartido los últimos dos años de su existencia. En realidad, con el hombre con el que había comenzado a vivir de veras, porque se sintió realmente viva cuando le conoció, a pesar de las extrañas circunstancias.

Wain la había raptado para conseguir un rescate y el sometimiento de su clan después de seis meses de constantes escaramuzas. Pero acabó haciendo una boda y una alianza que benefició a ambas partes.

El laird del clan McDurney la vio acercarse mientras entrenaba con sus hombres. La sonrió, se despistó...y le costó perder su espada en el ataque repentino de su rival y acabar con el trasero en el suelo y su orgullo malparado cuando los hombres acogieron con algarabía su derrota. Lejos de enfadarse, Wain volvió a ponerse en posición vertical, abarcó a su esposa por la estrechísima cintura y la besó en la boca. Las risas les rodearon y ella se sintió encantada. Puso una mano en el pecho poderoso de Wain y le sonrió con ternura.

—Ha venido un hombre de McCallister —le informó.

La mirada de Wain se dulcificó aún más. Aparte de Sheena, amaba a su madre y a su hermana más que a nada y aquella visita significaba que traía noticias de ellas.

—¿Le atendiste?

Ella, riendo por lo que sabía era una broma, porque era conocida como una anfitriona inmejorable a pesar de su juventud, hizo como que golpeaba el mentón de su esposo.

—No quiso más que un poco de vino.

Wain se volvió hacia sus hombres y dijo:

—Es suficiente por hoy, muchachos.

Atrayéndola por los hombros, se encaminaron hacia la torre sin dejar de dedicarse miradas tiernas. Wain se admiró de encontrarla cada vez más bonita. Su cara había adquirido un tono nacarado, sus ojos eran más luminosos y su piel se había tornado más suave, como si toda ella estuviese sufriendo una transformación. Como un pavo real, se dijo que era su amor el que la hacía estar cada día más hermosa. Poco se imaginaba que ella estaba a punto de decirle que la pócima no era otra que estar esperando un bebé. Pero primero eran sus deberes como laird del clan y la joven lo sabía, dado que Wain pensaba reunirse, como todos los años, con los clanes amigos para reforzar sus juramentos de cooperación y ayuda en caso de guerra. Para no distraerle, decidió que esperaría a que él volviese de aquella entrevista. Apenas tenía tres meses de

embarazo y aunque deseaba ver el rostro de Wain cuando supiese que iba a tener un heredero, soportaría la espera.

Wain saludó efusivamente al enviado del hombre con el que su madre había decidido compartir un segundo matrimonio. Después de ver al laird, el sujeto aceptó comida y más bebida y dió saludos en nombre de su jefe y de Alien, la madre del joven laird.

—¿Y mi hermana? —preguntó, bromeando Wain mientras saboreaba una buena jarra de cerveza— ¿Tan pronto se ha olvidado de nosotros desde que se cobija bajo las faldas de mi padrastro?

El gesto de estupor del enviado alertó a Sheena, que dejó de comer, aunque su apetito en el último mes había aumentado de forma alarmante.

—¿Vuestra hermana, laird? Casualmente lady Alien me rogó que la apurase. Lady Helen se encuentra ya en avanzado estado de gestación, de hecho está a punto de dar a luz y desea tenerla allí antes de que la criatura...

—¿Qué estas diciendo?—el bramido de Wain hizo retumbar las paredes.

Enterarse de que Josleen y sus hombres jamás llegaron a la fortaleza de los McCallister llevó a Wain menos de dos minutos. Cinco más para sacar conclusiones: dos días después de marcharse Josleen, había recibido noticias de la aldea de Mawbry de un robo de ganado y uno de los hombres juró que el grito de guerra y los tartanes de los atacantes eran McFersson. Y menos de media hora poner a todos sus hombres en pie de guerra. La voz de que lady Josleen había sido, indiscutiblemente, raptada, se extendió como pólvora por todos lados y muchos labradores, desconocedores de las armas, tomaron sus guadañas y trataron de unirse al nutrido grupo de guerreros que iba a salir en su busca.

Por fortuna, Sheena hizo entrar en razón a Wain, indicado que aquellos hombres no estaban preparados para una confrontación y él los hizo regresar a sus casas. Dejó un pequeño destacamento armado para defender Durney Tower durante su ausencia y se dispuso a partir.

Montado ya en su caballo, sintió en su pierna el tacto de una mano. Bajó la cabeza y vio los ojos llorosos de su esposa. Se agachó y la besó con dulzura en los labios.

—Seca esas lágrimas, mujer, porque voy a traer a mi hermana sana y salva —le juró.

—Tráela a ella, Wain, pero regresa también. No quiero que mi hijo nazca sin padre.

La repentina noticia de un vástago hizo brincar el corazón del joven laird, que sonrió, la alzó hasta su posición y atrapó la boca de ella.

—Tendrá a su padre y a su tía, mi amor. Te lo juro por el honor de los McDurney.

Sheena escuchó luego la voz poderosa de su marido dando instrucciones a varios hombres para que se dirigiesen al territorio de los clanes amigos y se congregasen con ellos a las orillas del río que hacía frontera con el de los McFersson. La joven les vio partir sabiendo que en menos de dos días, los McCallister y los Gowan se unirían a ellos. Suficientes hombres como para comenzar una guerra en toda regla.

Rezó para que nada le pasase a Wain. Le despidió con la mano y saludó también al tipo que iba a su derecha. Barry Moretland la miró fijamente e hizo una suave inclinación de cabeza. Había escuchado las palabras de ella anunciando al jefe del clan la venida de un heredero. Pero él sabía que Wain no regresaría de la guerra con los McFersson, porque se encargaría particularmente de ello. Había deseado aquella confrontación y por fin había llegado. Sólo esperaba que cuando llegasen a Stone Tower Josleen hubiese sido ya eliminada por aquella perra celosa de Evelynna

Megan. Entonces, no quedaría nadie salvo Sheena, a quien le sería más fácil hacer desaparecer que atravesar un río seco. O tal vez decidiese quedarse con ella porque era hermosa y no tan arisca como la hermana de Wain. Pero desde luego no se quedaría con el hijo de aquél. No, el niño debería ser eliminado apenas nacer, ya buscaría el método más sencillo. Entonces, él sería el nuevo laird de los McDurney por derecho de sangre, aunque fuese bastardo.

Capítulo 36

Al acabar la tarde, Kyle se dio cuenta de cuánto había disfrutado, simplemente, por observarla.

Josleen había conseguido hacer de aquella primera clase de natación una verdadera fiesta para los chiquillos, que gritaron, se zambulleron y rieron sin pausa. Las madres vigilaban atentamente a sus vástagos, pero animadas por el curso de la clase y por el amor y dedicación que la McDurney regalaba a cada pequeño. Tanto ellas como Josleen participaron en el jolgorio de la chiquillería y terminaron tan empapadas como los niños.

Cuando dio la primera clase por finalizada, Kyle supo que las mujeres de su clan irían a la guerra si Josleen se lo pedía. La protestona hermana de Wain se había metido a todas en el bolsillo.

No le sorprendió el modo en que la acogieron entre ellas, porque a él le había robado el corazón hacía tiempo.

Lo que le pilló desprevenido fue que corriera hacia él y le estampara un beso en la boca mientras reía y estrujaba su falda chorreando.

Y más aún le asombró, cuando al entrar en el salón, se encontró a toda la familia aguardándoles.

James y Duncan sonreían como idiotas, Elaine se había acicalado como hacía tiempo que no se arreglaba y estaba radiante y joven, mucho más joven porque sus ojos tenían un brillo de alegría que Kyle creyó perdido para siempre. En cuanto a Malcom... Parecía un hombrecito y no apartó la mirada de él, como solía a hacer con frecuencia. Para su total regocijo, el pequeño decidió que su lugar era a su lado derecho, cuando hasta entonces había preferido sentarse lo más alejado posible, protegido por las faldas de su abuela.

La cena —aquella noche caliente y jugosa— transcurrió entre bromas sobre la clase de natación y cuando surgió en la conversación el nombre de Wain, Josleen tuvo la prudencia de no sacar a colación el tema de su rescate. Si Kyle ya se sentía atraído por ella, cuando todos se marcharon y les dejaron a solas, se encontraba completamente fascinado. Por supuesto no quiso aceptar que se había enamorado y se intentó convencer de que era solamente un capricho transitorio.

En silencio, subieron las escaleras. Sin tocarse. Casi como dos extraños. Kyle, rabiando por estrecharla entre sus brazos; Josleen, agobiada por si él decidía darle una habitación particular. ¡Era un idiota! Porque al mirarle de soslayo, viéndole caminar con ese aire seguro, gatuno,

saboreando el poder que emanaba sin proponérselo, se preguntó si sería capaz de decirle que había estado equivocada y no quería ya ocupar otro maldito cuarto. Le deseaba de un modo irracional y puesto que ya había perdido su honra en su lecho, ¿tenía mucha importancia volver a caer, cuando toda ella vibraba por abrazarlo?

Kyle hizo honor a su palabra y la condujo hacia una habitación al final de la galería. Abrió la puerta y tras tomar una antorcha de la galería, entró, dejó la luz en una de las argollas de la pared e hizo un ademán invitándola a pasar. Josleen tragó saliva e inspeccionó la pieza. Sus pies estaban varados. No era un cuarto demasiado grande, pero sí cómodo. La cama era amplia, había un bonito cofre a los pies y el baúl con sus pertenencias descansaba bajo la ventana abierta, por la que entraba una suave brisa y el olor agradable e inconfundible de los brezos.

—Gracias —musitó, totalmente decepcionada.

Se volvió, extrañada de que él no dijese palabra. Y el aliento se le escapó. Kyle la miraba con los ojos cargados de deseo. Había apoyado un pie sobre el cofre y tenía los brazos cruzados sobre la rodilla. Los ojos de Josleen volaron hacia los músculos tensos y de nuevo se dio cuenta de que todo en él la embujaba. Se le secó la boca al pensar en volver a acariciar aquel cuerpo imponente, pasar sus dedos por los brazos, por el pecho medio desnudo, por las caderas y las piernas. Recordó sus prietas nalgas y casi se ahogó con su propia saliva. Todo en Kyle gritaba vitalidad y virilidad. Era puro sexo. Y ella era vulnerable, aunque no quería serlo.

Al verle sonreír le maldijo mentalmente. Era inhumano ser tan atractivo. De nuevo disculpó los celos de Evelyn y Megan, porque ella los sentía ahora con pensar que alguna otra mujer lo había tenido antes.

—¿Me darás un beso de buenas noches?

Su voz, aterciopelada y sensual, envió agujijones de deseo a su vientre. La sangre comenzó una alocada carrera por sus venas. Besarle. ¡Dioses, si era lo que estaba deseando!

—No lo creo necesario —respondió de todos modos, tratando de controlar su nerviosismo.

Kyle suspiró y su pecho se dilató tanto como las pupilas de Josleen al mirarlo. Danzarinas mariposas revolotearon en su estómago. Se hubiese lanzado de cabeza hacia él.

—Que descanses entonces, Josleen. Y gracias por hacer felices a los pequeños.

Ella asintió con un gesto y caminó tras él cuando se dirigió a la puerta, para cerrarla, llorando ya su estupidez al dejarle marchar. Kyle traspasó el umbral y ella sujetó la madera mientras aguantaba las ganas de echarse a llorar. Sabía que en cuanto cerrara aquella puerta, se echaría sobre la cama y berrearía como una mema.

Por su parte, a pesar de su aparente indiferencia, Kyle bramaba por dentro. ¿Ella iba a salirse con la suya? ¿Era tan mezquino que no podía pedirle perdón? ¿Incapaz de suplicarla que volviera a dormir con él?

Una lágrima resbaló por la mejilla de Josleen y aquella minúscula perla le obligó a reaccionar. Un segundo antes de que la puerta se le cerrara en la cara la atrapó por la cintura, la pegó a su cuerpo y bajó la cabeza. Su boca, como brasa ardiente, incendió la de Josleen. Y el fuego de la pasión les consumió otra vez a ambos en un instante, sin que ninguno pudiera escapar, sin que ninguno de los dos opusiera resistencia. El enardecimiento les enloquecía, les embriagaba, les cegaba. Ya no había nada más que la boca del otro, el cuerpo del otro. La ambición de poseerse mutuamente, de entregarse, de dejarse arrastrar por un empeño común: amarse.

Las manos masculinas estaban en todos lados: en su cara, en su nuca, en su cuello, en los

hombros, en la cintura... Llegaron a las caderas y él la apretó contra la muestra de su deseo. Las de Josleen, con vida propia, le acariciaron la espalda, apretaron sus nalgas, resbalaron por los muslos...

Incompetentes ya para escapar del incendio que arrasaba cada fibra de sus cuerpos, Kyle cerró la puerta de una patada y la tomó en brazos.

A Josleen se le olvidó la decencia y buscó, entre los dos cuerpos, su virilidad. Aunque todo acabara después, cuando la devolviese a su hermano, atesoraría aquellos momentos triunfantes y los recordaría mientras viviera. Porque ahora, era toda suya.

El lecho les recibió como un nido acolchado y ella se abandonó por entero mientras, en loco afán, empezaba a desnudarle.

Los ojos de Kyle, dorados e hipnotizantes, brillaban al mirarla.

Su boca recorrió el cuerpo de Josleen sin dejar un sólo hueco por acariciar, dejando rastros de fuego, haciéndola gemir y retorcerse. Kyle deseaba alargar el momento de la unión. Ella trató de atraerle, de sentirle hundirse en su carne, pero sus manos la retuvieron y le puso los brazos por encima de la cabeza mientras seguía besándola, mordisqueando aquí y allá, volviéndola loca.

Porque amar a McFersson sólo podía acarrearle la locura.

No pudo controlar un grito prolongado cuando el orgasmo la alcanzó como un rayo, tan pronto Kyle la penetró.

Kyle dejó que los últimos espasmos de ella le regalaran la imagen devastadora para su belleza. Su miembro le apremiaba pero consiguió mantenerse dentro de ella. Quería hacerla sentir el placer una y otra vez. Necesitaba vaciarse, pero daría la vida por hacerla sentir de nuevo el volcán de la dicha.

Josleen suspiró al regresar al mundo real y todo su cuerpo sufrió una sacudida. Le miró con ojos somnolientos. Y le sintió. Cómo no hacerlo. Era un dios pagano.

Le amó.

Le odió.

Le amó de nuevo.

Poco a poco, él empezó a embestir de nuevo su intimidad, excitándola otra vez.

—No voy a poder... —gimió.

—Podrás. Te lo dice un McFersson.

Casi se rió por aquella muestra de engreimiento.

Pero segundos después confirmó que aquel hombre no era para nada, para nada engreído, porque la volvió a llevar a las alturas. Y juntos, escaparon hacia las estrellas.

Capítulo 37

Ella se tapaba recatadamente con la sábana.

Él, por el contrario, yacía descaradamente desnudo.

Josleen sonrió y aceptó el trocito de fruta que le puso en la boca. Sintió que su corazón se derretía de amor por aquel hombre, enemigo de su clan, pero su amante.

—De modo —dijo él—, que tengo desatendidos a los míos.

Ella se sonrojó hasta la raíz del cabello. No podía decir, ciertamente, que a ella la tuviese desatendida.

—¿Podrías explicarme eso mejor? —preguntó él.

En un primer momento, no entendió, pero luego recordó las amargas palabras que le escupió durante la discusión que la llevó a solicitar una celda. Desvió la mirada.

—Tu madre debería casarse de nuevo.

Kyle alzó las cejas.

—¿Casarse? Ni siquiera parece interesarle seguir viviendo la mayoría de las veces... Salvo hoy. Estaba diferente y hermosa.

—Sin embargo, hay un hombre con el que no le importaría compartir un nuevo matrimonio —él volvió a elevar las cejas, con gesto sarcástico, lo que la irritó—. Serman Dooley.

—¡Serman!

—No grites —le tapó la boca—. Les he visto. Bueno... lo cierto es que apañé un encuentro entre los dos con una excusa tonta. Y les espí.

Kyle se olvidó de la fruta que bajara a robar de las cocinas y se recostó en el cabecero.

—¿Y...?

—Se aman. Si no escuché mal, Serman va a pedirte la mano de tu madre, como laird del clan que eres.

Se quedó callado. Un largo minuto. Y luego se rió con ganas.

—Es una idea estupenda. ¿Cómo es que no me di cuenta?

—Porque todos pensáis que tu madre es una mujer mayor, viuda y sin ganas de rehacer su vida. Yo creo —dijo Josleen, soñadora—, que Serman la ama desde siempre. No se ha casado nunca ¿no es verdad? —él negó—. Ahí lo tienes. La mira de un modo... ¿Darás tu consentimiento?

—Si mi madre le acepta por esposo, nada he de objetar. Dooley es un buen hombre. Y un inmejorable guerrero al que debo mucho.

Josleen se inclinó y le besó en los labios, que sabían a fruta y a deseo.

—Gracias.

—¿Qué pasa en cuanto a Malcom?

Ella jugueteó un momento con el borde de la sábana. No era igual decirle que su madre deseaba volver a casarse, que recriminarle tener abandonado a su hijo. Pero se lo debía al pequeño, al que había llegado a querer.

—Tu hijo quiere ser como tú. Un guerrero. Para eso necesita que se le enseñe, que se le dedique tiempo y se le expliquen las cosas.

—¡Por el infierno, es aún un bebé!

—No, Kyle. Ya no es un bebé. Tiene edad suficiente para que se le empiecen a dar oportunidades —tragó saliva al verle fruncir el ceño—. Si salieras con él alguna vez de caza...

—Podría herirse. Puede que dé la impresión de que no le quiero, porque mis obligaciones apenas me dejan tiempo para él. Sin embargo, es mi hijo y no deseo que le suceda nada malo. Tal vez cuando tenga un par de años más...

—Debe ser ahora, Kyle. Ahora, en que el muchacho te admira como a un dios, en silencio, tratando de imitarte. ¡Por Dios! Si hasta los más mínimos gestos son tuyos. ¿No te has dado cuenta? Te copia el modo de comer, de caminar, de fruncir el entrecejo. Eres tú en miniatura —le acarició el rostro para dar más énfasis a su ruego—. Si dejas que el muchacho pierda eso, no podrás recuperarlo cuando creas que ha llegado el momento.

Kyle la miró largamente, pero no abrió la boca. Se levantó del lecho y comenzó a vestirse. Josleen se lo comió con los ojos, admirando de nuevo su varonil dejadez.

—He de encargarme de un par de cosas —dijo Kyle, enfundándose una daga corta en la bota derecha—. Te veré en la cena.

Josleen ahogó un sollozo al verle dirigirse hacia la puerta. El intento de alegrar la vida del pequeño Malcom había fracasado. La baza ganada con el asunto de Elaine sabía a poco ante aquella derrota. Como siempre que no conseguía lo que se proponía, el caballo de la cólera volvió a golpearla y su voz fue casi estridente al preguntar:

—¿Una de esas cosas no será pedir de una puñetera vez el rescate a mi hermano?

A Kyle le dolió. Encajó los dientes y reprimió un taco. Entendía que ella deseara regresar a su casa, pero después de aquella noche, después de todas las noches pasadas junto a él, los celos le abrasaban viendo que quería dejarle y olvidarle. Tampoco él pudo frenar su enojo y contestó:

—Es muy posible, señora.

Cuando la puerta se cerró con estruendo tras sus anchas espaldas, Josleen se echó a llorar. Debatirse entre el deseo de volver con los suyos y el de permanecer al lado de Kyle, la estaban destrozando.

Aprovechó la mañana para pasear y pensar y aduciendo dolor de cabeza comió a solas en el cuarto de Kyle, al que habían vuelto a llevar sus pertenencias. Pero para la cena dejó de lamentarse y bajó al salón dispuesta a presentar batalla. Exigiría, de una vez por todas, que Wain fuese informado de su rapto. No podía batallar por más tiempo o acabaría loca. Era necesario escapar de allí, aunque durante el resto de su vida lo lamentaría.

Sonrió a James y a Duncan, guiñó un ojo a Elaine y acarició el cabello dorado y sedoso de Malcom cuando el niño pasó junto a ella para ocupar su lugar. Ni siquiera miró a Kyle, aparentemente ocupado en hablar con uno de sus hombres. Cuando comenzaron a servir las

viandas, Josleen se fijó en el modo en que Elaine miraba a Serman, en el extremo más alejado de la mesa. Se alegró por ellos. Al menos el condenado McFersson había cedido en ese punto.

—¡Serman!

El vozarrón del Kyle hizo levantar la mirada a todos. El aludido le miró de frente, esperando seguramente una orden, dejó de comer y medio se incorporó. El laird le indicó con la mano que volviera a sentarse.

—Creo que tienes algo que decirme.

El corazón de Josleen saltó en el pecho. A pesar de lo grande que era, Serman le pareció en ese instante un niño asustado. Rogó para que Kyle no le intimidase lo suficiente como para callar.

Por fortuna, el guerrero no era de los que se dejaban amedrentar. Ahora sí, se puso en pie y su voz sonó tan fuerte como la Kyle.

—En efecto, señor. Solicito la mano de lady Elaine.

Un murmullo de asombro recorrió el salón.

Kyle tomó un trozo de ganso, le dio un mordisco y lo masticó, manteniendo el suspense entre los presentes. Josleen empezó a golpear el suelo con el pie.

—¿A qué estabas esperando? ¿A que llegaran las lluvias? —sonrió de repente—. Madre, ¿tú estás de acuerdo?

—Sí —la mujer se levantó también, mientras su rostro se volvía del tono del melocotón y se estrujaba las manos—. Sí, hijo.

—Sea, entonces —accedió el joven—. La boda se celebrará de aquí en un mes.

Las felicitaciones y los gritos de guerra de James y Duncan atronaron a todos. Algunos bromearon con Serman, que acogió las burlas con una sonrisa de oreja a oreja, olvidando su habitual ceño fruncido. Las miradas de Josleen y Kyle se cruzaron y él se encogió de hombros, con un brillo pícaro en los ojos.

Pero si creía que Kyle había acabado, estaba equivocada. Él esperó a que las chanzas y felicitaciones se aplacaran y luego elevó la voz para decir:

—Mañana saldremos de caza, caballeros —se dirigía a sus hombres—. La despensa empieza a resentirse de vuestra glotonería —el comentario fue acogido con risas y frases de aceptación.

Josleen volvió a clavar los ojos en aquellas lagunas doradas y alzó el mentón, rebelde, dando a entender que seguía manteniendo el estandarte del muchacho en alto.

—Y tú, Malcom —Kyle se dirigió a su hijo pero no dejaba de mirarla a ella—, ¿te encuentras en condiciones de acompañarme?

El niño casi derramó su cuenco de sopa al escucharle. Le miró arrobado, como si acabasen de decirle que acababa de bajar un ángel del cielo. Se atragantó, tosió y acabó por asentir, rojo como la grana.

—Estoy dispuesto, padre.

—Estupendo —le sonrió Kyle—. Espero que puedas cazar un buen ciervo — Josleen puso los ojos en blanco—, o un jabalí.

La carita de Malcom se quedó lívida. Le miró con dudas. Su vocecita apenas se escuchó en el salón cuando preguntó:

—¿No os daría igual un conejo o una liebre, padre? Me parece que un ciervo es demasiado para una primera vez.

Kyle, sin poder remediarlo, estalló en carcajadas, y por primera vez tomó a su hijo por las

axilas y le sentó sobre su regazo. Malcom no acertó a hablar, pero su rostro irradiaba tal adoración que a Josleen le corrieron las lágrimas por las mejillas.

—Ya habéis oído, caballeros —tronó la voz del jefe del clan—. Mi hijo se encargará de los conejos. Y llevando mi sangre, os juro que tendremos para todo el invierno.

Josleen no pudo soportarlo. Si acababa estallando en llanto todos pensarían que era un tonta. Aprovechó la algarabía general y escapó de allí para desahogarse a placer.

Una zarpa atenazó el corazón de Kyle al verla salir corriendo. ¿Qué demonios había hecho mal ahora? Deseó seguirla, pero entre todos le retuvieron en el salón hasta tarde.

Kyle empujó la puerta de su habitación temiendo no encontrarla.

Josleen le esperaba, sin embargo, metida ya en la cama y apenas entró le tendió los brazos, donde él se perdió sin pensarlo dos veces.

Nunca a un hombre le agradecieron de tal modo invitar a un mocoso a una partida de caza.

Pasaron casi toda la noche haciendo el amor y a la mañana siguiente le costó un verdadero esfuerzo levantarse para salir con Malcom y los hombres.

Josleen pasó el cepillo por sus largos cabellos, algo descuidados desde que dejase Durney Tower. Era Sheena quien solía cepillárselos todas las noches y se había acostumbrado a ello, por lo que ahora que no tenía la tenía a su lado, era un trabajo que la fastidiaba.

Llamaron a la puerta.

Sonrió, pensando que Kyle y Malcom ya estaban de vuelta, aunque el sol estaba aún alto y creyó que regresarían más tarde. Abrió con una sonrisa de bienvenida en los labios.

Pero no había nadie.

Miró a un lado y otro de la galería, pero estaba desierta. Se disponía a cerrar cuando vio una nota en el suelo. Extrañada, la recogió y la leyó. La letra era grande y desigual, pero el mensaje estaba muy claro:

"Kyle no pedirá nunca rescate por ti, y no puedo ayudarte porque te vigila como un lobo. Pero tengo el modo de que, al menos, tus amigos, puedan escapar.

Ve a la torre norte a las ocho.

Te estaré esperando"

No estaba firmada.

Josleen la arrugó entre sus dedos, y pensó con celeridad. Alguien allegado a Kyle sabía que él no pensaba pedir rescate. Ella podría soportarlo, porque ya no deseaba marcharse, pero nunca aceptaría que los hombres de su hermano pasaran más tiempo prisioneros en las mazmorras de Stone Tower. De modo que si el autor de aquella nota podía ayudarles a escapar, debía actuar y rápido.

Durante el tiempo que faltaba para las ocho, se devanó los sesos pensando en quién podía ser aquella persona y los motivos para ofrecer su ayuda. Los criados la habían tomado aprecio y las mujeres de la aldea le estaban agradecidas por salvar a la niña e impartir clases a sus hijos, pero... ¿era suficiente causa para traicionar al jefe de su clan?

Capítulo 38

En las márgenes del río que hacía frontera con las tierras de los McFersson, Wain desgastaba el césped paseando nerviosamente de un lado a otro.

Uno de sus lugartenientes se le acercó y le tendió una jarra de whisky.

—Debemos esperar, laird —le dijo, al ver la mirada vidriosa de su jefe, clavada en la otra orilla de la corriente—. Los McFersson son un clan fuerte y no debemos enfrentarnos a ellos sin ayuda.

—Lo sé —gruñó Wain, bebiendo largamente—. ¡Mierda si lo sé!

—Los McCallister y los Gowan estarán aquí mañana con toda seguridad. Entonces seremos un buen número. Suficiente como para atacarles.

—¡Pasaré su torre por las armas, Teddy, lo juro! ¡No dejaré una piedra sobre otra!

—Y nosotros te ayudaremos.

El joven asintió, agradeciendo su lealtad. La rabia más sorda por el rapto de su hermana y de algunos de sus hombres había conseguido levantarle dolor de cabeza.

—Esta enemistad ha durado ya demasiado —dijo—. Desde que el bisabuelo de ese jodido McFersson asesinó al mío. Desde entonces no hemos tenido paz y ya va siendo hora de cobrar las afrentas.

—Recuerda en hace tiempo casi le partiste en dos —sonrió el otro.

—¡Pero no acabé con su vida! —ladró Wain— Ahora lo haré. Y pondré su dorada cabeza en una picota que clavaré en la puerta de Durney Tower.

Òï Òï Òï

Josleen ascendió las escaleras que daban a la torre despacio. Se preguntaba una y otra vez por qué Kyle no estaba dispuesto a pedir rescate por ella. No era lógico. Podía ser cuantioso y su hermano estaría dispuesto a pagar lo que fuera por recuperarla a ella, a Verter y a los demás. Nadie en su sano juicio despreciaría aquella transacción.

Cuando llegó arriba, la explanada de la almena se le antojó un lugar inhóspito. Hasta ese momento no había subido allí y ahora veía que estaba en obras.

Tratando de pisar con cuidado, se identificó, esperando ver a quien le enviase la nota. Pero nadie contestó.

Estuvo a punto de tropezar cuando su pie topó en una viga de madera cruzada en el suelo. Sofocó una exclamación y se agarró a otra de las vigas. Justo en ese instante, el suelo cedió bajo

sus pies y Josleen dejó escapar un grito de terror. Las tablas que componían el suelo estaban tan podridas que chascaron al soportar su peso. De nada sirvió el liviano agarradero al que se aferró y se precipitó al vacío mientras veía por el rabillo del ojo unos cabellos largos y negros y escuchaba una risa que identificó de inmediato con Evelyn Megan.

Òï Òï Òï

Liria la incorporó ligeramente y la obligó a beber. Luego, regresó el lastimado cuerpo de Josleen sobre los almohadones, recogió sus cosas y se dirigió a la puerta. Antes de salir se volvió y miró a su laird. Nunca había visto al joven en tan lamentable estado. Ni siquiera cuando su esposa, Muriel, maldijo al hombre y su hijo recién nacido. Ni siquiera cuando estuvo a punto de morir bajo la espada de Wain McDurney.

Kyle había estado dando vueltas por el cuarto, desgastando el suelo en un vano intento de calmarse. Había sido terror lo que sintió cuando, al regresar de la partida de caza, le anunciaron que Josleen había tenido un accidente. Fue Elaine quien le puso al tanto de los hechos y desde entonces estaba como loco.

Josleen había caído desde una altura considerable y la viga que se precipitó sobre ella duplicó el golpe. Tenía cardenales en todo el cuerpo y un enorme moratón en la sien derecha.

Cuando preguntó a Liria, la cocinera se encogió de hombros, llorosa. El pavor más absoluto se alojó en él. Desde ese instante no había querido comer ni dormir y había permanecido junto a la muchacha, rezando por su recuperación.

—No sentirá dolor —le dijo dicho Liria en voz baja—. La pócima que le he administrado la hará dormir.

Kyle miró a la criada sin verla y asintió. Con la barba crecida y las ropas arrugadas parecía un demente, pero no quiso salir de allí. No podía dejarla sola cuando tal vez podía morir y... Cerró los ojos y un gemido de desesperación se le escapó. La caída podía haber matado a un hombre y Josleen era una muchacha frágil. No había despertado más que un instante desde el accidente y sus ojos terriblemente azules, velados por el dolor, provocaron en él una angustia infinita. Por fortuna, había vuelto a desmayarse. Y él estaba agarrotado, temiendo que no despertase de nuevo.

Se acercó al lecho y la miró. Un mar de emociones le azotó sin piedad al ver su rostro, ahora pálido. Un nudo en la garganta le dificultaba respirar. Algo resbaló por su mejilla y alzó la mano para quitarlo. Sólo entonces se dio cuenta de que estaba llorando. No recordaba cuándo lloró por última vez. Ni siquiera recordaba haberlo hecho.

Josleen se removió y dejó escapar un gemido dolorido. Kyle se arrodilló junto al lecho y tomó una de sus manos entre las suyas. Su debilidad le hizo sentirse miserable. El tenía la culpa de que ella estuviera a las puertas de la muerte. Si no la hubiera raptado, si la hubiera dejado seguir su camino, si no...

—¿Papá?

Kyle alzó la cabeza y miró hacia la puerta sin importarle las lágrimas que surcaban sus mejillas. Malcom le miró extrañado y se acercó a él despacio. El niño pasó un dedo por el rostro de su padre, enjuagando una lágrima.

—¿Josleen está peor? —preguntó, temblándole la barbilla.

Kyle no pudo responder.

—No quiero que se muera —dijo el niño—. No quiero que ella se vaya como se marchó mi mamá.

—No lo hará, Malcom —le aseguró con un hilo de voz—. Te lo prometo.

—Tú no lo permitirás, ¿verdad? —la vocecita desesperanzada de su hijo le hizo más daño que una espada atravesada en el pecho—. Eres el jefe del clan. El laird. No puedes dejar que muera.

¡Por los dientes de Dios! Si pudiera dar su vida por la de ella lo haría, pero todo estaba en manos del destino. Sin levantarse del suelo alargó el brazo y atrapó el cuerpecito de Malcom abrazándolo con fuerza, tratando de encontrar un poco de consuelo, aunque no le había dado mucho de sí mismo. Era posible que nunca hubiera entregado demasiado de sí mismo a nadie y por eso pagaba ahora.

—No lo permitiré, hijo. No lo permitiré. Te lo juro.

La puerta se abrió con cierto estrépito obligándoles a volverse. Serman ocupaba casi todo el vano de la puerta con su enorme corpachón y estaba lívido de furia.

—Una trampa —dijo—. Josleen fue víctima de un intento de asesinato, Kyle. Las tablas del suelo de la torre habían sido cambiadas hacía poco, ya habían reparado las podridas. Estaban serradas por la mitad.

Capítulo 39

Más de dos mil hombres atravesaron el río a una señal de Wain McDurney.

Guerreros a caballo, soldados a pie, carros cargados de alimentos, máquinas para el asalto. Los estandartes de los clanes Gowan, McCallister y McDurney se mezclaron en una sinfonía de color mientras avanzaban, dispuestos a poner sitio a Stone Tower.

Había pasado demasiado tiempo desde que los clanes de Wain y Kyle se enfrentasen por última vez; desde que sus bisabuelos se enfrentaron en duelo singular y el de Wain murió bajo la espada del otro. Desde entonces, apenas unas cuantas escaramuzas, robos de ganado y alguna choza quemada en el fragor del combate, sin bajas personales.

El rey, Jacobo, les instaba constantemente a terminar con aquella rivalidad, más aún cuando la verdadera guerra había que presentarla contra otros enemigos cercanos, pero ni uno ni otro quisieron nunca hacer las paces. Existía demasiado rencor entre ellos para acceder a un pacto. Ni siquiera se aunaron para luchar contra los ingleses, haciéndolo cada uno por su lado.

Wain sabía que su rey bien podía acabar de perder la paciencia con ellos cuando se enterara de la confrontación que se acercaba, pero no le importaba. Él tenía argumentos para defenderse. ¿Acaso el maldito McFersson no había raptado a su hermana? ¿Acaso no la había deshonrado ya, con seguridad? ¡Por los colmillos de Satanás! Estaba seguro de que Josleen ya no era virgen, sabiendo lo que se decía de Kyle. ¿No contaban que asesinó a su mujer nada más darle un hijo? Wain sabía que los rumores del populacho aumentaban y aumentaban con el tiempo y no creía todas las historias que se achacaban a Kyle McFersson, pero estaba convencido de que su hermana había sufrido a manos de aquel condenado hijo del diablo e iba a pagar con su vida y con la de todo su clan.

Conocía la fortaleza de Stone Tower. Sabía que estaba bien custodiada por las cuatro torres que circundaban la principal, que la muralla que rodeaba el bastión era alta y lisa y que los hombres del clan enemigo eran valientes y sanguinarios en la lucha. De todos modos, él contaba con sus guerreros y con los de sus aliados y pillarían al McFersson en desventaja, puesto que no sabía que iban hacia él. No podría pedir ayuda a los clanes amigos. Para cuando quisiera darse cuenta, ya habrían pasado a todos los McFersson a cuchillo y quemado hasta los cimientos del castillo. Tres días a lo sumo le bastarían para llegar a las puertas de Stone Tower, dado el abultado contingente que llevaban.

Wain pensaba que también era posible que no encontrara ya a su hermana ni a sus hombres con vida, pero Kyle pagaría cada una de aquellas muertes. Lo juró ante Dios.

Òï Òï Òï

El rostro le ardía y el dolor la hizo abrir los ojos lentamente.

—¿Qué me ha pasado?

Kyle acudió a su lado. Le temblaron las manos al tomar el amado rostro y sus labios descendieron para atrapar la boca de Josleen en un beso. Ella le empujó cuando le faltó el aire.

—Vas a ahogarme —protestó.

La carcajada de Kyle fue sincera y ella le miró como si estuviera loco. Cuando se calmó, se sentó a su lado y la colocó, de modo que su cabeza descansara sobre su rodilla. Ella suspiró, cómoda, y sonrió a medias.

—¿Cómo te encuentras?

—Como si me hubiese caído por un barranco.

—No fue exactamente por un barranco, pequeña.

—Lo sé. El golpe no me ha afectado la cabeza —se volvió un poco para mirarle y dejó un taco a medias—. Me duele.

—Liria juró que si despertabas, los dolores no durarán más de dos días con sus brebajes.

—¿Si despertaba?

Kyle tragó saliva y asintió y Josleen creyó ver miedo en sus ojos.

—Los cardenales desaparecerán. No tienes ningún hueso roto. Milagrosamente, debo decir. Podrías haberte matado.

—Tengo los huesos muy fuertes. Nunca me rompí uno. ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Dos días.

—¿Condenación! ¿Acaso no se te ocurrió despertarme?

Kyle rio con ganas. Ella era terca como un jamelgo aún cuando había estado a punto de morir. Pero el recuerdo de que alguien había intentado asesinarla, le hizo encajar los dientes y una expresión demoníaca transformó su atractivo rostro. Josleen le acarició la mejilla.

—Estás hecho un asco —le dijo—. ¿Los McFersson no saben que el agua sirve para asearse?

Kyle se inclinó y la besó otra vez. A pesar del dolor, Josleen elevó el cuerpo hacia él, deseosa de más, notando que lava encendida recorría de nuevo sus venas. Dios, pensó, ¿siempre sería igual? ¿Perdería la cabeza cada vez que él la besara?

Dos dedos aparecieron delante de sus narices, haciéndola parpadear.

—¿Cuántos hay?

—¿Qué?

—¿Cuántos dedos hay? —la voz de Kyle conllevaba cierta alarma cuando no le respondió de inmediato. Su madre y Liria habían dicho que si recuperaba la conciencia lo primero que habría de comprobar es que no veía doble o triple, porque eso podía significar que el golpe había producido algún coagulo de sangre en la cabeza y podía ser fatal—. ¿Cuántos jodidos dedos ves, Josleen?

Su desesperación la extrañaba y divertía a la vez. Desde que le conociera había deseado hacerle pagar cada uno de sus malos ratos, estar alejada de los suyos. Ahora podía tomarse una pequeña e infantil venganza.

—¿Uno? —preguntó.

Su gemido de frustración la obligó a aguantar la risa, pero al ver que tenía el rostro demudado

se asustó.

—Dos. Dos dedos, Kyle. ¡Kyle! ¿Me estás escuchando?

Kyle la miró sin estar convencido. Los ojos azules de Josleen reflejaban ahora cierto pánico. Puso cuatro dedos delante de su cara.

—¿Y ahora?

—Cuatro —no quiso bromear más.

El pareció aliviado, pero volvió a insistir y dejó el índice alzado.

—¿Cuántos?

Josleen atrapó su mano, se llevó el dedo a la boca y lo succionó eróticamente.

—¿No podríamos jugar con otras cosas? —preguntó, melosa, arrimándose a él como una gatita — Te estás poniendo pesado.

Kyle estaba asombrado. Josleen parecía recuperarse más a cada segundo. Al final acabaría creyendo que era cierto lo que se decía de los McDurney, que habían sido tocados por los ángeles al principio de la Creación. Bebió la hermosura de aquel rostro magullado. A pesar de haber estado inconsciente dos días enteros, tener un cardenal en la frente y el cabello pegado al rostro, era preciosa. Kyle pensó que seguramente era la única mujer que conseguía estar deseable estando desaseada y golpeada.

—Me temo, señora, que van a pasar unos cuantos días antes de que usted y yo podamos jugar a otra cosa que no sea cuidarte —repuso, sarcástico.

—Oh, vamos.

—Sé una buena chica y duerme. Debes reponerte del todo. Mis hermanos y Malcom se han estado pegando por ver quién te cuidaba mientras estabas inconsciente, de modo que llamaré a alguno de ellos para que haga de guardián mientras voy a adecentarme un poco —la recostó en los almohadones, la besó en la frente y caminó hacia la salida—. Una pregunta, tesoro. ¿Viste a alguien en la torre?

Ella estuvo a punto de asentir y decir que había reconocido a Evelynna Megan, pero se guardó el secreto. Aquella mujer había tratado de matarla, sí, pero no sentía odio hacia ella, sino lástima. Si ella tuviera que lidiar con una rival por el amor de Kyle, no estaba muy segura de qué cosa terrible podría hacer. Negó con la cabeza, pero apartó los ojos hacia la ventana.

—¿Fue Evelynna?

El nombre de la otra en los labios de Kyle la escoció.

—No vi a nadie —insistió.

—Josleen, acabaré sabiendo quién te tendió una trampa. Los tablonés del suelo fueron serrados, no se rompieron por accidente, ya habían sido reparados.

—Deja las cosas como están, por favor.

—Ni lo sueñes.

—Hazlo por mí, Kyle.

La miró desde la puerta, largamente, recreándose en los contornos de su rostro y en la silueta de su cuerpo bajo las sábanas. Deseaba apretar el cuello de Evelynna entre sus manos hasta que aquella zorra sacara dos metros de lengua. Presentía que era ella. No, no lo presentía solamente. Lo sabía. Algo en el corazón se lo decía. Y a pesar de todo, Josleen, aquella maravillosa criatura, no deseaba culparla, sólo Dios entendía sus motivos. Acabó asintiendo de mala gana, pero desterraría a la Megan aunque le implorara de rodillas. No quería víboras en su casa.

—Todos celebrarán tu recuperación, mi amor.

El pecho de Josleen se paró.

Mi amor. ¡La había llamado su amor! ¡Y tesoro! ¡Y quería vengarla! No había sido una frase hecha. ¡No podía ser una frase hecha! Se abrazó y rio, nerviosa. La amaba. Estaba segura ya. Aunque aquel cabezota fuera incapaz de decírselo con palabras.

James la encontró riendo cuando entró un momento después.

Capítulo 40

Las pezuñas de los caballos hollaron terreno de los McFersson levantando nubes de polvo y terrones de hierba. La venganza estaba muy cerca. Tan cerca, que Wain ya saboreaba su victoria y olía el hedor de la sangre de Kyle pudriéndose al sol.

—¡Se acercan jinetes!

McDurney se aupó sobre la montura. Si los que se acercaban eran aliados de los McFersson acabaría con ellos. Pero el color del estandarte le dejó perplejo, lo mismo que a Warren McCallister. Naranja y negro.

—¡Por los cuernos de Satanás, son mis colores! —musitó Warren mirando a su hijastro.

—¿Pediste más hombres, Warren? —se interesó Neil Gowan, el suegro del muchacho. El aludido negó en silencio—. Entonces me temo que son voluntarios. ¿O sería mejor decir voluntaria? Juraría que la que cabalga en primer lugar es una mujer.

Tanto Wain como Warren prestaron más atención a los que llegaban. Aún fiándose de la inmejorable vista de Neil —capaz de distinguir qué clase de rapaz volaba sobre un poblado estando en otro cercano—, no acabaron de creer lo que decía. Un momento después, cuando pudieron distinguir mejor a la tropa que se acercaba entre una nube de polvo, Wain lanzó un juramento, al que siguió una blasfemia por parte de McCallister.

Wain conocía a su madre. La conocía demasiado bien como para negar la evidencia. Warren, también sabía de los ataques repentinos de valor de aquella hembra con la que se casara. Ella era cabezota y emprendedora, pero unirse a un ejército que iba a entrar en batalla contra un clan enemigo, era demasiado.

—¿Qué coño hace ella aquí, Wain?

El joven le miró alarmado.

—¿Me lo preguntas a mí, Warren? Ella es tu mujer ahora. Y tu responsabilidad.

—Condenada sea.

Alien McCallister azuzó a su caballo hasta llegar junto a ellos. Tanto ella como su escolta, compuesta por varios jinetes, estaban llenos de sudor y polvo y los caballos se veían cansados. Parecía que no habían descansado hasta darles alcance.

Warren aproximó su montura a la de su esposa.

—¿Me vas a explicar qué haces aquí, mujer? —elevó la voz de tal modo que debió escucharle todo el ejército.

Los ojos de Alien, tan azules como los de su hija, lanzaban chispas de indignación.

—Vengo a por Josleen.

—¡Por todos los infiernos! —rugió su esposo— ¿Para qué crees que hemos movido este ejército? ¿Para hacer ejercicios? ¡Regresa de inmediato, este no es lugar para una mujer!

Alien inhaló todo el aire que sus pulmones permitían. No deseaba dejar en mal lugar a su esposo, pero el enojo por no haber sido informada de lo que pasaba estalló.

—Me enteré del secuestro de mi hija por un criado. ¡Tú eras el que debería haberme comunicado que la habían secuestrado! ¡Josleen es mi hija y tengo derecho a estar aquí! Además... —sonrió irónicamente—, sabes que estoy capacitada para estar aquí. Si la memoria no me falla, cosa que a ti parece que sí, tú mismo mordiste el polvo aquella vez en la que nos enfrentamos.

Warren se puso lívido. Wain volvió la cabeza para ocultar una sonrisa. Gowan fue más allá y dejó escapar una carcajada. De todos era conocida la historia de aquellos dos, antes de contraer matrimonio. Los McDurney y los McCallister estaban enfrentados y en una incursión de los segundos para robar ganado, fue Alien McDurney la que defendió el territorio, ya que Wain se encontraba reponiéndose de una herida. Alien no dudó en montar su caballo, consumada amazona como era desde corta edad, y tomar una espada. Su difunto hermano y fallecido esposo la habían enseñado a manejar varias armas y ella fue siempre una alumna aventajada. Para desgracia de Warren en aquella confrontación, peleó con ella antes de darse cuenta de que se trataba de una mujer. Luego, asombrado y un tanto acobardado, creyendo que ella tenía coraje pero poco dominio de la espada, había bajado su guardia un instante. Un solo instante. Alien no le había dado cuartel, le provocó un corte en el antebrazo y él acabó con sus huesos en tierra ante la burla femenina y el jolgorio de sus propios hombres. Warren se dijo después de aquel ultraje que debía someter a aquella hermosa arpía y no se le ocurrió otra cosa que pedirla en matrimonio a Wain, que aunque joven, ejercía ya de jefe del clan McDurney. De lo que sí se enteró después Warren fue de que Alien, apenas herirle, había ya decidido seducirle.

—Vas a pagarme esto, Alien —le dijo entre dientes, aunque no confiaba poder ejercer su autoridad.

—¿Qué vas a hacer? —le incitó ella— ¿Calentarme el trasero?

Las risas atronaron y Warren acabó por sonreír. Se ladeó sobre el caballo, enlazó el talle de su esposa y casi la hizo caer de su montura al pegarla a su cuerpo. La besó con pasión.

—Voy a calentarte más cosas además del trasero, señora mía —dijo también en voz alta.

Las chanzas, ahora, avergonzaron a la dama, pero acabó por unirse a las bromas. Si hacía lo que quería y además Warren la calentaba... cualquier parte del cuerpo, ¿qué más se podía pedir?

—De todos modos —dijo él, ya más serio—, te quedarás en la retaguardia. No pienses que voy a dejarte ir en primera fila.

—Como tú digas —susurró ella, mansamente.

Wain dio rienda suelta a la hilaridad, sin poder contenerse por más tiempo. Si su madre acataba la orden Warren, él era un ángel.

Capítulo 41

La llamada a la puerta hizo que James interrumpiera la cómica aventura que le estaba contando a Josleen para entretenerla. Cuando la madera se abrió y Evelyn y Megan entró, el muchacho profirió un juramento. Kyle le había comentado sus sospechas y él la creía capaz, ciertamente, de haber provocado el accidente.

—¿Puedo hablar un minuto contigo, Josleen?

James fue a protestar, pero la mano de Josleen le detuvo. En muda súplica, le dijo que las dejara a solas.

—Un susurro que no me guste, Evelyn —dijo James—, y entraré a retorcerte el cuello.

Cuando él salió, Eve se echó a llorar desconsoladamente.

—¿Qué es lo que quieres ahora, Evelyn?

Con los ojos arrasados de lágrimas, se acercó a la cama, tomó una de las manos de Josleen y la besó.

—Kyle me ha desterrado —dijo entre hipos—. Podía haber mandado que me colgasen. Incluso podía haberme matado con sus propias manos.

—Dudo que lo hubiera hecho. La leyenda que circula sobre él no se ciñe, para nada, a la realidad.

—Lo sé. Es un hombre de honor, Josleen. Cuando me interrogó, diciendo que tú me habías visto en la torre, me derrumbé y confesé todo. ¡Oh Josleen, no quería matarte, sólo asustarte! Quería que te marcharas, que pidiera rescate por ti de una vez por todas y me dejaras el camino libre hacia su corazón.

El llanto desgarrador ablandó el corazón de Josleen.

—Amas a Kyle, ¿verdad?

—Desde que era una niña —se limpió las mejillas—. Él es capaz de quitar el sentido. Pero a ti no tengo que contártelo, ya lo sabes.

—Sí, lo sé.

—¡Te juro que sólo quería asustarte! Aquel hombre me dijo que si sufrías un accidente, que si te mataba, volvería a tener a Kyle y yo... Pero no pude. He hecho muchas cosas malas en mi vida, Josleen, pero un asesinato era demasiado.

—¿Qué hombre? —Josleen sintió que la piel se le erizaba—. ¿Cómo se llama? Descríbemelo.

—Sólo le conozco por Barrymore. Luce el tartán del clan Moogan. Es corriente. Moreno y de media estatura, ojos pequeños, sin nada que lo identifique y... No, espera. Tiene una cicatriz. Una

cicatriz pequeña en forma de media luna debajo del mentón. ¿Le conoces?

Josleen necesitó de toda su fuerza de voluntad para permanecer serena. Eve acababa de describir perfectamente a su medio primo, Barry Moretland. ¿Qué hacía en territorio de los McFersson vistiendo los colores de...? ¡Por supuesto! Su disfraz no podía ser mejor puesto que los Moogan tenían acuerdos de cooperación con el clan de Kyle. Ahora comprendía que muchas de sus reses fueran robadas, incluso cuando se encontraban en lugares escondidos. Barry era un traidor.

—¿Le has dicho a Kyle algo sobre ese tipo?

—No. Apenas confesé me dijo que saliera de aquí y no me dejó explicarle nada más. Fue cuando me informó de que tú no le contaste nada, que no le habías dicho que me viste en la torre. Me tendió una trampa y yo caí como la estúpida que soy —se echó a llorar de nuevo.

—Cálmate. Lo hecho ya no tiene remedio y has tenido tu lección.

—¿De veras no me viste? ¿No le dijiste a él...?

—Te vi, Evelynna. Y escuché tu risa. Pero no se lo dije a Kyle.

—Pero... ¿por qué? ¿Por qué no me delataste?

—Porque lo amo. Como tú. Y si una mujer intentara apartarlo de mi lado... —dejó la frase en suspenso—. ¿Dónde irás?

—Iré a casa de mi tío. Espero que puedas perdonarme algún día, Josleen.

Su sonrisa fue triste, pero franca.

—Ya te he perdonado. El amor, a veces, juega malas pasadas.

Evelynna se alejó hacia la puerta. James la abría en ese momento.

—Si alguna vez, en cualquier lugar, en cualquier ocasión —le dijo—, necesitas algo de mí, sólo llámame, Josleen. Nunca podré pagarte tu muestra de amistad.

Sin mirar atrás, salió, cerrando a sus espaldas. James elevó una ceja.

—¿Qué ha pasado?

—Asuntos entre mujeres. No quieras enterarte, cotilla.

—Kyle dice que fue ella quien...

—Déjalo, James, dulzura. Estoy cansada.

—¡Hey! ¡Me has llamado dulzura! —gritó el joven— ¡Cuando Kyle se entere se le comerá la rabia y...!

—¿De qué he de enterarme? —preguntó una voz de barítono a sus espaldas, haciendo que pegara un brinco.

—¡Diablos, chico, deberías hacer algo de ruido cuando caminas! Me has asustado.

—¿Has cuidado bien a mi enferma? —preguntó Kyle—. He visto que Evelynna salía de aquí.

—Pidió verla un momento. En privado.

—¿Y tú las dejaste a solas?

—¡Condenado seas! Trata de prohibir algo a esta deliciosa cosita que está en la cama. Intenta hacerlo y luego me cuentas cómo lo consigues.

Renegando entre dientes se marchó.

—¿Qué mierda quería esa desgraciada? —preguntó Kyle, apenas se cerró la puerta.

—Pedir perdón. Juró que sólo quería asustarme.

—Ya veo. Y tú, dulce alma caritativa, te lo has creído.

—No sólo lo creí, mi irritado guerrero dorado —repuso—, sino que estoy segura de haber

ganado una amiga para toda la vida. Ay, vamos, no frunzas el ceño de ese modo. Te hace parecer temible.

—Soy temible, señora.

Josleen se rió con ganas y él se acercó y depositó un beso en sus labios.

—¿Te encuentras mejor?

—Me encuentro perfectamente. Sólo un poco magullada —los dedos masculinos trazaban círculos sobre el cardenal de la sien—. Por cierto..., ¿conoces a Barrymore Moretland?

La pregunta le dejó perplejo.

—¿Moretland?

—Eso he dicho. ¿Puedes colocarme los almohadones para estar un poco más derecha?

—Liria dijo que...

—Por favor.

—Está bien —accedió. La acomodó y ella emitió un largo suspiro de placer— ¿Mejor así?

—Mucho mejor, gracias. ¿Y bien?

—Y bien... ¿qué?

—Sobre Moretland.

Kyle hizo como si intentara recordar.

—Te daré unas pistas —dijo Josleen—. Moreno, de mediana estatura, ojos pequeños y pardos, con una cicatriz en forma de media luna en la barbilla. Creo que en ocasiones utiliza los colores de los Moogan. Imagino que cuando te pasa información sobre el ganado de mi hermano —todo el cuerpo de Kyle se tensó—. Otra pista más: estaba con mi escolta el día que te encontramos y te dieron aquella paliza y casi te matan de frío.

Su tonillo, realmente irónico, le hizo encajar la mandíbula.

—Si sabes que le conozco, ¿a qué viene entonces preguntarme?

—Curiosidad. Y para poder vengarme de ese cerdo. Evelyn me dijo que un hombre con esas señas la engatusó para que me matara y así volver a tenerte —Kyle se irguió en toda su estatura— ¿Qué vas a hacer?

—Ir a tierras de tu hermano, buscarlo y matarlo.

Justo en ese momento un grito anunció que estandartes de los McDurney, McCallister y Gowan se acercaban.

—Me parece que no te va a hacer falta ir a buscarlo —susurró Josleen, aterrada ante la idea de que un ejército completo estuviera a las puertas de Stone Tower.

Capítulo 42

Ante el contingente que se aproximaba, los aldeanos que vivían fuera de las murallas corrieron a refugiarse en el interior de la fortaleza, abandonando sus casas y enseres a los invasores.

Josleen se tiró de la cama apenas Kyle desapareció para hacerse cargo de la defensa. Rezó para que Wain no atacara de repente, para que primero pidiera explicaciones. Ella estaba bien, si no contaban los cardenales, y Verter y los demás gozaban de buena salud y mejor comida aunque estaban confinados en las mazmorras. Nadie había sufrido daño y un secuestro en aquellos tiempos era el pan de cada día. Pero sabía la cólera que embargaba a su hermano cada vez que el nombre de los McFersson salía a relucir. Wain podía ser imprevisible. Colman McFersson había matado a su bisabuelo y esa afrenta aún estaba por cobrar, según el joven.

A aquellas alturas, después de convivir en Stone Tower y conocer a sus gentes, Josleen se preguntaba qué había sucedido realmente entre sus bisabuelos. Dudaba mucho que Colman hubiera matado a sangre fría a su antepasado, y sabía que las habladurías y las leyendas se agrandaban y modificaban con el paso del tiempo, pasando de padres a hijos. No todo lo que se contaba era cierto. Si aquel Colman había sido la mitad de caballero que era Kyle, no pudo matar a su bisabuelo sino en limpia pelea.

Consiguió ponerse uno de los vestidos mientras rezongaba por el dolor y las molestias. Se lavó el rostro, se recogió el cabello en una trenza que dejó a la espalda y salió de allí para dirigirse a la muralla.

Nadie la detuvo. Ni se fijó en ella. En Stone Tower reinaba la confusión y todos iban o venían preparándose para la batalla o el asedio. Un buen número de campesinos ayudaban en los quehaceres dirigidos por los guerreros, las mujeres ponían a los niños a buen recaudo. Se le encogió el estómago pensando lo que podía suceder.

Entre aquel jaleo, Josleen distinguió a Malcom y se acercó.

—¿Dónde crees que vas, jovencito?

El niño la miró como a una aparición.

—¡Estás bien! —gritó, alborozado.

—Más o menos, cielo. Ve dentro.

—¡Pero nos están atacando, Josleen! Hay muchos guerreros fuera de las murallas.

—Casualmente por eso quiero que vayas dentro. ¿Dónde está tu abuela?

—Creo que buscándome —confesó—. Pero yo debo defender la fortaleza, igual que mi padre.

Los campesinos son nuestra responsabilidad.

—Malcom, cariño, esos campesinos son más grandes y fuertes que tú. Tu padre y tus tíos se encargarán de ese trabajo. Ve dentro.

—Al menos quiero ver lo que pasa.

Josleen también quería. No en vano su hermano estaba fuera de las murallas. Y temía por él y por Kyle.

—¿Hay algún lugar seguro desde el que ambos podamos fisgar? —Malcom asintió—. Muéstramelo.

El niño la condujo a través de la confusión ascendiendo por una escalera lateral. Llegaron a las almenas y desde allí, agazapados para no ser vistos, miraron hacia el exterior. A Josleen se le congeló la sangre al ver el abultado número de guerreros.

—Ahora guarda silencio, Malcom. Y no te asustes.

—No estoy asustado, sino nervioso. Es mi primera batalla, ¿sabes?

Òï Òï Òï

Kyle observó a sus enemigos. Sabía por qué estaban allí. Se preguntó cómo demonios se habían enterado de que Josleen se encontraban entre los muros de su fortaleza. Maldijo cien veces su mala suerte. Se daba cuenta de que había sido un inconsciente, de que había dilatado demasiado todo el asunto. Retener a Josleen le podía costar muchas bajas. Y muchas pérdidas. Las llamas que se elevaban en el poblado y que estaban consumiendo las chozas de sus gentes, daban clara muestra de que su rival no iba solamente a parlamentar. Pero estaba decidido a hacer un pacto con el maldito Wain McDurney. No podía enfrentarse a él. No al hermano de Josleen. Ella no le perdonaría nunca si lo mataba o mataba a alguno de sus familiares. Y tenía a todos a sus puertas.

—Saca a los prisioneros de la celda y déjalos marchar —le dijo a James.

—¿Y ella?

Kyle contuvo las ganas de soltarle un puñetazo. Pero sólo apretó los dientes y murmuró:

—Ella se queda.

—Imagino que a McDurney no se conformará con recuperarlos a ellos solamente —intervino Duncan—. Ha venido a llevarse a su hermana.

—¡Por encima de mi cadáver!

—Parece dispuesto a hacerlo —susurró James con un hilo de voz, señalando a lo lejos.

En efecto, Wain parecía dispuesto a todo. Estaban quemando toda la aldea, granero incluido.

Un jinete envuelto en el tartán McCallister hizo avanzar su caballo portando bandera blanca. Cuando estuvo a poca distancia de la muralla se detuvo.

—¡Kyle McFersson!

Se asomó por encima del muro.

—¡Aquí estoy!

—¡Traigo un mensaje de Wain McDurney!

—¡Suéltalo!

—Libera a lady Josleen y a los hombres que tienes retenidos. Cuando todos estén a salvo entre nosotros perdonaré la vida de todos cuantos se cobijan bajo tus colores, se hablará de compensaciones y os enfrentaréis.

Kyle contuvo el aliento. Wain quería su cabeza pinchada en un palo y expuesta al sol. Y no era para menos. Seguramente imaginaba que su hermana no seguía siendo doncella. No cesaría hasta

verle muerto. Pero, pasara lo que pasase, él no podía matar a Wain. Se lo debía a Josleen.

—¡Dejaré libres a los hombres!

—¿Y lady Josleen?

—Ella se queda. No está en condiciones de ir a ningún lado.

El emisario de Wain se irguió como si le hubieran atravesado el pecho. Hizo girar su montura y regresó al abrigo de los suyos.

El silencio cayó sobre los hombres de Kyle como una losa. Todos sabían ya que habría batalla. Muchos de ellos la admitían con entusiasmo, no en vano los McDurney eran sus más fieros rivales. Y les habían robado en demasiadas ocasiones. Ellos habían hecho lo propio, claro estaba, pero eso no venía ahora al caso.

Poco después, el emisario regresó a las murallas. El trapo blanco que lucía en el asta que apoyaba con desgana sobre su muslo, parecía más un símbolo de guerra que de tregua.

—¡McDurney no quiere derramar más que una sangre: la tuya! —gritó a voz en cuello—. ¡Te reta a lucha abierta!

—¿Para eso tiene que enviar un emisario? —gritó Kyle a su vez— ¿Por qué no viene él mismo?

—¿Qué respondes, McFersson?

—¡Puede pudrirse esperando, díselo!

El hombre asintió y volvió a dar la vuelta. A Kyle le pareció vislumbrar una sonrisa satisfecha. Todos parecían estar ansiosos de pelear. Todos excepto él, porque tenía las manos atadas.

Se apartó y maldijo en voz alta el condenado embrollo en que había metido a su gente. Estaba entre la espada y la pared. No podía enfrentarse a Wain. No podía dejar que Josleen regresara con los suyos. ¡Ella le pertenecía! La sola idea de que se marchara le encolerizaba. Y Wain no aceptaría sus excusas. Tampoco él lo haría si la muchacha hubiera sido su hermana.

Josleen había cambiado tantas cosas en Stone Tower que ya pertenecía al lugar. Había conseguido que sus hermanos se comportasen, que él recuperase a su hijo, que se dedicara a él como un verdadero padre y no sólo como el jefe del clan. Su madre volvía a ser feliz gracias a ella. Su gente confiaba en ella, la habían admitido de buena gana porque día a día su amor y dedicación le granjearon el afecto de todos. ¿Y Wain pretendía que la dejase marchar?

Duncan le advirtió y volvió a prestar atención. Los enemigos se movían, acabando de destruir el poblado. A sus espaldas, algunos protestaron por aquel desastre. No era la primera vez que batallaban contra otro clan y no sería la última en que se perderían viviendas y enseres, animales o vidas. Pero ninguna tan absurda como la que se avecinaba. Todo por su lujuria. Por su falta de control. Por haber seducido a una mujer.

Kyle se preguntó si tenía derecho a sacrificar el bienestar de toda su gente por no humillarse y decidió que no. No, condenado fuese, no tenía ese derecho por muy jefe del clan que fuera. Su vida era un tributo muy bajo a pagar a cambio de la de los suyos. No le importaba morir. Sólo sentía no poder volver a tener a Josleen.

—Ondeá bandera blanca, James.

Su hermano se quedó mirándole como si hubiera perdido el juicio.

—¿Qué has dicho?

—Ondeá bandera blanca. ¡Y hazlo ya, antes de que acaben por incendiar todo el poblado y

ataquen!

Segundos después la camisa blanca de Duncan, que renegaba por lo bajo, se mecía al viento. Kyle vio que Wain McDurney hacía un gesto con la mano. De inmediato, sus guerreros retrocedieron y dejaron de saquear las cabañas. Y casi al mismo tiempo las puertas de la muralla se abrían ligeramente para dejar paso a los recién liberados prisioneros. Todos apuraron el paso al verse libres para unirse a los de su clan. Kyle se felicitó por haber ordenado que se les tratara bien. Realmente, no tenía nada contra ellos y Verter había terminado por caerle bien.

Fue él quien se volvió hacia la muralla y le buscó con la mirada. Kyle esperaba su alarido, pero aún así le sobresaltó cuando llegó.

—¡¡Mc.Fersson, te mataré por esto!!

Capítulo 43

Desde su posición, Josleen se alegró al verlos marchar. Se le escaparon unas lágrimas, viendo que Kyle había cedido. Sin embargo, algo dolía en el pecho. Algo profundo, como una daga clavada entre las costillas. Kyle dejaba libres a los hombres y seguramente la dejaría a ella antes o después. Deseaba volver a abrazar a su hermano, a Sheena y a sus parientes, pero dejar a Kyle se le hacía insoportable. Tratando de contener el llanto, tomó a Malcom de la mano.

—Volvamos abajo.

—¿Por qué? No ha terminado. Ahora viene lo mejor. Mi padre se enfrentará al McDurney.

—Ese McDurney es mi hermano, cariño —se mordió los labios—. Y yo no quiero que salga herido, como no quiero que hieran a tu padre. No puedo permitirlo. Nadie debe morir, Malcom. He de marcharme. Conseguiré que mi hermano deje vuestras tierras.

El muchachito tiró y se soltó. Frunció el ceño, en aquel gesto idéntico al de Kyle.

—Papá no te dejará marchar. Me lo prometió cuando estaba llorando junto a tu cama.

Josleen parpadeó. Las lágrimas rodaron ya sin control. ¿Kyle había llorado por ella?

—¿Te lo prometió?

—Lo hizo, de veras.

—¿Y lloraba? —preguntó, confusa.

—Supongo que pensaba que te ibas a morir. Cuando estabas dormida, después de la caída. ¿Sabes?, nunca había visto llorar a papá. Él es un guerrero y los guerreros no lloran ¿no es cierto? Yo procuro no hacerlo.

Un vahído la hizo apoyarse en la pared. Si le quedaba alguna duda del amor de Kyle, ahora desaparecía. La felicidad estalló dentro de ella con tanta fuerza que las piernas le temblaron.

Escuchó el retumbar de muchas voces a la vez y se asomó para ver qué sucedía. Se quedó sin aliento. Kyle estaba a punto de salir de las murallas. Solo. Montado en su caballo. El pánico se apoderó de ella.

—Malcom —tomó al niño por los hombros con tanta fuerza que él hizo una mueca de dolor—. Malcom, cariño, escúchame. ¿Conoces alguna salida secreta? ¿Sabes cómo puedo salir de aquí?

El niño la miró con atención.

—¿Para qué quieres saberlo?

—¿Conoces o no el modo de salir sin ser visto?

—Es posible.

—Enséñame.

—No puedo, Josleen. Mi padre me mataría. Y mis tíos.

—Malcom, tesoro —le abrazó—. Tu papá está en peligro. Ahora mismo está saliendo de Stone Tower.

—¿Va a rendirse?

—No creo. Seguramente quiere hablar con mi hermano, pero él está furioso. ¿Lo comprendes? Pueden hacerse daño.

—¿Tu hermano tratará de matar a mi papá? —se asustó.

No pudo responderle a eso, pero le dijo:

—Tenemos que ayudarlo.

Los ojos del niño se abrieron como platos.

—¿Nosotros? ¿Te refieres a ti y a mí?

—Exactamente. Quieres ser un buen guerrero el día de mañana, ¿no es verdad? —Malcom asintió— Para ser un gran hombre hay que tomar a veces decisiones difíciles. Ahora es una de ellas. Puedes desobedecer a tu papá y mostrarme esa salida secreta para que yo impida su muerte, o puedes no decir nada y cargar con ello sobre tus espaldas. Debes decidirte y debes hacerlo ahora.

—Mi padre vencerá al McDurney.

—Pero da la casualidad de que yo quiero también a ese condenado McDurney, Malcom.

—Y a mí. ¿Me quieres, Josleen? —preguntó, esperanzado— ¿Te importaría ser mi mamá?

Josleen apretó su cuerpecito contra el pecho y estalló en llanto. Dios, no entendía por qué la vida era tan injusta a veces. Pensó que todos los hombres eran idiotas. Orgullosos e idiotas. Nada la satisfaría más que convertirse en la esposa de Kyle y en la madre del pequeño, pero el destino estaba a punto de arrebatárselo a los dos. Debía sacrificar su felicidad a cambio de saber que ellos vivirían. Wain no cesaría hasta regresarla a su lado y para eso era capaz de matar a Kyle y a medio clan McFersson o morir en el intento. Debía ir a su encuentro y convencerle para que cesara toda belicosidad. No se sentía con valor para asumir la pérdida de Wain. Ni para ver el rostro lloroso de su madre si el que perdía la vida era Warren. Los hados habían decidido ya por ella.

—Me encantaría ser tu madre, Malcom —le dijo—, pero ahora debo evitar una guerra — escuchó el chirrido de la enorme puerta al abrirse y el vello se le puso de punta—. ¡Por Dios, muéstrame esa salida, Malcom!

—Está justo aquí debajo —accedió el chico. Y echó a correr.

Josleen se remangó el ruedo del vestido y le siguió. Su cuerpo protestó al moverse deprisa, pero se mordió los labios y rezó para llegar a tiempo de frenar aquella locura.

Capítulo 44

Kyle achicó la mirada cuando el sol le dió de pleno en los ojos, cegándolo. La puerta se cerró a sus espaldas no sin antes escuchar la voz de su hermano James aconsejándole:

—Ten cuidado. El jodido McDurney no se dejará convencer. Y te apuesto tu caballo de batalla a que sé lo que vas a decirle.

Era posible, pensó con ironía.

Era posible que su rival durante años no quisiera ni escucharle. De todos modos estaba decidido a hacer todo cuanto pudiera para evitar la pelea. Y si para ello debía dejar que el otro pisoteara su orgullo, que así fuese. Era más fácil seguir viviendo sin orgullo que ver el odio en los ojos de Josleen. La amaba. Se había dado cuenta cuando estuvo a punto de perderla. No había tenido el valor de decírselo. Él, que juró una vez no volver a casarse, no volver a caer en las redes de una mujer.

Irguió los hombros, respiró hondo y taconeó ligeramente los flancos de su semental.

Iba a disculparse con los McDurney, con los McCallister y con los Gowan. Iba a disculparse incluso con el mismísimo rey de los infiernos si era necesario. Le pediría a Wain la mano de Josleen y si el otro no aceptaba... igual le daría que lo matara.

Wain le vio avanzar despacio. ¿El McFersson salía solo, sin sus hombres, después de mostrar bandera blanca? ¿Se trataba de una trampa? ¿Dónde estaba Josleen?

La vio en ese mismo instante.

Aquella muchacha delgada con el cabello rojo y oro flotando tras ella, no podía ser otra que su hermana. Se aupó sobre su montura y alzó el brazo en señal de saludo. El gesto alertó a Kyle que se volvió para mirar tras él. Josleen corría ladera abajo. Hacía él. ¿O hacia ellos?

Wain espoleó su caballo para alcanzar a su hermana antes de que lo hiciera Kyle.

Kyle, a su vez, obligó a su semental a dar la vuelta y enfiló también hacia ella.

Un grito unánime envolvió a los hombres de Wain y él desenvainó la espada.

Josleen, al ver ambos caballos corriendo hacia ella, se había quedado paralizada.

Kyle llegó antes y se tiró del caballo antes incluso que el animal frenara su carrera. Aún estaba en el aire cuando sacó su espada. Josleen no pudo evitar sentir orgullo ante su habilidad, pero casi al instante su cuerpo la protegió. Ya no pudo ver nada, salvo sus anchas espaldas.

—¡No la toques, McDurney!

Wain tiró de las riendas a dos palmos de él. Le hubiera costado muy poco azuzar al animal y cocearle, pero temió por su hermana y contuvo el ímpetu de su montura.

—Entrégamela, McFersson.

—Primero me escucharás.

Josleen sintió que se desvanecía. ¿Kyle estaba de acuerdo en entregarla? Se alzó sobre las puntas de sus zapatos para poder ver a su hermano pero dada la estatura de Kyle hubo de acabar asomándose por debajo de su brazo armado.

—Lo único que quiero escuchar de tus labios es una oración cuando te mate —contestó Wain.

—¿Me escucharás?

Wain apretó los dientes. Su caballo estaba nervioso, olía ya la pelea, y le costaba retenerle.

—Te escudas con mi hermana, maldito bastardo. Deja que se aleje, podría resultar herida. Entonces, saldaremos nuestras diferencias.

Kyle sacudió la cabeza.

—Josleen está malherida y...

Con un grito de furia, Wain saltó a tierra.

—Si te has atrevido a maltratarla...

Josleen emitió un gemido. Parecían dos lobos a punto de atacarse. Intentó hablar, pero las voces de ambos anulaban sus palabras. Así que hizo lo único que podía hacer: acarició la espalda de Kyle. De inmediato, él se olvidó de Wain y la miró.

—¿Estás bien, mi amor?

Wain se quedó aturdido al escuchar aquel tono de voz con que el McFersson se dirigía a su hermana. Y ella aprovechó para ganar posición entre ambos, aunque el brazo de Kyle la retuvo por el talle.

—Si envaináis las espadas estaré mejor.

Kyle comenzó a bajar su espada, atento sin embargo a cualquier posible ataque. Wain permaneció rígido, pero estaba tan pasmado que fue incapaz de hacer otra cosa que no fuera observar a la muchacha. Descubrió el cardenal en la sien y dio un paso hacia ella.

—Hubo un accidente, Wain —se apresuró a explicar ella—. Me caí. Pero estoy bien, te lo juro.

Kyle la atrajo hacia él con más fuerza, sin soltar aún la espada que mantenía a medio camino entre el pecho de Wain y el suelo. Josleen sintió la fuerza de su brazo, la tibieza de su cuerpo. Alzó el rostro para mirarle y Kyle la obsequió una media sonrisa. Hubiera sido un inmejorable momento para Wain, porque cuando descubrió el brillo de pasión en aquellos ojos azules, se olvidó de todo.

Ella le acarició el mentón, se puso de puntillas y le besó en la boca.

Todas las alarmas saltaron e la cabeza de Wain.

—¿Qué demonios está pasando aquí, Josleen?

—Imagino que el muchacho ha salido para explicarlo —se escuchó una voz de mujer.

Josleen lanzó un grito de alegría, se separó de Kyle y corrió hacia su madre, que ya desmontaba. Junto a ella, ya que no había habido forma de detenerla, estaban Warren, el padre de Sheena y el mismísimo Verter. Y ninguno de los tres parecía muy feliz.

—¡Mamá!

Alien abrazó a su hija y la muchacha se quejó.

—¿Te encuentras bien, cariño? —preguntó, observando el gesto adusto de McFersson, nada cómodo al verse cercado.

—Un par de cardenales. Una caída inoportuna, mamá. Nada serio. ¿Podrías convencer a estos dos idiotas que bajen de una vez las espadas? En realidad —dijo lanzando una mirada helada a todo el grupo—, ¿podrías decir a todos que guarden las armas?

Mientras hablaban, James, Duncan y un nutrido grupo de guerreros habían salido de la fortaleza y les rodearon a su vez. Los hombres de Wain comenzaron a moverse y desde las almenas, los de Kyle apuntaron con sus arcos.

Alien apartó a su hija y se volvió hacia su esposo.

—Caballeros, temo que pronto comenzará una de esas incómodas tormentas de verano. No tengo intenciones de quedarme a dialogar bajo la lluvia, de modo que si McFersson tiene a bien invitarnos a un trago de whisky, estoy segura de que podremos aclarar todo este lío cómodamente sentados.

Josleen aguantó la risa al escuchar al unísono los gruñidos de disconformidad de Warren y Wain.

—Será un honor, milady —afirmó Kyle.

Alien volvió a tomar a su hija de la cintura y sin hacer caso a nadie, ambas se encaminaron hacia la puerta del castillo.

Warren McCallister se pasó la mano por el mentón y resopló. Su esposa acababa de darles una lección y él, en el fondo, se enorgullecía. Lo que le fastidiaba era que el condenado McFersson parecía estarse divirtiendo, dada la sonrisa que lucía.

Los hombres de Kyle no supieron cómo reaccionar cuando aquella dama, de altanero el gesto, pasó entre sus caballos de guerra con toda tranquilidad. Pero al ver que no las seguían, se volvió y les increpó:

—¿Váis a quedaros ahí hasta que se os arrecie el trasero en invierno? —la puya consiguió arrancar una risita a Josleen—. Hija, ¿te he dicho alguna vez que todos los hombres son un poco... lentos?

A la joven se le cortó la risa escuchando un golpe seco y una maldición.

Kyle, tumbado en el suelo, se tocaba la mandíbula. Y Verter, con las piernas abiertas y casi encima de él, tenía aún los puños apretados. Ante el movimiento general, Kyle pidió calma con un gesto, mientras taladraba con los ojos a Verter y trataba de averiguar si tenía todos los dientes en su sitio.

—Supongo que me lo merecía.

Verter asintió.

—Te tenía ganas, muchacho, no voy a negarlo.

Extendió el brazo y Kyle lo aceptó para levantarse. Josleen acudió a su lado de inmediato y regaló al otro una mirada que hubiese helado el centro de la tierra.

—Bestia —le insultó—. ¿Te ha hecho daño? Pega como una mula.

—Bueno —repuso Kyle, aún atontado por el trallazo—, me han pegado coces mayores. No se ofenda, Verter.

Gowan se frotó la barriga. Llevaba varios días comiendo el rancho que sirvieron durante la marcha y soñaba con una buena pieza de carne. Presentía que aquella noche comería caliente.

En el momento en que se dirigían hacia las murallas, el sexto sentido de Kyle evitó una tragedia. Un ligerísimo destello entre los matorrales desvió su atención. La flecha iba directa hacia la espalda de Wain. Con unos reflejos inmejorables Kyle empujó al otro, que cayó de

bruces, recibiendo él el impacto en su hombro. Pero le dio tiempo a sacar su espada y lanzarla.

El estertor de muerte apenas se escuchó.

La confusión sólo duró unos segundos. Fue Verter quien corrió hacia los arbustos mientras Alien y Josleen se preocupaban de atender a Kyle. Cuando regresó, su expresión era de asombro.

—Por el amor de Dios, es Moretland —dijo.

Kyle rompió el astil emplumado y movió el hombro herido.

—Me olvidé de él —dijo Josleen, rasgando ya parte de su enagua para enjugar la sangre—. Por su culpa casi me desnucó al caerme desde lo alto de la torre al piso inferior. Es un traidor, Wain.

—Era un traidor —rectificó Verter—. McFersson, tu espada le ha atravesado la garganta.

—Seguramente pensó que era el momento adecuado, echándonos la culpa —dijo Kyle a Wain—. Te odiaba. Deseaba ser el jefe de los McDurney.

—Siempre le traté bien, le di mi confianza. Con seguridad trataba de eliminarte a ti.

—¡Wain, no seas terco! —exclamó Josleen—. Esa flecha te hubiese atravesado.

—Debo suponer que acabas de salvarme la vida, entonces.

Kyle sabía que el otro no estaba muy conforme, porque ahora le debía un favor. Se encogió de hombros y el movimiento le hizo respingar.

—Hay que curar eso antes de que te quede menos sangre en el cuerpo que cerebro en la cabeza —zanjó la madre de Josleen—. En cuanto a ti, hijo, pues sí, acaba de salvarte la vida. Imagino que ahora la deuda por la muerte de tu bisabuelo podría quedar zanjada.

Epilogo

El tibio sol de otoño teñía de rojo la pradera. Las copas de los árboles, mezcla de ocre, rojo y verde, convertían el paisaje en un lienzo maravilloso.

Hacía frío pero Josleen, arropada bajo gruesas mantas de piel, no lo sentía. Muy por el contrario, estaba ardiendo.

Los labios de Kyle acariciaron su oreja. Le miró. Le miró como hacía siempre, sin acabar de creer que aquel dios pagano, dorado de la cabeza a los pies, le perteneciera. Aceptó su boca. Cuando él profundizó en el beso, volvió a desearlo.

—Hace apenas unos minutos, Kyle —protestó de todos modos.

—Una eternidad —dijo él, entrelazando sus piernas a las de ella y envolviéndola en sus brazos—. Una eternidad, mi amor.

Ella se arrebujó, mimosa, apoyando la mejilla en su pecho. Aún no estaba satisfecha. Nunca estaría satisfecha de él, aunque pasaran mil años.

—Liria ha prometido hacer un pudín de frutas para el postre de mañana —dijo para distraerle.

—Odio el pudín de frutas.

—A mi me encanta.

—Por eso Liria lo hace.

—Me mima demasiado.

—Vas a tener a mi nuevo hijo y todos te adoran, como yo —afirmó, acariciando el vientre aún plano.

—Será una niña.

—Y preciosa.

—Eso espero. Malcom dice que estará encantado de tener una hermanita a la que proteger.

—Ajá —Kyle aspiró el olor a flores que emanaba su esposa.

—Y mamá ha prometido pasar el invierno con nosotros. No quiere estar lejos cuando nazca —alzó la cabeza para mirarle—. ¿Te importa tener a tu suegra una temporada?

—Sabes que no, mi amor.

—Verter la acompañará.

—¡Por Dios, mujer! —protestó— Verter me tiene aún ganas. Todavía me duele el puñetazo.

Josleen se rió con ganas. Pero su risa se fue convirtiendo en gemidos cuando comenzó a acariciarla bajo las mantas.

—¿Será siempre igual? —ronroneó.

—He de resarcirme, señora.

—¿De qué?

—De la semana que tus parientes pasaron en Stone Tower, hasta que Wain accedió a que nos casásemos. Recuerda, cariño, que no se me permitió tocarte durante todos los días que duró el... ¿cómo lo llamó tu madre? ¿Cortejo?

Josleen volvió a estallar en carcajadas que la provocaron hipo. Kyle la miró fascinado. Cuando reía el mundo estallaba en mil colores. La amaba de un modo completo. Tanto, que a veces le dolía el pecho. Y se lo dijo. Una vez más. Tal vez lo había repetido un millón de veces desde que pidió formalmente su mano a todo el condenado clan McDurney, al clan Gowan y también al clan McCallister.

Ella le besó en la barbilla. Sus ojos, más brillantes que nunca, envolvieron a Kyle en ternura y pasión.

—Recuperemos entonces el tiempo perdido, mi terrible guerrero de las Highlands —susurró ella—. Hazme el amor.

—Una y mil veces, mi hermosa flor de brezo blanco. Una y mil veces.

Y Kyle cumplió su palabra.

Por descontado que lo hizo.

Pasaría el resto de su vida concediendo ese deseo a su esposa.

FIN

Nota: Quiero agradeceros el increíble seguimiento que ha tenido esta novela tanto en mi página como en los foros de romántica en los que se ha colgado. Agradezco también vuestros correos siempre tan cariñosos y pido disculpas porque aún me quedan muchos por contestar, pero es que se han desbordado todas mis previsiones. Prometo contestar todos y cada uno de los emails, quienes ya me han escrito otras veces pueden dar fe de que siempre contesto.

Nuevamente pido disculpas por los innumerables fallos que sin duda habréis podido encontrar, pero esta novela es tan sólo un borrador que he querido compartir con vosotros. Su función no era otra que la de entretener y haceros pasar un buen rato, si lo he conseguido me doy por satisfecha.

Muchas gracias a todos.

Un abrazo,

Nieves Hidalgo

P.D. Han sido más de 350 personas las que han leído en el blog diariamente la novela. A todas ellas ¡gracias por estar aquí cada día! y muy especialmente a quienes habéis dejado vuestro comentario o me habéis escrito personalmente.